



BOLETIN DE PASTORAL

Revista Diocesana Mensual



San Juan de los Lagos, Jal.

Julio de 2008

Nº 312

Semana de Laicos

Año Paulino

Laicos: Su ser y quehacer en la Iglesia y en el mundo



SUMARIO

Introducción	1
Lectio pastoralis: «Ser y quehacer de los laicos, en la Iglesia y en el mundo»	3

TEMARIO PARA LA SEMANA DE LOS LAICOS:

PRIMERA PARTE:

I. La conversión, camino de santidad para todo creyente	7
II. La iglesia, signo e instrumento de comunión y participación	11
III. Los laicos, constructores del reino de Dios en la sociedad actual	15
IV. Coherencia entre fe y vida, condición indispensable para la aceptación del evangelio	19
V. Grupos, movimientos y asociaciones misioneros en su propio ambiente	22

SEGUNDA PARTE:

El documento de Aparecida y el papel de los laicos	25
Mirada de los discípulos misioneros sobre la realidad	29
El itinerario formativo de los discípulos misioneros	33
La misión de los discípulos al servicio de la vida plena	36
Los católicos que nunca existieron	39

TERCERA PARTE:

Los laicos en la iglesia y en el mundo	44
El compromiso de los laicos entre laicidad y laicismo	51
Es la hora de los laicos.	54
Ministerios laicales	57
Espiritualidad de comunión	60

VARIOS:

Comunicado a todos los Consejos Diocesanos de Laicos	63
Argumentos para la defensa de la vida	64
Hora Santa por los Agentes Laicos	66
Siete Hábitos diarios para alcanzar la Santidad	70

AÑO PAULINO:

Pablo de Tarso	73
El Apóstol Misionero	76

Centro Diocesano de Pastoral

Morelos 34. A. P. 21

Tel. (395) 785-0020 Fax. (395) 785-0171

Correo-E: cpastoral@gmail.com

Messenger: cpastoral@hotmail.com

47000 San Juan de los Lagos, Jal.

Responsable:

Comisión de promoción del laicado

Diócesis de San Juan de los Lagos.

Introducción

*Muy apreciado agente
de la Nueva Evangelización:*

Con gran entusiasmo e inmensa ilusión te ofrecemos el boletín de pastoral correspondiente al mes de julio del año 2008, dedicado de manera especial a los laicos, tanto a los que ejercen algún ministerio en las comunidades, como al enorme ejército que en su vida diaria testimonia los valores trascendentes del evangelio con su testimonio coherente en los diferentes campos de la vida social.



En este año dedicado a la «comuni3n» y siguiendo la l3nea pastoral de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, en mayo del a3o pasado en la ciudad de Aparecida, Brasil, y en conformidad con nuestro IV Plan Diocesano de Pastoral y con el deseo expreso de nuestro Obispo Don Felipe, en su deseo de impulsar la misi3n de los laicos en sus ser y quehacer en la Iglesia y en el mundo; seg3n nos ense3n3 el documento de Puebla en su n3mero 786 y nos record3 Aparecida en el n3mero 209, afirmando con fuerza que: «Los laicos son los hombres y mujeres de la Iglesia en el coraz3n del mundo y los hombres y mujeres del mundo en el coraz3n de la Iglesia».

Con el fin de fortalecer la esperanza de nuestras comunidades y favorecer el verdadero protagonismo de los laicos, tanto «ad intra», como es el caso de tantos agentes laicos que en todos los niveles de Iglesia viven con entrega generosa su consagraci3n bautismal, as3 como «ad extra», o sea, todos aquellos hombres y mujeres que en medio de sus ocupaciones han asumido una postura evang3lica, aut3ntica, veraz y audaz frente a los retos del tercer Milenio que propone en sus diferentes manifestaciones, con todas sus carencias, limitaciones y exageraciones, una vida sentada y fundada en el «Neo-paganismo».

Para ellos proponemos el siguiente material.

PRIMERA PARTE: *Temario para la semana de laicos.*

SEGUNDA PARTE: *El documento de Aparecida y el papel de los laicos.*

TERCERA PARTE: *Los laicos en la Iglesia y en el mundo.*

Debido a que la vida moderna tiene como eje central el goce de los sentidos, con sus nuevas idolatrías como la búsqueda del placer sin leyes ni moral, el culto al cuerpo, el consumismo como cadena esclavizante, las emociones extremas y el sin sentido de la vida, de lo eterno y de lo trascendente; y si a este doloroso panorama le agregamos la ignorancia religiosa, el miedo al compromiso, la negación de lo sagrado, o peor aún, la postura de indiferencia que como un látigo destruye la vida cristiana en las personas, las familias y las comunidades.

Ante esta situación, proponemos que cada año se dedique una semana para formar a los laicos «SEMANA DE LAICOS» de manera especial, no sólo de los agentes, a quienes se incluye en el proyecto, pero aquí pensamos en algo un poco más abierto, o si se quiere, un tanto masivo, siguiendo el estilo de la semana de jóvenes y de la familia.

En lo posible y siguiendo los programas parroquiales, sería bueno, según los criterios del párroco, poder organizar estas JORNADAS LAICALES, a fin de que los laicos puedan ser fermento de una sociedad nueva y una Iglesia que se evangeliza evangelizando y realicen así su misión de ser sal de la tierra y luz del mundo, más con su vida que con su palabra.

Estos temas tienen su raíz en ‘EL ITINERARIO FORMATIVO PARA LOS DISCÍPULOS MISIONEROS’ que nos propone Aparecida. A partir del ENCUENTRO personal con Jesucristo poder llegar a la MISIÓN de Cristo, en, con, desde y para la Iglesia, pasando por el proceso constante de CONVERSIÓN, mediante el ejercicio amoroso de la COMUNIÓN y un evangélico DISCIPULADO.

Además, ofrecemos 10 temas-conferencias del pasado encuentro nacional de laicos que se llevó a cabo en Guadalajara, Jal., el pasado mes de febrero. Así se respalda nuestra propuesta y servirán de apoyo a quienes con espíritu de discípulos promuevan y realicen en asamblea o en grupos estos temas.

«Es urgente formar a los laicos. Para eso hace falta dedicar personas, tiempo, recursos, estructuras y el esfuerzo consciente y firme de toda la comunidad» (ChL 57).

COMISIÓN DIOCESANA DE LAICOS (CDL).

Lectio pastoralis

SER Y QUEHACER DE LOS LAICOS,
EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO. *Aparecida, n. 283*

«Hombres y mujeres del mundo en el corazón de la Iglesia
y hombres y mujeres de la Iglesia en el corazón del mundo».
(P 786)

I. ORACIÓN INICIAL

(Preparar, motivar, meditar)

Juntos rezamos la siguiente oración.

Oración al Espíritu Santo:

Espíritu Santo, Paráclito Divino, Padre de los pobres, Consolador de los afligidos, Luz de los corazones, Santificador de las almas! Mírame aquí ante tu presencia; te adoro con la sumisión más profunda, y repito mil veces con los ángeles y serafines que están delante de tu trono: ¡Santo, Santo, Santo!

Creo firmemente que eres eterno, consustancial al Padre y al Hijo.

Espero que por tu bondad santifiques y salves mi alma y le des sentido a mi vida.

Te amo, ¡Dios de amor!, más que a todo en este mundo. Porque, insensible a tus inspiraciones, he cometido la ingratitud de ofenderte con tantos pecados; te pido perdón, y me arrepiento de haberte disgustado. Te ofrezco mi corazón, frío como es, y te suplico hagas penetrar en él un rayo de tu luz, para derretir el hielo tan duro de mis iniquidades.

Tú que llenaste de gracias inmensas el alma de María, e inflamaste en santo celo los corazones de los apóstoles, dignate abrazar también mi corazón con tu amor.



Tú, Espíritu divino: fortaléceme contra los malos espíritus. Eres Fuego: enciende en mí el fuego de tu amor. Eres Luz: ilumíname, haciéndome conocer las cosas eternas. Eres Fuente de dulzura: disipa las tormentas que en mí levantan las pasiones; enséñame el modo de alabarte incesantemente; cúbreme con la sombra de tu protección.

Siendo el Autor de los dones celestiales, vivifícame, te ruego, con tu gracia, santifícame con tu caridad, gobiérname con tu sabiduría, adóptame por hijo tuyo con tu bondad, y sálvame con tu infinita misericordia, a fin de que no cese jamás de bendecirte, alabarte y amarte, ahora en la tierra mientras viva, y luego en el cielo por toda la eternidad. *Amén.*

II. LECTURA DEL TEXTO

(Conocer, situar, escudriñar).

Un miembro del grupo lee en voz alta el texto

Destacamos que la formación de los laicos y laicas debe contribuir, ante todo, a una actuación como discípulos misioneros en el mundo, en la perspectiva del diálogo y la transformación de la sociedad.

Es urgente una formación específica para que puedan tener una incidencia significativa en los diferentes campos, sobre

todo, «en el mundo vasto de la política, la realidad social, la economía, la cultura, las ciencias, las artes, los medios, la vida internacional y de las otras realidades abiertas a la evangelización». (DA 283)

(Después, todos en silencio leen el texto, ayudados de los siguientes subsidios y comparten las siguientes preguntas).

1. ¿Cuál es la principal misión de los laicos en el mundo?
2. ¿Cuál es la principal misión de los laicos en la Iglesia?

SUBSIDIO:

«A partir de Pentecostés, la Iglesia experimenta numerosas irrupciones del Espíritu; vitalidad divina que se expresa en diversos dones y carismas y variados oficios que la edifican y sirven a la evangelización. Es el Espíritu, el que forja a los nuevos misioneros, decididos y valientes, señala los lugares que deben evangelizar y elige a quienes deben hacerlo». (Cfr DA 150)

«Para que los laicos puedan realizar activamente este noble propósito, es necesario ofrecerles la debida formación de la conciencia social, especialmente en la Doctrina Social de la Iglesia, la cual contiene principios de reflexión, criterios de juicio y directrices de acción». (ChL 60).

«En estos momentos en que la Iglesia de este Continente, se entrega plenamente a su vocación misionera, les recuerdo a los laicos, que también ellos son Iglesia, asamblea convocada por Cristo para llevar su testimonio al mundo entero. Todos los bautizados deben tomar conciencia de que han sido configurados con Cristo, sacerdote, profeta y servidor, mediante el sacerdocio común del pueblo de Dios. Deben sentirse corresponsales en la edificación de la sociedad según los criterios del evan-

gelio, con entusiasmo y audacia, en comunión con sus pastores.

Muchos de ustedes pertenecen a movimientos eclesiales, en los que podemos ver signos claros de la multiforme presencia y acción santificadora del Espíritu Santo en la Iglesia y en la sociedad actual.

Están llamados a llevar al mundo el testimonio de Jesucristo y a ser fermento del amor de Dios en la sociedad». (*Los laicos. Disc. Inaugural. Benedicto XVI*)

«La diócesis tiene una tarea importante en este campo: coordinar, de manera eficaz, los trabajos de programación; organizar programas de formación apropiados... Muchos programas de formación de los laicos están centrados en la preparación de estos últimos a un servicio en la Iglesia. Esta preparación es importante, sin embargo, no se debe olvidar -en razón del carácter peculiar de la vocación de los laicos- que es indispensable y necesario prepararlos a que den un testimonio

y a que presten un servicio en la sociedad. Este tipo de formación es vital para la misión de la Iglesia en el mundo». (Pontificio Consejo de Laicos 8)

«Para que los laicos puedan cumplir su misión con responsabilidad necesitan, una sólida formación integral, y un adecuado acompañamiento». (Cfr DA 212)

«La Iglesia necesita laicos que no pierdan la conciencia de que son discípulos en comunión». (Cfr DA 324)

«Se deben destinar más recursos y esfuerzos a la formación de los laicos». (Cfr DA 345)

«Los laicos están llamados a participar en la acción pastoral de la Iglesia primero con su testimonio y después con su apostolado, según las necesidades locales y bajo la guía de sus pastores» (DA 211)

«Es necesario evitar que los laicos reduzcan su acción al ámbito intra-eclesial, impulsándolos a



penetrar los ambientes socio-culturales y a ser en ellos, protagonistas de la transformación de la sociedad a la luz del Evangelio y de la Doctrina Social de la Iglesia». (SD 98)

«La evangelización no puede realizarse sin la colaboración de los fieles laicos». (EAm 44)

III. NUESTRA REALIDAD

(Ver, sentir, analizar)

Juntos, en equipos o personalmente se lee y reflexionan los siguientes datos de la realidad.

La Comisión Diocesana de la Pastoral para la promoción integral de los laicos, está integrada por el comisionado diocesano y sus tres vocales, que en comunión y participación, promueven y ejecutan acciones en favor del enorme ejército de laicos que en diferentes grupos, asociaciones y movimientos, *-tanto eclesiales como eclesiales-* dedican su persona, su sabiduría, su tiempo, su empeño y sus recursos a extender el Reino de Dios, mediante la evangelización organizada, gradual y progresiva, muchos de ellos, casi todos ellos, fungen como cualificados Agentes de Pastoral en el organigrama de la pastoral de las parroquias de nuestra Diócesis, en conformidad con el IV plan de pastoral.

Cada una de estas vocalías deberá tener un sacerdote al frente a modo de asistente eclesiástico, o vocal que coordine la acción pastoral de cada una de ellas, y que en relación con el comisionado diocesano y en comunión y participación realizan, un papel de apoyo, tanto a nivel de grupos, como a nivel diocesano.

Hay muchos que son y no están, y otros que están pero no hacen, y otros muchos, que hacen y no están.



a) FORMACIÓN CRISTIANA DE LOS LAICOS.

Tiene un lugar especial de atención pastoral la formación cristiana de los niños y niñas. Los papás regularmente colaboran a través de los servicios parroquiales de catequesis infantil y/o de las escuelas católicas en donde estudian sus hijos.

Disminuye la formación para los adolescentes y jóvenes; son sectores que presentan dificultades ante los ofrecimientos de convocación para la educación en la fe, de manera programada y sistematizada; se da una permanente búsqueda de formas y de servicios para ellos, entre otras las de

los grupos y movimientos juveniles y de adolescentes. La preocupación pastoral de atención hacia ellos, es permanente y activa.

A los adultos se les destinan espacios y tiempos de formación de diversa índole. La formación de manera sistemática respecto a los adultos, a nivel de catequesis, ape-

nas comienza a llevarse en algunas parroquias de la diócesis.

b) PRESENCIA DEL LAICADO EN LA VIDA SOCIAL

Los laicos en la diócesis cada vez más se insertan en las acciones sociales, desempeñando con conciencia de Iglesia las tareas temporales que les competen. Se percibe una mejor y mayor inserción del laico en las acciones sociales. Sin embargo, falta en este campo mucho por hacer.

c) VITALIDAD Y ARROJO APOSTÓLICO

Las comunidades reflejan vitalidad cristiana en muchos aspectos, sobre todo en la dimensión de la fe (piedad popular y sacramentos). El Evangelio sigue presente en el pensamiento y en el corazón de muchos fieles laicos, razón por la cual cristianizan el ámbito donde viven. El respeto y la relación con

la jerarquía se vive; hay aprecio y colaboración cercana. Se trata de una cooperación real pero sólo hacia dentro de la Iglesia.

d) REALIDAD DE LOS LAICOS EN LA VIDA DIOCESANA

Se cuenta con un buen grupo de laicos que con gran disponibilidad que colaboran con sus pastores en los diversos organismos diocesanos y, sobre todo parroquiales. Hay voluntad de apoyo y de colaboración en los diferentes campos de los servicios eclesiales; los laicos dan muestras de generosidad evangélica, de tal modo que aún en medio de sus ocupaciones diarias; ya sean familiares, laborales, o bien escolares, dan de su tiempo a favor del crecimiento de la fe con visión comunitaria.

La preparación de sacerdotes, seminaristas y religiosos para el acompañamiento verdadero de las diversas formas de asociación y promoción laical, no parece ser ni completa, ni profunda.

La preparación remota que se recibe es en los seminarios y casas de formación religiosa, ha sido apropiada y positiva pero no ha dado los frutos esperados. Los sacerdotes que están coordinando a los laicos colaboran a que sean apreciados, promovidos y valorados por los demás sacerdotes.

Respecto a los organismos laicales -no eclesiales-, son admirados y en muchos casos respaldados con espíritu evangélico; estos organismos no son muchos, pues su labor es más difícil y compleja, por los deficientes recursos humanos y económicos que se tienen. Muchos de ellos son vistos con miedo y con recelo por los mismos pastores.



IV. lo que dios nos pide

(Actuar, responder, proyectar)

El grupo responde las siguientes preguntas.

1. ¿Qué hemos hecho o dejado de hacer en cuánto a la formación de los laicos?
2. ¿Crees que los laicos de nuestra diócesis, están demasiado clericalizados?
3. ¿Qué campos de la vida social no han sido empapados por el evangelio?
4. ¿Cómo vislumbras el futuro de los laicos para el siglo XXI?

V. Oración final

(Agradecer, confiar, orar)

Juntos hacemos esta oración.

Guiados por María y fijos los ojos en Jesucristo, digamos con fiadamente:

Señor, que nos ayude la compañía siempre cercana, llena de comprensión y de ternura de María Santísima, Madre tuya y madre nuestra.

Que nos muestre el fruto bendito de su vientre y nos enseñe a responder como ella lo hizo en el misterio de la anunciación y la encarnación.

Que nos enseñe a salir de nosotros mismos en camino de sacrificio, amor y servicio, como lo hizo al visitar a santa Isabel, para que, peregrinos por este mundo, cantemos las maravillas que Dios ha hecho en nosotros, conforme a su promesa. *Amén.* (DA 553)

Padre Fernando Muñoz Aguilar.

25 de marzo del año 2008. Jalostotitlán, Jal.

Temario

Primera Parte:

I. LA CONVERSION, CAMINO DE SANTIDAD PARA TODO CREYENTE

OBJETIVO: Reflexionar juntos sobre la primacía de la conversión como itinerario hacia el Dios del amor, para que como agentes de evangelización, caminemos firmes y alegres en la esperanza y demos al mundo un testimonio creíble de nuestra fe.

I. ORACION INICIAL

LEER Y REFLEXIONAR JUNTOS LOS SIGUIENTES

TEXTOS BÍBLICOS:

«Por tu inmensa compasión borra mi culpa, ten piedad de mí, oh Dios, por tu gran misericordia» (Sal 50, 3).

«No tardes en volver al Señor, no lo difieras de un día para otro» (Ecl 5, 7).

«No he venido a llamar a los justos sino a pecadores» (Mc 2, 11).

«Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen» (Lc 23, 34).

«¿Nadie te ha condenado? Nadie, Señor. Tampoco yo te condeno. Vete, y en adelante no peques más» (Jn 8, 10-11).

La invitación a la conversión en la Sagrada Escritura ha sido permanente e insistente. Desde antiguo y, hasta nuestros días ha resonado en nuestros oídos el llamado del Señor a la conversión. Sin embargo, personal y comunitariamente, no hemos escuchado la voz de Dios y hemos endurecido nuestro corazón, originando en nuestra vida escasos frutos de santidad.

PARA REFLEXIONAR:

¿Qué datos y situaciones de nuestra condición humana y del medio ambiente sociocultural que nos rodea, están retardando o impidiendo nuestra conversión al Evangelio?

CANTO: PERDÓN, OH DIOS MÍO

II. VER

HECHOS POSITIVOS

- a) En los últimos años, en nuestra Diócesis, se ha organizado un trabajo pastoral intenso y duradero, con la finalidad de favorecer la conversión y la reconciliación.
- b) El Sacramento de la Penitencia o Reconciliación forma parte de la vida cristiana de nuestro pueblo. En todas las comunidades, los sacerdotes estamos atendiendo la solicitud de muchos hermanos nuestros que, se reconocen pecadores, y se acogen a la misericordia de Dios.
- c) Lo anterior se observa particularmente en algunas circunstancias propiciadas por la Iglesia para favorecer la reconciliación: Ejercicios espirituales, semanas de reflexión para distintos grupos, Fiestas patronales, Peregrinaciones, Primeras Comuniones y Confirmaciones, Adoración al Santísimo Sacramento, etc.
- d) Sacerdotes y Laicos hemos tomado conciencia sobre la necesidad de administrar y recibir el Sacramento de la Penitencia con la adecuada evangelización.
- e) Por regla general, nuestro pueblo cristiano tiene en gran estima la vida de gracia. Su conciencia moral es limpia y sincera; muy sensible frente a toda clase de comportamientos y situaciones que ofendan su religión y sus buenas costumbres.
- f) En la promoción que se ha estado haciendo sobre nuestros Mártires, se resalta mucho la actitud de perdón que ellos mostraron hacia sus enemigos, a la hora de la muerte.
- g) La vida cristiana de muchos hermanos nuestros nos está entregando verdaderos frutos de santidad que no hemos sabido reconocer ni potenciar; hay mucha generosidad y sacrificio escondido,

hay desprendimiento y solidaridad frente al necesitado, se conserva en nuestros pueblos y ciudades un ambiente de sana alegría y convivencia fraterna. En las diferentes estructuras, organismos, actividades del trabajo pastoral, se dan cita una serie de actitudes positivas que, ciertamente representan el esfuerzo a favor de la conversión, hacia la santidad y la vida nueva en Cristo

HECHOS NEGATIVOS

- a) En distintos ambientes de nuestra Diócesis, influenciados por los medios de comunicación, un significativo número de hermanos nuestros está reflejando en su estilo de vida, la pérdida del sentido de Dios y la ausencia de principios morales.
- b) El Subjetivismo, el Relativismo y la Ética democrática se están imponiendo cada día más como criterios de actuación moral; en la sociedad donde vivimos los cristianos de hoy.
- c) A los Agentes de Pastoral y Laicos en general, nos está haciendo falta valentía y organización para denunciar en los espacios propios de nuestro ministerio, dicha mentalidad, y contrarrestarla con un estilo de vida auténticamente cristiano.
- d) En muchos fieles de nuestra Diócesis se percibe un vacío catequístico sobre los temas del pecado, la conversión, los pasos de la Confesión, el valor de dicho sacramento y efectos que produce, el perdón, la misericordia de Dios, los Mandamientos y otras exigencias evangélicas.
- e) La falta de coherencia que se constata en nuestra vida cristiana en general, se refleja notoriamente en este campo. Predicamos la santidad de vida, la misericordia y el perdón, la necesidad de la verdadera reconciliación, de la penitencia y de las Indulgencias. Sin embargo, tales cosas no forman parte de nuestro estilo de vida y, a veces, hasta contradecimos expresamente tales valores, con actos concretos, que desedifican o escandalizan a los demás, dificultando así su conversión.
- f) La toma de conciencia sobre la gravedad de los actuales pecados sociales y el consiguiente compromiso a favor de su erradicación, no forma parte todavía de las convicciones de nuestro pueblo cristiano.
- g) La gravedad de muchos pecados sociales de nuestro tiempo radica en que éstos se realizan sin el menor remordimiento de conciencia, y, por lo mismo, sin arrepentimiento ni necesidad de reparar los daños.
- h) Los intereses económicos, a través de la propaganda, incitan a la satisfacción de pasiones egoístas, haciéndolas aparecer como legítimos derechos de las personas. No es difícil constatar actitudes de éstas entre nosotros, las cuales, representan todo un reto para la conversión.
- i) Muchos de nosotros no estamos involucrados en un proceso de conversión. Ciertamente nos acercamos a la Penitencia, pero pareciera que sólo pedimos una autorización para comulgar y, a continuación, seguimos en lo mismo.
- j) Un significativo número de hermanos nuestros, procediendo en la mayoría de los casos de buena fe, se ven excluidos de la comunión plena con la Iglesia, no pudiendo acceder a los Sacramentos, a causa de la situación irregular en que se encuentran. Tales son los casos de parejas que utilizan anticonceptivos artificiales, cristianos que laboran o viven en espacios de la vida social y política, apoyando directa o indirectamente situaciones de pecado.
- k) Debe preocuparnos sobremanera el hecho de que la Confesión le interese a unos cuantos y de éstos, en su mayoría son mujeres. Para los demás, si es que se practica, será en forma eventual y para afrontar «un compromiso»; por tanto, sin involucrarse en un proceso de conversión.
- l) A los Sacerdotes nos hace falta ser más audaces para promover la paz y la reconciliación entre los individuos, familias y grupos. También nos hace falta la actualización doctrinal en este campo y la unificación de criterios en la praxis pastoral.
- m) No siempre atendemos a los hermanos penitentes con la requerida dedicación. Al hacerlo, a algunos de nosotros, a veces nos acecha la rutina, el mal humor, las prisas... desfavoreciendo así el encuentro con Dios misericordioso.

Para reflexionar y compartir

Señalen algún dato, acontecimiento o situación relevante que no haya sido tomado en cuenta en la lista de hechos positivos y negativos arriba elencada.

III. PENSAR

=La conversión al Señor, nuestro Dios, nos otorga la salvación y la vida.

«Vuelvan a mí y serán salvados, confines de la tierra» (Is 45, 22). «Así dice Yahvé a la casa de Israel: búsqüenme a mí y vivirán» (Amós 5,4). «Vuélvanse a mí y yo me volveré a ustedes» (Zac 1,3). «Yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que cambie de conducta y viva» (Ez 33,11).

=La conversión es necesaria para entrar en el Reino.

Juan Bautista y Jesucristo predicán diciendo: «convíertanse, porque el Reino de los cielos está cerca» (Mt 3, 2; Lc 13, 1-5). «Si su justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entrarán en el Reino de los cielos» (Mt 5, 19).

«... tengan en cuenta que ningún fornicario o impuro o codicioso -que es ser idólatra- participará en la herencia del Reino de Cristo y de Dios» (Ef 5, 5).

=La conversión es, ante todo, obra de Dios y de su gracia, pero requiere la aceptación y colaboración de la persona.

«Hazme volver y volveré, pues tú Yahvé, eres mi Dios» (Jer 31, 18).

«Nadie puede venir a mí, si el Padre no lo atrae» (Jn 6, 44).

«Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento» (1Co 3, 6-7).

=La conversión es saneamiento y transformación del interior de la persona, de la mente y el corazón de las opciones y actitudes, pero se proyecta en actos concretos (virtuosos, edificantes y meritorios).

«Yo pondré mi Ley en el fondo de su ser, y la escribiré en su corazón» (Jer 31, 33).

Decía Juan Bautista: «den, pues, fruto digno de conversión, y no crean que basta con decir en su interior tenemos por Padre a Abraham» (Mt 3, 7, 9).

«Es necesario mostrar la excelencia de la vocación de los fieles en Cristo y la obligación de producir frutos en la caridad para la vida del mundo» (OT 16).

=La condición del convertido al Evangelio requiere de sí mismo autoestima, esfuerzo y vigilancia,

para permanecer siempre en la dignidad de Hombre Nuevo e hijo de la luz, comprometido en la transformación social del mundo con los criterios del Evangelio.

«No vivan ya como viven los gentiles, excluidos de la vida de Dios. Revístanse del Hombre Nuevo, creado según Dios en la justicia, la verdad y santidad. Ahora, ustedes son Luz; vivan como hijos de la luz.» (Ef 4, 17-5,11). «La conversión es un don que implica necesariamente la reincorporación a la comunidad y de compromiso social que, lleva a la búsqueda del perdón, a través del arrepentimiento sincero, el propósito de enmienda, el rechazo del mal y del desorden, el rompimiento con los lazos que nos esclavizan, y, orienta al rescate de los valores perdidos» (Del encuentro con Jesucristo a la solidaridad con todos nn 120-121).

=Los sacerdotes somos los primeros mensajeros y mediadores de la Reconciliación.

«Somos embajadores de Cristo, como si Dios exhortara por medio de nosotros; en nombre de Cristo les suplicamos: ¡reconcíliense con Dios!» (2Co 5, 20).

«Reciban el Espíritu Santo; a quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados; a quienes se los retengan, les quedan retenidos» (Jn 20, 22-23).

=El testimonio de conversión y santidad, en las que se incluye una fuerte experiencia de oración, es necesario para una eficaz acción evangelizadora.

«El que permanece en mí y yo en él, ése da mucho fruto; porque separados de mí no podéis hacer nada» (Jn 15, 5).

«El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, obediencia y humildad, desapego de sí mismos y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo» (EN 76).

«Reconocemos que, en ocasiones, algunos católicos se han apartado del Evangelio, que requiere un estilo de vida más fiel a la verdad y a la caridad, más sencillo, austero y solidario, como también nos ha faltado valentía, persistencia y docilidad a la gracia... En nuestra Iglesia, nos reconocemos como comunidad de pobres pecca-

dores, mendicantes de la misericordia de Dios, congregada, reconciliada, unida y enviada por la fuerza de la resurrección de su Hijo y la gracia de conversión del Espíritu Santo» (DA 100h).

Para reflexionar

En base a los encabezados y textos bíblicos o del magisterio de la Iglesia, aludidos y lo que tú personalmente vives, expresa algunas convicciones en torno a la conversión, la reconciliación, la penitencia y la misericordia.

IV. ACTUAR

= ¿Qué razones y motivaciones podemos ofrecer en nuestras Comunidades, a las personas indiferentes y alejadas, para suscitar en ellas el anhelo de conversión?

= Alude a algunas actitudes negativas que, en el ambiente eclesial de nuestra Diócesis se muestren abiertamente opuestas al mensaje expreso de Jesús sobre la conversión.

= ¿Qué obstáculos en el medio ambiente sociocultural están retardando o impidiendo la conversión al Evangelio y la unión permanente con Cristo, sobre todo en las nuevas generaciones?

= ¿Hasta qué punto está afectando el buen desarrollo del trabajo pastoral la tardanza o negativa a la conversión de los agentes de pastoral, tanto laicos como consagrados?

= ¿Hay algunos frutos de conversión y santidad en nuestro pueblo que son para nosotros, motivo de alegría y esperanza?

= ¿Qué retos tenemos los agentes de la pastoral dentro de nuestra acción evangelizadora, para consolidar un trabajo pastoral de permanente reconciliación en la vida cristiana de nuestras comunidades?

V. ORACIÓN FINAL

ORACIÓN AL ESPÍRITU SANTO

Ven, Espíritu de amor y de paz. Espíritu Santo, dulce huésped del alma, muéstranos el sentido profundo del perdón y prepara nuestro espíritu para celebrarlo con la fe, en la esperanza que no defrauda, y en la caridad que no espera recompensa.

Espíritu de verdad, que conoces las profundidades de Dios, memoria y profecía de la Iglesia, dirige la humanidad para que reconozca en Jesús de Nazaret el Señor de la gloria, el Salvador del mundo, la culminación de la historia.

Ven, Espíritu de amor y de paz. Espíritu creador, misterioso artífice del Reino, guía la Iglesia con la fuerza de tus santos dones para cruzar con valentía del rencor al perdón y a la misericordia y llevar a las generaciones venideras la luz de la Palabra que salva.

Espíritu de santidad, aliento divino que mueve el universo, ven y renueva la faz de la tierra. Suscita en los cristianos el deseo de la plena unidad, para ser verdaderamente en el mundo signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad del género humano.

Ven, Espíritu de amor y de paz. Espíritu de comunión, alma y sostén de la Iglesia, haz que la riqueza de los carismas y ministerios contribuya a la unidad del Cuerpo de Cristo, y que los laicos, los consagrados y los ministros ordenados colaboren juntos en la edificación del único Reino de Dios.

Espíritu de consuelo, fuente inagotable de gozo y de paz, suscita solidaridad para con los necesitados, da a los enfermos el aliento necesario, infunde confianza y esperanza en los que sufren, acrecienta en todos el compromiso por un mundo mejor.

Ven, Espíritu de amor y de paz. Espíritu de sabiduría, que iluminas la mente y el corazón, orienta el camino de la ciencia y la técnica al servicio de la vida, de la justicia y de la paz. Haz fecundo el diálogo con los miembros de otras religiones, y que las diversas culturas se abran a los valores del Evangelio.

Espíritu de vida, por el cual el Verbo se hizo carne en el seno de la Virgen, mujer del silencio y de la escucha, haznos dóciles a las muestras de tu amor y siempre dispuestos a acoger los signos de los tiempos que Tú pones en el curso de la historia.

A Ti, Espíritu de amor, junto con el Padre omnipotente y el Hijo unigénito, alabanza, honor y gloria por los siglos de los siglos. *Amén.*

II. LA IGLESIA, SIGNO E INSTRUMENTO DE COMUNION Y PARTICIPACION



OBJETIVO: Reconocer que la Iglesia prolonga a Cristo en la tierra como su Cuerpo místico, donde todos viven en comunión y actúan de forma organizada como Pueblo de Dios, para ser signos vivos e instrumentos eficaces de comunión y participación.

I. ORACION INICIAL

Leer y reflexionar juntos el siguiente texto bíblico:
Somos el cuerpo místico de Cristo

«Del mismo modo que el cuerpo es uno y tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, por muchos que sean, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque todos nosotros, judíos o no judíos, esclavos o libres, hemos recibido un mismo Espíritu en el bautismo, a fin de formar un solo cuerpo; y también todos participamos del mismo Espíritu.

Por lo demás, el cuerpo no está compuesto de un solo miembro, sino de muchos. Si el pie dijera: Como no soy mano, no soy del cuerpo, ¿dejaría por esto de pertenecer al cuerpo? Y si el oído dijera: Como, no soy ojo, no soy del cuerpo, ¿dejaría por esto de pertenecer al cuerpo? Y si todo fuera oído, ¿cómo podría ver? Y si todo fuera ojo, ¿cómo podría oler?

Con razón Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo como le pareció conveniente. Pues si todo se redujera a un miembro, ¿dónde quedaría el cuerpo? Por eso, aunque hay muchos miembros, el cuerpo es uno. Y si un miembro sufre, todos los miembros sufren con él. Y si un miembro recibe honores todos los miembros comparten su alegría.

Ahora bien, ustedes forman el cuerpo de Cristo y cada uno es un miembro de ese cuerpo. Y Dios ha asignado a cada uno un lugar en la Iglesia: primero están los apóstoles, después los que hablan de parte de Dios, a continuación los

encargados de enseñar, luego viene el poder de hacer milagros, el don de curar enfermedades, de asistir a los necesitados, de dirigir la comunidad, de hablar un lenguaje misterioso. En todo caso, anhelan los carismas más valiosos y todavía les voy a mostrar un camino más excelente: el amor cristiano» (1Co 12, 12-31).

CANTO: SI YO NO TENGO AMOR

Lector: Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, aunque tuviera el don de hablar de parte de Dios y conociera todos los misterios y toda la ciencia.

Todos: *Si yo no tengo amor*

Lector: Aunque mi fe fuera tan grande como para trasladar montañas; aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas.

Todos: *Si yo no tengo amor*

Lector: El amor es paciente y bondadoso; no tiene envidia, ni orgullo, ni arrogancia.

Todos: *Si yo no tengo amor*

Lector: No es grosero ni egoísta, no se irrita ni es rencoroso; no se alegra de la injusticia.

Todos: *Si yo no tengo amor*

Lector: Encuentra su alegría en la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Todos: *Si yo no tengo amor*

PARA REFLEXIONAR:

¿Qué exigencias tiene para nosotros ser los miembros de Jesucristo, como cuerpo suyo que somos?

II. VER

HECHOS POSITIVOS

a) Vemos signos alentadores de comunión en nuestra Iglesia particular en los diversos procesos, proyectos y actividades pastorales que, desde el inicio de nuestra diócesis, han generado una comunión con Dios y entre nosotros.

- b) También reconocemos que hemos avanzado en el aprecio de la pluriformidad y la diversidad dentro de nuestra misma iglesia diocesana.
- c) Reconocemos que en nuestras comunidades, los sacerdotes han sido formadores de pueblos, promotores de comunión fraterna y solidaria, factores decisivos de unidad para los fieles entre sí. Por eso, sin duda que hoy, son tomados por todos, como la máxima, autoridad moral.
- d) Palpamos, también, que somos una Iglesia unida, aunque no siempre respetamos las legítimas diversidades. De alguna forma nos ha absorbido la pluralidad generando diversidad de criterios sobre todo en lo pastoral.
- e) Nos entusiasma ver cómo nuestros laicos cada día participan más en la pastoral y son más corresponsables y conscientes de su ser y quehacer en la Iglesia y en el mundo.
- f) «*La Iglesia es casa y escuela de comunión, donde los discípulos misioneros de Cristo, comparten su fe, su esperanza y su caridad al servicio de la misión evangelizadora*» (DA 158).

HECHOS NEGATIVOS

- a) Sin embargo percibimos inercias, estancamientos y rutinas pastorales que frenan el dinamismo del Espíritu y la fuerza creadora y transformadora de la Palabra de Dios.
- b) Sentimos que empiezan a señalarse más los conflictos generacionales y las diferencias de preparación y formación entre los sacerdotes de nuestro presbiterio.
- c) Padecemos una falta de unidad en los criterios pastorales, sobre todo en la administración de los sacramentos y en la catequesis.
- d) No hemos superado un clericalismo que sigue considerando a los laicos como meros auxiliares de los sacerdotes y no como verdaderos agentes de pastoral. Nos cuesta trabajo involucrar más a los varones en la acción pastoral.
- e) Llevamos, en la práctica, una pastoral paralela, los consagrados y los sacerdotes porque nos falta una mayor integración como personas y en nuestro trabajo.
- f) Nuestros laicos siguen carentes de una conciencia secular que los comprometa más de lleno en las realidades temporales como católicos coherentes que busquen transformar las estructuras temporales desde la fe. Poco hacen, los católicos que tienen cargos en el gobierno civil.
- g) No hemos podido aún, que vivan en comunión plena nuestros grupos, asociaciones y movimientos que padecen, unos de marginación, y otros de autosuficiencia.
- h) Los agentes de pastoral, nos repartimos los trabajos pero nos cuesta trabajar en equipo. Nuestras estructuras de intercambio son todavía muy precarias.
- i) Es débil nuestro sentido de Iglesia Universal y Misionera, caemos fácilmente en una comunión que sólo se preocupa hacia dentro de la iglesia diocesana, de su decanato y de su comunidad parroquial.

PARA REFLEXIONAR Y COMPARTIR

=Indicar hechos positivos y negativos que se den en nuestra comunidad.

III. PENSAR

«La diversidad de carismas, dones, servicios y ministerios, abre el horizonte para el ejercicio cotidiano de la comunión, a través de la cual los dones del Espíritu Santo son puestos al servicio de los demás para que circule la caridad» (DA 162).

Hay una comunión íntima entre Cristo y los que lo siguen, como la hay entre la vid y los sarmientos (NJ 15, 4-5). Dicha comunión la experimentamos, sobre todo, cuando comulgamos su Cuerpo y su Sangre (Jn 6, 56). En Pentecostés envió al Espíritu Santo para vivificarnos siempre y mantenernos en comunión con nuestros hermanos y con Dios (Jn 20, 22), haciendo de la Iglesia, una Iglesia de Comunión.

Somos el cuerpo de Cristo

Según el decir de San Pablo, somos el cuerpo de Cristo y Cristo es nuestra cabeza.

A través de esta imagen, el apóstol nos invita, a formar un solo cuerpo donde cada uno trabajemos para el bien de todos, siendo todos, miembros distintos, pero compartiendo todos el dolor y el gozo de todos.

Unidos por la misma vida divina que sustenta a todo el cuerpo: Cristo fuente de nuestra vitalidad. Participando todos de todo lo que Cristo,

nuestra cabeza, alcanzó para su cuerpo, mediante su muerte y resurrección. Por eso, también llamados a participar ahora de su muerte para participar mañana de su gloriosa resurrección.

Pero, según san Pablo, no sólo debemos ser el cuerpo de Cristo, sino que debemos actuar, como cuerpo de Cristo, bajo la autoridad de nuestra cabeza, que es Cristo, también Jefe y Pastor de nosotros. Desde este pensar, san Pablo, nos hace caer en la cuenta que debe haber unidad y pluralidad en todos los miembros de la Iglesia; que, todos tienen su valor, su importancia y su función, dentro y fuera del cuerpo, siendo una riqueza la variedad que complementa unos a otros; que debe haber una organización y una cabeza que fundamente y dirija toda la acción; que todos debemos participar, cada cual en su misión; que el amor cristiano está por encima de todo carisma, ministerio y función.

CRISTO ES NUESTRA CABEZA

San Pablo, en otros pasajes, también recalca que Cristo, como cabeza, hizo posible la vida divina en nosotros. Es, pues, nuestro creador y redentor. Por el bautismo nos conforma a su imagen y nos invita a buscar asemejarnos más con él. Él nos hace crecer distribuyéndonos dones y servicios en orden a nuestra salvación. Pero sobre todo nos alimenta, mediante su Eucaristía. Y nos invita a ser con él, el Cristo Total. Por eso, nuestra Iglesia no puede estar más que centrada en Cristo, nuestro único Salvador y en su Evangelio.

Pero, Cristo nos invita a reconocerlo como Cabeza de la Iglesia, en el Papa, los obispos y demás pastores, que en nombre de Cristo, son cabeza, jefes y pastores de la Iglesia de Jesucristo. A ellos, les ha confiado guardar la comunión, a través del celoso cuidado del sagrado Depósito de la Fe y en la solícita administración de los misterios de Dios en los sacramentos.

Ellos, como cabeza visible de Cristo, en la tierra, deben ser promotores de comunión y participación a todos los niveles de la Iglesia y a ellos toca encabezar la misión salvadora hacia todo el mundo y todas las gentes, mediante una acción pastoral conjunta y organizada, sobre todo, siendo agentes de la Nueva Evangelización.

«La Iglesia es comunión en el amor. Ésta es su esencia y el signo por el cual está llamada a ser reconocida como seguidora de Cristo y servidora de la humanidad» (DA 161).

Somos el pueblo de Dios

Dios desde al principio quiso santificar y salvar a los hombres no individualmente y aislados, sino haciendo de ellos un pueblo. Por eso eligió a Israel como Luz de las naciones e instrumento de salvación. Lo preparó para que, al nacer de ahí Jesucristo, se constituyera en el nuevo y definitivo Pueblo de Dios.

Por ser de Dios, manifiesta su elección y propiedad divina. Por ser miembro de un cuerpo, señala que lo es por un *«nacimiento de arriba: el bautismo»*. Por parte de un pueblo, marca la igual dignidad de todos, su libertad de hijos, la presencia de un Jefe (Cabeza) que da vida y conduce a su pueblo, la exigencia de la Ley Nueva del amor y la urgencia de cumplir una misión, todos corresponsablemente, cada cual según su función: ser sal de la tierra y luz del mundo; levadura de esperanza en todo el género humano y con un único destino: El Reino de Dios, que empieza aquí y culminará gloriosamente en Dios.

Como pueblo, también participa por el bautismo de sacerdocio de Cristo que lo hace un pueblo sacerdotal, profético y real. Como sacerdotes, llamados a consagrar todo para gloria de Dios, con el derecho a recibir los misterios de Dios. Como profetas, llamados a evangelizar con la palabra y con el testimonio de vida. Y como reyes, llamados a transformar el mundo hasta alcanzar una tierra nueva.

«Constatamos el escaso acompañamiento dado a los fieles laicos en sus tareas de servicio a la sociedad, particularmente cuando asumen responsabilidades en las diversas estructuras del orden temporal.

Percibimos una evangelización con poco ardor y sin nuevos métodos y expresiones, un énfasis en el ritualismo sin el conveniente itinerario formativo, descuidando otras tareas pastorales. De igual forma, nos preocupa una espiritualidad individualista.

Verificamos, asimismo, una mentalidad relativista

en lo ético y religioso, la falta de aplicación creativa del rico patrimonio que contiene la Doctrina Social de la Iglesia, y, en ocasiones, una limitada comprensión del carácter secular que constituye la identidad propia y específica de los fieles laicos» DA 100c)

«En el pueblo de Dios, la comunión y la misión están profundamente unidas entre sí. La comunión es misionera y la misión es para la comunión. En las Diócesis, todos los miembros del pueblo de Dios, según su vocación específica, están convocados a la santidad en la comunión y por la misión» (DA 163).

PARA REFLEXIONAR

= Señala las convicciones que más se viven en nuestra comunidad

IV. ACTUAR

- = Lograr que la comunión de vida se realice a través de los sacramentos, especialmente los de iniciación cristiana: Bautismo, Confirmación y Eucaristía.
- = Hacer que la Eucaristía, especialmente la dominical, sea centro de comunión con Dios y con los hermanos.
- = Urgir a los obispos, como principios y fundamentos de unidad que son en su iglesia local, para que sean promotores de comunión, haciendo así más eficaz la Nueva Evangelización.
- = Motivar al presbiterio diocesano para que sea signo eficaz de unidad y comunión con el obispo, sus hermanos presbítero y laicos.
- = Renovar la institución parroquial para que siga siendo el lugar privilegiado en que los fieles puedan tener una experiencia concreta de Iglesia. Mayor reto serán las parroquias urbanas donde nuestras actuales estructuras pastorales resultan inadecuadas para formar comunidad.
- = Unir el carisma de los consagrados con el ministerio de los pastores para que sea mayor el alcance de nuestro esfuerzo evangelizador y catequético.
- = Superar el clericalismo y paternalismo para devolver a los laicos sus derechos y deberes como miembros del pueblo de Dios, viviendo una comunión mutua y participando todos desde su

propia condición y estado de vida en el mandato misional.

- =Reconstruir las familias de nuestras comunidades para que sean la Iglesia Doméstica donde se ora, se evangeliza y se ama fraternalmente.

PARA REFLEXIONAR

Compromisos que habrá que asumir: en la parroquia, en el decanato y en la diócesis.

V. ORACION FINAL

Oh Padre, Hijo, y Espíritu Santo, que en amorosa comunicación viven y actúan siempre los tres como un solo Dios y Padre de todos, ayúdanos a vivir esa comunión, también a nosotros, a su Imagen y semejanza.

Que cada familia seamos un espacio de encuentro amoroso de esposos y de padres e hijos; un lugar privilegiado de fraternidad y de solidaridad; un centro de comunión de bienes y servicios; una verdadera iglesia doméstica.

Que nuestra comunidad parroquial sea el corazón que impulse la caridad hacia todos; sea una asamblea que celebra su fe y anuncia el evangelio a todas las gentes; sea centro de comunión y de participación de todos, sea comunidad de comunidades, rica en carismas, ministerios y servicios.

Que nuestro decanato sea el lugar de encuentro de todos los agentes de pastoral donde se animan, se ayudan y se comunican toda clase de bienes; un lugar donde se busca la unidad, respetando siempre el sano pluralismo y se trabaja en común, enriqueciéndose unos con otros.

Que sea nuestra Iglesia Diocesana, la presencia viva de la Iglesia Universal, aquí y ahora; cuerpo fiel a Cristo su cabeza; promotora de una acción pastoral organizada e integral que impulsa la Nueva Evangelización eficazmente y se abre misionera a toda la Iglesia, compartiendo su fe y sus bienes con los más alejados, más pobres y más necesitados de salvación.

Oh Dios, uno y trino, que constituiste a tu Iglesia pueblo y cuerpo de Cristo, haz que crezcamos hasta conformarnos con Él, el Cristo Total; el Glorioso del final de los tiempos, para vivir y reinar con Él, por los siglos de los siglos. Amén.

III. LOS LAICOS, CONSTRUCTORES DEL REINO DE DIOS EN LA SOCIEDAD ACTUAL



OBJETIVO: Entender el papel primordial del laico en la Iglesia y en el mundo, para construir eficazmente, con los elementos a nuestro alcance el Reino de Dios, y hacer visible las razones de nuestra esperanza mediante el testimonio diario.

para taparlo con un celemín, sino que se pone en el candelero para que alumbre a todos en la casa» (Mt 5,13-15).

La experiencia de inserción en la vida de Jesús hace del cristiano laico un testigo cualificado. Su estilo de vida refleja coherencia con el Evangelio. Jesús transforma «*desde dentro*». La fuerza del testimonio *en el laico no le viene de sí mismo. Le viene «de lo alto»*. Motivo por el cual el laico está capacitado para «*alumbrar*». Su actuación y pensamiento hacen presentes los valores del Reino en la historia y en la cultura de los pueblos.

¿Qué importancia tiene tomar conciencia de la inserción y vida en Jesús?

(Agradecemos a Dios que ha llamado a los laicos a formar parte de su familia, la Iglesia, para colaborar en la transformación, desde el Evangelio, del mundo en el que vivimos).

I. ORACIÓN INICIAL

«Tú nos hablas, Señor»

Tú nos hablas, Señor, con la grandeza majestuosa del universo, con la diversidad de las estaciones, con la belleza de las montañas, con la serenidad de los lagos, con la inmensidad del mar, con la poesía de las flores...

Tú nos hablas, Señor, a través de la historia de los pueblos. Te has manifestado, en particular, en la historia bíblica de la salvación; en la fe de Abraham, en la fidelidad de Moisés, en el testimonio de los profetas...

Nos has hablado con la venida de tu Hijo Jesús; nos has dado su amor. Tú nos hablas, Señor, a través de las personas que viven hoy: jóvenes y ancianos, blancos y negros, ricos y pobres, porque cada uno de ellos es un reflejo tuyo.

Tú nos hablas, Señor, a través de los momentos de crisis y de dolor porque éstas son las experiencias que en mayor medida nos transforman.

Ayúdanos, Señor a no sentirnos solos en la dificultad: cuando sufrimos, tú sufres con nosotros; cuando lloramos, tú lloras con nosotros. *Ayúdanos, Señor. Amén.*

«Ustedes son la sal de la tierra... son la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad construida sobre un monte. No se enciende un candil



II. VER

HECHOS POSITIVOS

- Las culturas locales están adquiriendo un nuevo valor ante algunas personas e instituciones; crece el interés por estudiarlas y preservarlas, procurando fortalecerlas antes que contaminarlas con la cultura globalizadora del mundo mercantil y del placer inmediato.
- Es alentador constatar que son muchas las personas que se esfuerzan por fortalecer y propagar una cultura fundamentada en el Evangelio, con convicciones sostenidas y testimoniadas por la justicia, la solidaridad, la lealtad, y la fe vivida en comunidad.

- c) Vemos un gran número de laicos comprometidos en nuestra diócesis, que están embelleciendo el ser y quehacer del rostro de la Iglesia, tanto en el ámbito eclesial como en el social. En el ámbito eclesial: animan celebraciones litúrgicas, colaboran en la evangelización ordinaria y de tiempos fuertes, en los grupos niños, jóvenes y adultos, ejercen algunos ministerios y coordinan otras acciones pastorales. En el ámbito social, colaborando fuertemente en las tareas temporales, hacen presente el Reino de Dios en la política, en la economía y en la educación.
- d) Constatamos que la presencia y acción de los laicos comprometidos con el Evangelio, están protagonizando los cambios necesarios en una purificación constante de costumbres y conductas no cristianas en el trabajo, en la familia, en la convivencia, en los tiempos libres de descanso y diversión, y en todo tipo de «compromisos sociales».

HECHOS NEGATIVOS

- a) La cultura tiende cada vez más a estar conducida por la idea de la ganancia y de la competencia, lejos de buscar el beneficio a la persona y a la sociedad. Además, la globalización, estimulada y fortalecida por los medios de comunicación social, está generando una cultura universal de masas, que afecta todas las regiones y grupos humanos.
- b) Palpamos una profunda y acelerada pérdida de valores humanos y cristianos, tales como: la auténtica libertad, la lealtad y honorabilidad, el respeto a los adultos y ancianos, la convivencia sana, el compromiso social, la práctica de la oración y recepción de los sacramentos, el interés en la formación religiosa y la caridad sin acomodos.
- c) Vivimos en el contexto de una anticultura de muerte: agresividad y violencia, relativismo moral y poder de la droga, libertinaje sexual y aborto, prensa perniciosa e impunidad, contaminación y desorden ecológico, desigualdad, y superstición.
- d) Constatamos la desilusión y el conformismo en la sociedad. En tiempos de elecciones gubernamentales el porcentaje de abstencionismo es alto. La cultura democrática no ha llegado a transformar los partidos políticos en agentes de

«cambio y modernidad» social.

- e) Nos damos cuenta que los laicos confundidos por la prensa y por las difamaciones hechas a la Iglesia, se vuelven pasivos en su tarea de cristianizar los lugares y ambientes donde viven y trabajan. A veces, por poseer una fe debilitada, hasta llegan a sumarse a las olas de críticas y de destrucción difamantes.
- f) La evangelización en las diversas etapas del bautizado no ha sido oportuna y transformadora. La cultura religiosa apenas se queda en los límites de los sentimientos y de lo mágico.
- g) Los centros de formación de laicos son pocos y no han logrado madurar en sus programas y efectos evangelizadores a la altura de las expectativas.

¿Qué otros aspectos positivos o negativos descubren con respecto al protagonismo de los laicos en la evangelización de la sociedad?

III. PENSAR

Los laicos hacen posible que la Iglesia se haga presente de diversos modos:

«Los laicos, con su peculiar modo de obrar, el Evangelio es llevado dentro de las estructuras del mundo y obrando en todas partes santamente consagran el mismo mundo a Dios. Gracias a los fieles laicos, la presencia y misión de la Iglesia en el mundo se realiza, de modo especial, en la diversidad de carismas y ministerios que posee el laicado» (EAm 44b).

El laico está llamado, por ser cristiano, a procurar la salvación para todos:

«Incumbe a todos los laicos colaborar en la hermosa empresa de que el divino designio de salvación alcance más y más a todos los hombres de todos los tiempos y de todas las tierras» (LG 33d).

Por vocación propia le corresponde, al laico, ordenar los asuntos temporales:

«A los laicos pertenece por propia vocación buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales... Allí están llamados por Dios a cumplir su propio cometido, guiándose por el espíritu evangélico, de modo que, igual que la levadura, contribuyan

desde dentro a la santificación del mundo» (LG 31b).

Está llamado a hacer presente el reino de Dios allí donde la Iglesia no puede llegar de forma directa y organizada:

«Los laicos, sin embargo, están llamados, particularmente, a hacer presente y operante a la Iglesia en los lugares y condiciones donde ella no puede ser sal de la tierra si no es a través de ellos» (LG 33b).

La evangelización de las culturas es un reto apremiante para la Iglesia:

«La Iglesia es plenamente consciente de la urgencia pastoral de reservar a la cultura una especialísima atención. Por eso pide a los fieles laicos estén presentes, con la insignia de la valentía y de la creatividad intelectual, en los puestos privilegiados de la cultura, como son el mundo de la escuela y de la universidad, los ambientes de investigación científica y técnica, los lugares de la creación artística y de la reflexión humanista (ChL 44b-c).

Es necesario evangelizar -no decorativamente, a manera de un barniz superficial, sino de modo vital, en profundidad y hasta las raíces- la cultura y las culturas del hombre. La ruptura entre Evangelio y cultura es sin duda el drama de nuestra época, como también lo fue de otras. Es necesario, por tanto, hacer todos los esfuerzos en pro de una generosa evangelización de la cultura, más exactamente, de las culturas» (ChL 44d).

Los Medios de comunicación social es uno de los campos prioritarios donde la Iglesia, por medio de los laicos, ha de aprovechar para evangelizar la cultura:

Es fundamental para la eficacia de la nueva evangelización un profundo conocimiento de la cultura

actual, en la cual los medios de comunicación social tienen gran influencia...

«Con el uso correcto y competente de los mismos (los medios de comunicación) se puede llevar a cabo una verdadera inculturación del Evangelio. Por otra parte, los mismos medios contribuyen a modelar la cultura y la mentalidad de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, razón por la cual quienes trabajan en el campo de los medios de comunicación social han de ser destinatarios de una especial acción pastoral» (EAm 72a).

«Los GAM's son fuente generadora de agentes comprometidos en la acción pastoral de la Iglesia diocesana, constituyéndose en baluartes de la tarea evangelizadora. Su gran número y pluralidad, enriquece a la Iglesia y en ellos se expresa la variedad de dones y carismas con que el espíritu la impulsa y alimenta» (IVPDP 985, volumen II).

«Las cualidades de un discípulo misionero son:

1. Que tenga como centro de su vida a Jesucristo Salvador, fuente de toda madurez humana.
2. Que tenga espíritu de oración.
3. Que sea amante de la Palabra de Dios.
4. Que practique la confesión
5. Que participe de la Eucaristía.
6. Que se inserte en la comunidad eclesial y social.
7. Que sea solidario en el amor.
8. Que sea fervoroso en la misión» (Cfr DA 292).

¿Crees que ser laico implica un serio compromiso con la Iglesia?

«El misterio de la Trinidad es la fuente, el modelo y la meta de la unidad de la Iglesia: «Un pueblo reunido por la unidad del Padre, y del Hijo y del espíritu Santo'', llamado en Cristo sacramento e instrumento de la íntima unión con Dios y de todo el género humano. La comunión de los fieles se sustenta en la comunión con la Trinidad» (Cfr DA 155).



¿Se puede pertenecer a un grupo, asociación o movimiento laical-ecclesial, sin que esto afecte a la vida social de cada día, personal y comunitariamente?

IV. ACTUAR

Si se da una ruptura entre la cultura y el Evangelio
¿Qué hacer para que el Evangelio penetre en la cultura de nuestros pueblos?

Ante el fenómeno de la pérdida de valores humanos y cristianos ¿Qué hacer para que sean tomados con aprecio y con solicitud en nuestras comunidades?

Ante la necesidad de que los laicos, por su compromiso bautismal, forjen una cultura en el marco del Evangelio

¿Qué proceso de formación se ha de llevar a cabo para que sean protagonistas?, ¿Qué recursos pastorales será necesario tener o fortalecer para lograrlo?

Ante la realidad del secularismo y materialismo imperantes

¿Qué se debe hacer para entrar en un proceso de cambio cultural, aceptando y valorando la actuación y presencia de Dios en el hombre y en el mundo?

¿Cuáles de estos u otros desafíos vemos necesario asumir en nuestra parroquia?

Que opinas de la frase: ¿el siglo XXI ha de ser el tiempo de los laicos?

V. ORACIÓN FINAL

PLEGARIA:

Pueden recitarla en forma alternada o entre dos personas.

- Señor Jesucristo, que quisiste buscar colaboradores en tu obra de salvación,
- y llamaste a los Doce para vivir contigo, instruirlos y enviarlos con Tu autoridad a predicar;
- y enviaste a setenta y dos discípulos, en equipos de dos en dos, para que te prepararan el camino;
- y quisiste continuar tu obra salvadora en una

multitud de evangelizadores como en una reacción en cadena

- para que llevaran tu mensaje transformador de los corazones y las culturas.
- Tú enseñaste que quien recibe a tus enviados te recibe a Ti;
- pediste que sean uno en Ti y en el Padre; los hiciste tus colaboradores
- para ser luz, levadura, y signos del Buen Pastor misericordioso con el caído.
- Bendice a nuestros Agentes de Pastoral:
- a nuestro Obispo, a nuestros Sacerdotes, a nuestros Religiosos y Religiosas, y a todos los Laicos comprometidos.
- Bendice sus Instituciones de Formación: formación de agentes; grupos, asociaciones y movimientos; seminario y escuelas decanal o interparroquial.
- E inflámalos con la ilusión de los santos.
- Para que busquen, en comunión y participación, los nuevos métodos y las nuevas expresiones de tu amor por nosotros,
- Que den un nuevo rostro a tu Esposa la Iglesia, cercana y acogedora de todos, hasta los últimos rincones de la tierra
- Y los enamoren de ti, ansiando tu regreso glorioso para las Bodas Eternas.
- Haz que nuestro Obispo sea siempre tu presencia de buen pastor;
- Que los Sacerdotes sean agentes de comunión y participación;
- Que los Religiosos y Religiosas sean vanguardia de la Nueva Evangelización;
- Que el Seminario sea promesa de una pastoral vigorosa;
- Que los Grupos, Asociaciones y Movimientos forjen protagonistas de la Nueva Evangelización;
- Y que la Formación de Agentes garantice nuestra fecundidad apostólica ecclesial. *Amén.*

IV. COHERENCIA ENTRE FE Y VIDA, CONDICION INDISPENSABLE PARA LA ACEPTACION DEL EVANGELIO



OBJETIVO: Profundizar el sentido verdadero de nuestra identidad, para testimoniar con la vida de cada día los valores del Evangelio, y transformar al mundo con la vida de Cristo y llevar a Cristo a la vida del mundo.

I. ORACION INICIAL

Leer Mateo 5, 13-16

¿Mis palabras y mis obras son sabor y transparencia de Cristo para los que están conmigo?

II. VER

Proclamamos que el testimonio de vida es la primera e insustituible forma de evangelización. Sin embargo, hay factores que desvirtúan e impiden la acción evangelizadora y catequética: apatía de padres de familia y fallas en el acompañamiento; ambiente adverso y materialista; antitestimonio en agentes sacerdotes y laicos; deficiente apoyo y acompañamiento de parte de los sacerdotes; se busca una pastoral cómoda y que no comprometa. (IIPDP 789)

Nuestros pueblos, a pesar de sus deficiencias, siguen siendo muy religiosos. Es alentador saber que son muchos los laicos comprometidos en los diversos niveles de la Iglesia, en los diversos campos de la sociedad, y que se están dando signos fuertes de vivencia en la fe, de práctica religiosa y sacramental y que la evangelización y catequesis llevada a cabo por la acción pastoral está dando frutos de compromiso y autenticidad cristiana. Sin embargo, hay muestras manifiestas de una incoherencia entre la fe, la religiosidad y la vida social.



Todavía la inmensa mayoría de los que formamos la Diócesis somos católicos, más por tradición que por una evangelización profunda. Cada día son más los fieles que van alejándose de la fe recibida a causa de la ignorancia y la difusión de conductas incompatibles al catolicismo. Hay muchos resentidos por antitestimonios y por falta de atención de los pastores.

A pesar de la gran religiosidad de la gente, resulta irónico que en un pueblo tan creyente, encontremos grandes injusticias y atropellos a la dignidad humana dentro del marco de la corrupción, que pone claramente en evidencia los

datos muy frecuentemente marcados como la incoherencia entre la fe, la religiosidad y la vida, el permisivismo moral, dar prioridad a lo material, buscar sólo lo extraordinario, mero ritualismo y la exclusión de la fe del ámbito político, económico y educativo.

PARA REFLEXIONAR:

1. - ¿Cuáles son los hechos que más están influyendo en nuestra comunidad?
2. - ¿Cuáles son los hechos que más están urgiendo que se respondan en nuestra comunidad?

III. PENSAR

El testimonio de vida es el primer medio de evangelización (EN 41), «la primera e insustituible forma de misión» (RMi 42), en cuanto que es signo personificado del mismo mensaje de Cristo anunciado con las palabras. Como la santidad, así también el testimonio apostólico es una

exigencia del bautismo: «Todos los fieles cristianos, donde quiera que vivan, están obligados a manifestar con el ejemplo de su vida y el testimonio de la Palabra el hombre nuevo del que se revistieron por el bautismo». (AG 11)

El mensaje de las bienaventuranzas se ha de proclamar de suerte que aparezca en la vida de los creyentes como una *«lámpara sobre el candelero»* o una *«luz»* que dé a conocer los planes salvíficos del Padre. (Mt 5, 15-16)

El testimonio se concreta en la transparencia del mensaje en la propia persona, coherencia de vida, experiencia de relación personal con Cristo a quien se anuncia, autenticidad o *«sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, desapego de sí mismo y renuncia».* (EN 76)

Por el seguimiento evangélico radical, el evangelizador da *«un testimonio magnífico y extraordinario de que sin el espíritu de las bienaventuranzas no se puede transformar este mundo y ofrecerlo a Dios».* (LG 31)

En una sociedad de signos, que *«tiene sed de autenticidad»* (EN 76), *«el hombre contemporáneo cree más en los testigos que en los maestros».* (RMi 42). *El testimonio de vida es «una condición esencial en vistas a una eficacia real de la predicación».* (EN 76). Quien acepta el mensaje cristiano por el testimonio de un testigo auténtico, se convierte él mismo en testigo para los demás.



«El fortalecimiento de variadas asociaciones laicales, movimientos apostólicos eclesiales, nuevas comunidades y los itinerarios de formación cristiana son un signo esperanzador, deben ser apoyadas por los pastores, porque ellos ayudan a muchos bautizados a que asuman con mayor responsabilidad su identidad cristiana y colaboren más activamente en la misión evangelizadora» (DA 214).

En las situaciones actuales *«la Iglesia está llamada a dar su testimonio de Cristo, asumiendo posiciones valientes y proféticas»* (RMi 43). Pero por esta actitud la suerte del apóstol no será diferente a la del Maestro (Jn 13, 16). Evangelizar será siempre, y ante todo, *«dar testimonio, de una manera sencilla y directa de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo»* (EN 26). La misión en el Espíritu consiste en *«Transmitir a los demás la propia experiencia de Jesús y la esperanza que les anima»* (RMi 24).

«La Iglesia en América debe hablar cada vez más de Jesucristo, rostro humano de Dios y rostro divino del hombre... Ha de ser anunciado con gozo y con fuerza, pero principalmente con el testimonio de la propia vida» (EAm 67).

El encuentro con Cristo produce una profunda transformación: impulsa a comunicar a los demás la riqueza adquirida en la experiencia de este encuentro... Este encuentro lleva a un compromiso de vida. En efecto, *«encontrar a Cristo vivo es aceptar su amor primero, optar por Él, adherirse libremente a su persona y a su proyecto»...* El ardiente deseo de invitar a los demás a encontrar a Aquél a quién nosotros hemos encontrado, está en la raíz de la misión

evangelizadora que incumbe a toda la Iglesia (EAm 68).

PARA REFLEXIONAR:

1. - **¿Cuáles son las convicciones que más se viven en nuestra comunidad?**
2. - **¿Cuáles son las convicciones que más nos falta vivir en nuestra comunidad?**

IV. ACTUAR

Requerimos mejorar las propuestas de evangelización que buscan responder a la compleja realidad religiosa que vivimos. En las diversas acciones y experiencias parroquiales, en los grupos, asociaciones y movimientos, en todas las tareas fundamentales y diversificadas de nuestro proceso pastoral, debe buscarse y cuidarse la integridad de la fe que incluye necesariamente, el encuentro con Cristo, la conversión personal y social (CPCEM 115).

Los responsables de la vida de las comunidades están llamados a una conversión pastoral, dejando atrás mentalidades, actitudes y conductas que no favorecen el crecimiento en la fe y en la corresponsabilidad de los fieles laicos en la vida eclesial y en el compromiso social (CPCEM 118).

Estos son los principales desafíos que nuestro caminar pastoral tiene frente a la religiosidad de nuestro pueblo para que sea de verdad vivencia y anuncio de la vida nueva que da el encuentro con Jesús, camino para la conversión, la comunión y la solidaridad:

- a) Necesitamos conocer más y mejor nuestra religiosidad para dar testimonio y no dejamos engañar.
- b) Necesitamos ser cristianos coherentes que viven lo que creen y anuncian lo que viven.
- c) Sentimos la urgencia de vivir la fe en permanente conversión y continuo crecimiento.
- d) Debemos dinamizar nuestra evangelización para contrarrestar el crecimiento de la apatía e indiferencia de muchos.
- e) Debemos impulsar en nuestras comunidades la evangelización con las personas más alejadas.
- f) Sacerdotes y laicos necesitamos dar testimonio para una pastoral fructífera.

- g) Necesitamos que el evangelizador tenga una actitud de ser testigo auténtico de Cristo.
- h) Necesitamos que las familias sean luz y sal que dan sabor e iluminan a la sociedad, viviendo la actitud de coherencia entre fe y vida.
- i) Confesamos que la Palabra de Dios es fundamento para vivir y crecer en la fe y que necesitamos leerla, conocerla y vivirla más.
- j) Necesitamos impulsar más la vivencia de la fe en la comunidad y en los grupos.
- k) Reconocemos que por ignorancia y poco testimonio de vida crece el número de católicos que se unen a otra confesión religiosa.

«Reconocemos el valor y la eficacia de los consejos laicales a nivel parroquial, diocesano y nacional, porque incentivan la comunión y la participación en la Iglesia y manifiestan su presencia activa en el mundo. La construcción de la ciudadanía, en su sentido más amplio, y la construcción de la eclesialidad en los laicos, es un solo y único movimiento» (DA 215).

1. - **¿Cuáles son los desafíos pastorales de nuestra comunidad?**
2. - **Señalar los compromisos que conviene asumir en la comunidad parroquial, en el decanato, en la diócesis.**

V. ORACION FINAL

Señor Jesucristo, que tu presencia inunde por completo mi ser y tú imagen se marque a fuego en mis entrañas, para que pueda yo caminar a la luz de tu figura, y pensar como Tú piensas, sentir como Tú sientes, actuar como Tú actúas, hablar como Tú hablas, soñar como Tú sueñas y amar como Tú amas.

Pueda yo, como Tú despreocuparme de mí mismo para preocuparme y ocuparme por los demás; ser insensible para mí y sensible para los demás; sacrificarme a mí mismo, y ser al mismo tiempo esperanza y aliento para los demás.

Pueda yo ser, como Tú, sensible y misericordioso; paciente, manso y humilde; sincero y veraz. Tus predilectos, los pobres, sean mis predilectos; tus objetivos, mis objetivos.

Los que me ven, te vean. Y llegue yo a ser una transparencia de tu ser y de tu amor. *Así sea.*

V. GRUPOS, MOVIMIENTOS Y ASOCIACIONES MISIONEROS EN SU PROPIO AMBIENTE



OBJETIVO: Reflexionar sobre el papel de los grupos, asociaciones y movimientos en nuestra parroquia, sus fuerzas y debilidades, para aprovechando sus dones y carismas, los cristianos seamos verdaderos discípulos misioneros de Cristo.

I. ORACION INICIAL

Señor Jesucristo, que quisiste buscar colaboradores en tu obra de salvación, y llamaste a los Doce para vivir contigo, instruirlos y enviarlos con Tu autoridad a predicar; y enviaste a setenta y dos discípulos, en equipos de dos en dos, para que te prepararan el camino; y quisiste continuar tu obra salvadora en una multitud de evangelizadores como en una reacción en cadena, haz que los Grupos Asociaciones y Movimientos forjen protagonistas de la Nueva Evangelización; y que la Formación de los laicos garantice nuestra fecundidad apostólica, misionera y eclesial. *Amén.*

II. VER

La realidad del mundo en que vivimos no es ajena a la realidad de nuestros GAMs. En todos los ambientes percibimos grandes limitaciones. Si observamos a las personas no organizadas, en ellas descubrimos la corriente permisiva y degradante sobre los valores. Si nuestra mirada la enfocamos en las personas de grupos, asociaciones y movimientos, aunque al parecer se ven más serios y de mejor compostura, más responsables y más solidarios con los necesitados, no obstante, notamos que la fe no los ha transformado del todo. Alcanzamos a destacar que muchos aún le temen a Dios, no con santo temor. No alcanzan a descubrirlo como un Padre amoroso. Aunque teóricamente dicen que sí, en la práctica es no.

La justicia no se vive como Dios quiere, la liturgia parece de «cumplimiento», o sea, ‘cumpro y miento’. El divorcio entre fe y vida hace estra-

gos. La indiferencia es lo que en el presente hace más daño. Las televisoras imponen su estilo de vida consumista y relativista, y atacan valores fundamentales en la vida de las personas, las familias y la sociedad.

También tenemos cosas positivas. Hay aún muchas familias que vibran con la fe y buscan hacer un ambiente religioso sumamente fiel a los mandamientos del Señor. Hay muchos adolescentes y jóvenes que destacan en su amor a la Eucaristía y viven de acuerdo a la verdad y al amor de Dios.

PARA REFLEXIONAR:

¿Qué otros aspectos negativos encuentro en mi comunidad?

¿Qué otros aspectos positivos encuentro en mi comunidad?

¿Qué hechos manifiestan el compromiso evangelizador de los GAMs hacia los marginados y alejados?

¿Qué acciones realizan los GAMs para contrarrestar las influencias negativas del ambiente?

III. PENSAR

Cristo dijo: «Vayan por todo el mundo, y hagan que todos los pueblos sean mis discípulos. Bautícenlos, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y enséñenles a cumplir todo lo que yo les he encomendado. Yo estoy con ustedes, todos los días hasta que termine el mundo» (Mt 28, 18-20)

La fe en Cristo es una propuesta a la libertad del hombre. Urge una actividad misionera traída por Cristo y vivida por sus discípulos. Si deseamos realizarnos según la vocación integral en conformidad con Cristo, hay que acoger la nueva vida que él nos trajo, porque el que ama, desea darse.

«El que invoque el nombre del Señor se salvará». Señor, deseamos estar unidos a Ti, invocarte y vivir en contacto directo contigo, así salvaremos nuestras vidas y ayudaremos a salvar las de los demás. ¿Cómo invocarán al Señor sin antes haber creído en él? Hay que creer, pero ¿qué hace falta para ello?

¿En qué se convierte el hombre sin apertura al Absoluto? Debemos lanzarnos a evangelizar, hemos de hablar (Hch 4, 20). ¡Cuidado con caer en la secularización de la salvación! Todo cristiano debe ayudar a dar a conocer la novedad de vida y riqueza recibidas de Dios y comunicarlas a todos los hombres (Ef 3, 8). Hemos de proponernos a ir por todos los ambientes a predicar para llegar a todos (Cfr Mc 16, 15-20), convencidos de que el Señor está con nosotros hasta el final (Mt 28, 20), y sin miedo ni vergüenzas, (Rm 1, 16), pues predicar a Cristo es un honor, y ¡Ay de nosotros si no evangelizamos!

Predicar y dar testimonio son actividades que deben ir unidas, porque sin buen testimonio, no podemos predicar con fruto (RMi 57); y si ya estamos maduros en la fe, claro que sí evangelizaremos (RMi 49); recordemos que quien convierte a un pecador, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados. (St 5,19)

Uno de los objetivos centrales de la misión es reunir al pueblo para la escucha del Evangelio, en la comunión fraterna, en la oración y en la Eucaristía, de este modo tendremos un solo corazón y una sola alma. (RMi 26)

«Los laicos están llamados a participar en la acción pastoral de la Iglesia, primero con su testimonio de vida y, en segundo lugar, con acciones en el campo de la evangelización, la vida litúrgica y otras formas de apostolado, según las necesidades locales bajo la guía de sus pastores. Les reconocemos y animamos a continuar el compromiso que adquirieron en el Bautismo y la Confirmación.» (Cfr DA 211)

«Para cumplir su misión con responsabilidad, los laicos necesitan una sólida formación doctrinal, pastoral, espiritual y un adecuado acompañamiento para dar testimonio de Cristo y de los valores del Reino en el ámbito de la vida social, económica, política y cultural.» (DA 212)

Si evangelizamos iremos manifestando claramente la madurez de la fe (RMi 49). Para que la gente crea, hemos de mantener la unidad (Jn 17, 21).

Si nuestros GAMs anuncian con la dimensión tal que el mensaje sea escuchado, aceptado y asimilado, de seguro que quienes reciben el mensaje se adhieren al mismo, de todo corazón (EN 23), y se convierten en evangelizadores. (EN 24)

Tengamos presente que el mandato de evangelizar que el Señor resucitado dejó a su Iglesia va acompañado por la seguridad, basada en su promesa: «*He aquí que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo*» (EAm 7), con esta promesa se garantiza el éxito de la obra.

«Destacamos que la formación de los laicos debe contribuir, ante todo, a una actuación como discípulos misioneros en el mundo, en la perspectiva del diálogo y de la transformación de la sociedad» (DA 283)

Todo esto exige a los responsables de la vida de las comunidades una conversión pastoral tal que, dejando atrás mentalidades, actitudes y conductas inveteradas, que no favorecen el crecimiento en la fe y la responsabilidad de los fieles, podamos con nuevos métodos, con nuevas formas de expresión, con nuevos recursos de acción, llevar a los agentes de pastoral, hombres y mujeres, a un compromiso más encarnado, más misionero y más transformador, incluso en el orden social.

Ecclesia in América, invita a reconocer y promover la vocación y misión propia de los fieles laicos como miembros a pleno derecho del Cuerpo de Cristo y partícipes de su triple ministerio. La renovación de la Iglesia en América no será posible sin la presencia activa de los laicos. (Del Encuentro con Jesucristo a la Solidaridad con todos n. 118).

Laicos y pastores deben actuar en comunión para generar comunión y comunión misionera. Así se cumple el mandato de Cristo: «*Los he destinado a que vayan y den fruto, y su fruto permanezca*» (Jn 15,16).

La comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: La comunión es misionera y la misión es para la comunión.

IV. ACTUAR

¿Basta con condenar lo malo? Urge la Evangelización, ¿Cómo hacerla? ¿No será bueno preparar a los GAMs, para que vayan a tocar puerta tras puerta para al menos recordar el Evangelio que se leyó el domingo anterior?

Es necesario cambiar de metodología en la evangelización. Es preciso que los laicos asuman su responsabilidad de profetas, sacerdotes y reyes y que los pastores inculquen y animen con su

ejemplo y su acción evangelizadora siempre proyectiva y prospectiva.

Cristo al fundar la Iglesia la quiere misionera, fraterna y evangelizadora; no es posible que las parroquias estén adormiladas, ya es tiempo de despertar, la noche ha pasado y la luz de una nueva Evangelización ha llegado y nos apremia. Cada parroquia debe urgirse a avivar a sus feligreses, a lanzarlos a las calles y caseríos para recordarles los mandatos de Cristo.

Es necesario conocer a Cristo para poder anunciarlo. «*Nadie ama lo que no conoce*» (San Agustín). Quien conoce a Cristo, lo obedece y lo ama. Nadie lo conocerá si no oye hablar de él. Es preciso anunciarlo, predicarlo, darlo a conocer con la Palabra y con el ejemplo.

Debemos proponemos hacer de cada parroquia una comunidad misionera y así los Decanatos lo serán también, y estarán fortificados en la fe y anunciarán a un Cristo que fue crucificado, pero que ahora está vivo, ha resucitado y está a la derecha del Padre, tal como lo vio antes de ser apedreado el protomártir san Esteban. Las parroquias misioneras engendran decanatos misioneros y desde luego, Diócesis misioneras, comprometidas con Cristo Evangelizador y Santificador.

- a) Falta superar el individualismo, el revanchismo y la competencia grupal.
- b) Urge una preparación seria de los laicos en orden a un compromiso evangelizador.
- c) Promover la acción contemplativa, dedicando momentos significativos a la oración, para luego proyectar una acción evangelizadora de calidad.
- d) Promover el compromiso de cada grupo hacia la búsqueda de los alejados y marginados.
- e) Evitar que los grupos sean refugios temporales para escabullirse de las responsabilidades cristianas.
- f) Evitar que los GAM's se conviertan en clubs privados o lugares y espacios para ser alguien o simplemente para pasarla bien.
- g) Suprimir la mentalidad de que mi grupo es el bueno y los demás no.
- h) Enseñar a los laicos a saber pasar la estafeta de la coordinación con el fin de que no envejezcan o desaparezcan los grupos, movimientos y asociaciones.

i) Urge que los miembros de los grupos sean acompañados debidamente por los pastores para evitar desviaciones.

j) Urge que los grupos sean abiertos y no se favorezca el elitismo.

V. ORACION FINAL

Señor Jesús, corazón y cabeza de toda comunidad cristiana, Tú nos pediste permanecer unidos en el amor, danos la capacidad de reencontrarnos desde el perdón, la reconciliación y la misericordia.

Tú que pediste a tus discípulos ser hermanos, ayúdanos a reconocerte en los más pobres, en los enfermos, en los ignorantes, los indígenas, las mujeres, los niños, los pecadores y los marginados de la Iglesia y de la sociedad.

Tú, que pediste a tus apóstoles mantenerse unidos en el amor, ayúdanos a compartir de tal manera lo que somos, sabemos y tenemos, que los demás quieran ser cristianos al ver cómo no ayudamos, perdonamos y amamos.

Tú, que celebraste la primera Eucaristía y te nos diste en alimento de vida eterna, danos la gracia de reunirnos cada domingo para escuchar con atención tu Palabra y alimentar nuestra vida con tu Cuerpo santísimo.

Tú, que pediste a tus amigos, anunciar el Evangelio a todas las gentes, pueblos, culturas y naciones, ayúdanos a ser luz del mundo y sal de la tierra, a ser heraldos de la Buena Nueva y testigos de tu Pascua.

Señor, haz que nuestra comunidad parroquial, reúna a las familias para su unidad y crecimiento en la fe y la esperanza, a los adolescentes y jóvenes para fortalecer su amor a la vida y sus valores, a los niños para que puedan crecer como Cristo en edad, sabiduría y gracia, ante Dios y ante el mundo, a los discapacitados para que encuentren en la Iglesia una verdadera madre amorosa y solícita, a los pecadores para que descubran tu misericordia, a los alejados y resentidos para que recobren la fe, se abran a la esperanza y vivan en el amor.

Concédenos que lleguemos a ser comunidad de comunidades donde nadie se excluya, que seamos un espacio grato de fraternidad en torno al Padre de todos. *Por Jesucristo, nuestro Señor.* Amén.

Segunda Parte:

EL DOCUMENTO DE APARECIDA Y EL PAPEL DE LOS LAICOS

PRIMER ACERCAMIENTO AL DOCUMENTO DE APARECIDA

Francisco Escobar Mireles



PRESUPUESTOS

La V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el Caribe, se realizó en el santuario mariano de la Concepción de la Aparecida, Brasil, del 13 al 31 de mayo del año 2007.

El 11 de junio, la presidencia de la Conferencia entregó personalmente al Papa Benedicto XVI el documento conclusivo, elaborado en las sesiones de dicha Conferencia.

El Papa lo recibió y lo envió a los diferentes Dicasterios de la Sede Apostólica, para que ellas hicieran las enmiendas pertinentes en orden a mejorar su contenido.

Los temas corregidos fueron mayormente los relacionados con los indígenas, los religiosos, las CEB's, así como las diferentes corrientes teológicas.

El 29 de junio, el Papa escribe la carta anexa al documento, en cual autoriza su publicación como signo de aprecio al magisterio del episcopado Latinoamericano y del Caribe.

El CELAM, en asamblea ordinaria entrega el documento para su publicación oficial. Ahí mismo, aparte de elegir su nueva directiva y programar sus actividades cuatrienales, crea la Comisión para la gran Misión Continental.

La CEM, inmediatamente realiza una edición de 20,000 ejemplares, con una magnífica presentación de su presidente Mons. Carlos Aguiar Retes.

El Documento consta de 554 números, hechos con párrafos muy desiguales, distribuidos en 10 capítulos también muy desiguales. Está esquematizado bajo el método profético de Ver, Pensar y Actuar que forman tres grandes partes, con su introducción y su conclusión.

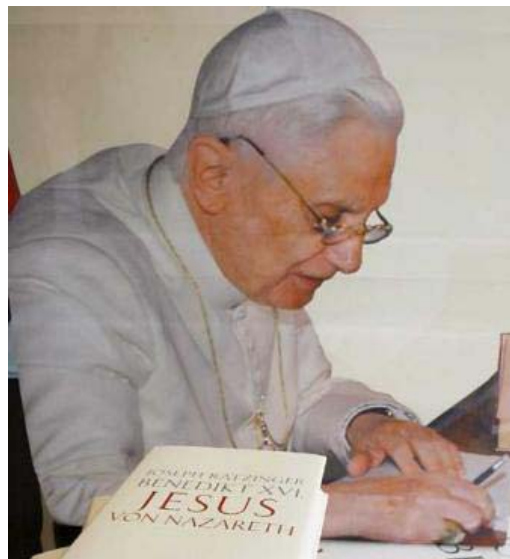
Se añade también, el mensaje a los pueblos de América latina y el caribe, la carta de autorización del Papa, su discurso inaugural y un índice temático con 265 voces.

Contiene también un listado de las siglas de los principales documentos del Magisterio de la Iglesia.

Al final aparece la Homilía del Papa en la Misa inaugural, así como el índice general.

De 293 notas a pie de página, 46 se refieren al discurso inaugural, 9 a discursos anexos, ninguna a los documentos preparatorios, 2 a Medellín, 16 a Puebla, 15 a Santo Domingo, 13 a Ecclesia in America, 1 al Compendio de Doctrina Social y sólo 2 no son de documentos del Magisterio. No siempre están citados de igual modo.

Refleja una gran vivacidad y las convicciones de los participantes aunque con muchas repeticiones y poca habilidad en el manejo de la metodología.



Se trata de una honda visión de fe salidas del corazón de nuestros pastores.

En portada no aparece el tema, ni el lema, ni el año, a diferencia de los documentos de las Conferencias anteriores. Solamente dice: «Aparecida. Documento conclusivo. V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y el Caribe». Junto al Logotipo del CELAM. La edición mexicana además dice: Conferencia del Episcopado Mexicano y abajo el logotipo de la CEM.

El logotipo de la V CELAM, consiste en una cruz de sangre y un círculo azul que evocan a Cristo y a María cuya presencia ha marcado la historia de la Evangelización de nuestro Continente. Encerrados con un círculo en tres gruesos trazos a dos colores que simbolizan a la Santísima Trinidad. Arriba, en azul se señala a las Islas Caribeñas y abajo en verde, alude al Continente americano.

En contraportada aparece una fotografía del lugar donde se realizó la V CELAM, con un pie de foto que dice: «Santuario de Nuestra Señora de Aparecida, Brasil».



globalización nos fragmenta, excluye y menoscaba. Crece el individualismo, lo práctico, la ética pasa a segundo lugar. Destrucción de la ecología, muchos cambios climáticos.

Nuestra situación económica: Gran avance en las comunicaciones pero poco comunicados, el mercado internacional mira al consumo no a la persona, crece la corrupción, la pobreza, el turismo sexual, el desempleo y la competencia entre países.

Nuestra situación socio-política: Se inventó una democracia sin valores que trajo el desencanto y la regresión a las tiranías, se suprime la objeción de conciencia, debilitamiento de los gobiernos y creación de leyes injustas y contrarias a la naturaleza. Invasión de tierras y desprecio generalizado a los indígenas.

Nuestra situación eclesial: A la Iglesia se le cree aunque sigue siendo perseguida. Se insiste en los frutos como la catequesis, la vida consagrada, la religiosidad popular, movimientos pastorales, abundancia de misioneros, entre otros.

También se ven muchas sombras como la incoherencia entre fe y vida, una débil vida cristiana, avanza el pluralismo religioso, poco clero de baja calidad, crece el número de alejados, indiferentes y resentidos, y otros más.

INTRODUCCIÓN (NN 1-18)

Para los latinoamericanos es un orgullo ser católicos. Pero está en riesgo nuestra fe. Es imposible ser creyente por tradición o por herencia.

VER

PRIMERA PARTE (n 19)

LA VIDA DE NUESTROS PUEBLOS HOY

Capítulo 1 (nn 20-32)

LOS DISCÍPULOS MISIONEROS.

Alabanza por los dones del cristianismo.

Capítulo 2 (nn 33-100)

MIRADA DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS

SOBRE LA REALIDAD.

Nuestra situación socio-cultural: La

PENSAR

SEGUNDA PARTE

LA VIDA DE JESUCRISTO EN LOS DISCÍPULOS MISIONEROS

Capítulo 3 (nn 101-128)

LA ALEGRÍA DE SER DISCÍPULOS MISIONEROS

PARA ANUNCIAR EL EVANGELIO DE JESUCRISTO

Jesucristo es el único gran evangelizador de nuestro Continente y en su Buena Noticia nos ha enseñado el valor de vida y la dignidad humana, la libertad y la familia, así como el amor al trabajo, el respeto a la biósfera y el sentido verdadero de los bienes materiales.

Por estas razones seguimos siendo *el Continente del amor y la esperanza*.

Capítulo 4 (nn 129-153)

LA VOCACIÓN DE LOS DISCÍPULOS

MISIONEROS A LA SANTIDAD

Se mencionan los principales rasgos del discipulado como, el ser llamados por él para ser sus íntimos amigos. Configurarlos con él para ser enviados a anunciar el Evangelio de la Vida, animados por la fuerza del Espíritu Santo..

Capítulo 5 (nn 154- 239)

LA COMUNIÓN DE LOS DISCÍPULOS

MISIONEROS EN LA IGLESIA

Nuestra vocación es la unidad en medio de la diversidad a ejemplo de la Santísima Trinidad. Aparecen los niveles de Iglesia como espacios privilegiados para la comunión, como la familia, los grupos, la parroquia, los decanatos, la diócesis, CE y la CELAM.

Trata el tema vocacional. El Obispo, el presbítero y Diácono. A los laicos los pone como la luz del mundo, sin ser del mundo. A las religiosas las califica como «el rostro materno de la Iglesia». Menciona a su vez, a los católicos que han dejado la Iglesia para unirse a otros grupos religiosos y pseudoreligiosos. Pone a la Iglesia en constante relación de diálogo.

Nos pide reforzar cuatro ejes:

1. *Experiencia religiosa fuerte y viva.*
2. *Vivencia comunitaria de los valores.*
3. *Formación bíblico-doctrinal.*
4. *Ser comunidad en constante misión.*

Capítulo 6 (nn 240-346)

EL ITINERARIO FORMATIVO

DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS

Se centra en una espiritualidad sólida basada en el encuentro con Jesucristo vivo en la Escritura, la Eucaristía, la Penitencia, la Oración personal y familiar, el Amor fraterno, la Piedad popular y la Devoción a la Virgen, a los santos.

Criterios fundamentales:

a) Cristológica, Kerygmática, eclesiológica, integral, sistemática y permanente.

b) Atenta a las dimensión humana, espiritual, intelectual, pastoral y misionera.

ACTUAR

TERCERA PARTE

LA VIDA DE JESUCRISTO
PARA NUESTROS PUEBLOS



Capítulo 7 (nn 347-379)

LA MISIÓN DE LOS DISCÍPULOS

AL SERVICIO DE LA VIDA PLENA

La vida es de Cristo y él es la vida. La Iglesia siempre está al servicio de la vida. La Gran Misión Continental será para comunicar y defender con valentía la vida.

Capítulo 8 (nn 380-430)

REINO DE DIOS Y PROMOCIÓN

DE LA DIGNIDAD HUMANA

Primer signo: Las bienaventuranzas. La justicia como base de un verdadero desarrollo.

Segundo signo: Dignidad humana. Optar por los pobres, renovar la pastoral social, impulsar la ética en la política, crear una conciencia más solidaria, etc.

Tercer signo: Rostros sufrientes. Personas de la calle, migrantes, desplazados, enfermos de VIH, adictos, presos, ancianos, niños, etc.

Capítulo 9 (nn 431-475)

FAMILIA, PERSONAS Y VIDA

El matrimonio pasa por difíciles condiciones, por eso una pastoral familiar. Se mencionan los retos de niños, adolescentes, jóvenes, ancianos, mujeres, varones y medio ambiente.

Capítulo 10 (nn 476-546)

NUESTROS PUEBLOS Y LA CULTURA

Hace mención de todos los ambientes en que se respira la cultura, la educación católica, las universidades, los MCS, la política, la pastoral urbana, etc.

CONCLUSIÓN (nn 547-554)

Hace un llamado a fortalecer el fervor espiritual, a mantenernos firmes en el seguimiento de Cristo y a favorecer a nuestro alrededor un ambiente sano en torno al evangelio y concluye con una hermosa oración que tiene como título: «*lo que creemos y lo que esperamos*».

CONCLUSIONES

Contexto histórico:

El avance del tercer milenio con su globalización económica, su relativismo moral y la cultura laicista, nos ponen en estado de misión.

El Segundo centenario de la independencia de los países latinoamericanos nos lleva a consolidar procesos auténticamente democráticos.

El 40° aniversario de la Encíclica social *Populorum Progreso* nos invita a volver nuestra mirada a los más pobres.

Contexto socio-cultural:

Se sitúa en el ambiente real en que vivimos, bajo diferentes perspectivas como la política, social, cultural, etc.

Discierne los nuevos signos de los tiempos que desafían la misión de la Iglesia como la ecología, la vida, la democracia, la pobreza, entre otros.

Contexto teológico:

Es integrista, trata de apegarse al magisterio universal pero también es marginal porque intenta agrupar las otras corrientes teológicas propias de nuestro continente como la de la liberación, ecologista, feminista, indígena de la diversidad de género, entre otras.

Contexto pastoral:

Aunque con criterios muy universales y con poca osadía para aterrizar, los aportes más originales están en los procesos de la formación de discípulos misioneros para que puedan asumir e implantar las opciones pastorales.

Lo más sobresaliente es la propuesta de «*una misión continental*». Cada diócesis debe diseñar e impulsar las estrategias para ponerse en misión permanente. Se trata de un proyecto a corto, mediano y largo plazo. Se quiere renovar los procesos de una evangelización renovada y transformadora.

Aparecida ha de animar por varios años nuestra pastoral orgánica.

SE LE CRITICA:

- a) Desde lo técnico: su falta de unidad para marcar con claridad sus líneas pastorales.
- b) Desde lo teológico: se le considera conservador y sumamente apego al magisterio.
- c) Desde lo pastoral: será muy cercano al pueblo por su lenguaje vivencial.



MIRADA DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS SOBRE LA REALIDAD

Capítulo 2 de Aparecida

Manuel Gómez Granados



INTRODUCCIÓN

En el lenguaje actual de la Iglesia, laico es el cristiano; es decir, aquella persona que Dios pensó, creó y llamó mediante el Bautismo a formar parte de la Iglesia, con una vocación específica: la secularidad.

Juan Pablo II escribió en *Christifideles Laici*: «el Concilio, superando interpretaciones precedentes y prevalentemente negativas, se abrió a una visión decididamente positiva, y ha manifestado su intención fundamental al afirmar *la plena pertenencia de los fieles laicos a la Iglesia y a su misterio, y el carácter peculiar de su vocación*, que tiene en modo especial la finalidad de «buscar el Reino de Dios, tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios» (n. 9).

La nota distintiva de los laicos es testimoniar y verificar su fe en las tareas y los dinamismos seculares, por eso los laicos somos la expresión sacramental del servicio de la Iglesia al mundo: «cree la Iglesia que de esta manera, por medio de sus hijos y por medio de su entera comunidad, puede ofrecer gran ayuda para dar un sentido más humano al hombre y a la historia» (GS 40).

El papel del laicado es grande, decía Pablo VI, «trabajar por la santificación del mundo desde adentro, al igual que la levadura. Por medio del

laicado el mundo debe impregnarse del espíritu de Cristo y alcanzar su fin con mayor eficacia en la justicia, en la caridad y en la paz». Y Juan Pablo II escribió: «por medio de ellos la Iglesia de Cristo está presente en los más variados sectores del mundo como signo y fuente de esperanza y amor» (Chl 7).

La misión propia de los laicos es la transformación del mundo

Una de las grandes inquietudes que ha promovido

la V Conferencia de los obispos latinoamericanos, es asumir como Iglesia un permanente estado de misión (DA 213). Para el caso de los laicos, su misión propia y específica los proyecta al mundo, a la transformación del mundo (Ibid. 210).

Esta misión requiere una clara conciencia de pertenencia y partici-

pación dentro de la comunidad eclesial, Los laicos, nos decía Puebla, son «hombres de la Iglesia en el corazón del mundo, y hombres del mundo en el corazón de la Iglesia» (DP 786).

Entre los aportes de la V Conferencia está el volver a poner en el centro de las tareas pastorales el encuentro personal con Jesucristo, ya sea como criterio para analizar la vida de la Iglesia o como eje primordial para la formación de los discípulos misioneros.



Sin embargo, los métodos, prácticas, estructuras, lenguajes y servicios que dentro de la Iglesia se desarrollaron por los laicos y para los laicos, hoy parecen desgastados, insuficientes, que ya no funcionan o que el celo evangélico de antaño se perdió.

Mirada de los discípulos misioneros

La realidad es que hoy vivimos un cambio de época en donde conviven simultáneamente diferentes modos de ser, de vivir, de conceptualizar el mundo, lo mismo que se plantean nuevas relaciones con Dios y entre los hombres.

Me parece que si ignoramos las nuevas características del cambio de época, no podremos discernir qué está sucediendo y correremos el riesgo de que mientras el mensaje del Evangelio se plantea con los mismos esquemas de siempre, el mundo con sus nuevos dinamismos va a terminar por ignorar la voz de la Iglesia por no ser significativa.

El Documento de Aparecida nos propone mirar entre estos nuevos desafíos cinco situaciones paradójicas:

1. Hay una creciente indiferencia religiosa y una retirada silenciosa de la Iglesia.

Los jóvenes se declaran cada vez más sin religión; especialmente en la región Golfo-Caribe crece el número de testigos de Jehová, lo mismo que otros credos religiosos. En el sureste del país es más sensible la reducción del número de católicos, según el estudio «pluralidad religiosa en México», desarrollado por el INEGI en 2005. Esta fuga a la no-religión o a otros credos ocurre sin críticas ni declaraciones, ni debates ni escálalos.

2. El renacer de un cierto tipo de religiosidad mágico-espiritualista-fundamentalista. Es paradójico encontrar que junto con grandes devociones

y expresiones de piedad popular de comunidades enteras, entre las mismas personas que van de peregrinación a la Basílica, hay quien también acude puntualmente a las pirámides a celebrar el cambio de estación o van a que les hagan una limpia o a que les lean las cartas para tomar decisiones importantes. Igualmente, no falta quien cree que un católico debe pensar de una manera o comportarse de un modo específico, con lo cual sólo se vuelve importante el comportamiento de los católicos y no su experiencia de fe.

3. El divorcio entre la fe y la vida. Nos hemos acostumbrado a decir que un católico va a Misa, reza el Rosario, se confiesa y participa en grupos

parroquiales, cuando las exigencias de la fe nos tendrían que mover a cambiar las condiciones de miseria y falta de oportunidades en nuestras comunidades, a trabajar por mejores condiciones que favorezcan el desarrollo de quienes menos tienen, que se cuide el medio ambiente y no se deje en la soledad a los indígenas o a los más pobres. Si vale más la vida en el templo, corremos el riesgo de hacer de Dios, de la Iglesia, y de la religión sólo ideas sin contenido, como si se pudiera renunciar a los compromisos sociales como ropa que se quita y se pone según el gusto, el clima o las circunstancias del día.

4. Un sector de la Iglesia cansado o ensimismado.

Ante la increencia y la retirada silenciosa, no faltan laicos y pastores que proponen intensificar la misma pastoral de hace años, «pero redoblando esfuerzos», pero ante el cambio de época; no se tiene mayor presencia significativa o más impacto; eso los desanima. Estas personas se reúnen constantemente para tratar de entender qué está sucediendo, pero sin cuestionar si las prácticas pastorales o los estatutos del movimiento podrían modificarse. No obstante, ellos siguen en su lucha, cada vez más



cansados, más aislados y ajenos a los momentos del cambio de época.

5. «El resto del cristianismo. No faltan sacerdotes, religiosas y religiosos, lo mismo que laicos, quienes entienden que se puede cambiar en el modo de ver y entender a las nuevas generaciones, a las nuevas maneras en que se pretenden organizar a las familias, el trabajo o la vida política. Ellos se vuelven capaces de generar propuestas novedosas, creativas, de acción social y de compromiso y de formación en la fe. Inventan nuevos métodos y materiales de enseñanza, buscan nuevos mecanismos de participación y toma de decisiones, buscan nuevos lenguajes y nuevos medios para comunicar el mensaje del Evangelio, promueven experiencias de fe adecuadas a las edades, sectores sociales y culturas que hay. Sin perder una identidad ni la comunión eclesial y doctrinal, quieren ir a la par con el cambio de época. Siempre activos, optimistas y generosos, no dejan de cuestionar a la Iglesia, a la pastoral, a la práctica de la fe o a la organización de grupos e instituciones eclesiales. Lo hacen porque quieren mantener un rostro joven, dinámico y propositivo de la Iglesia.

Estos cinco desafíos del cambio de época van de la mano con cambios provocados a su vez por la ciencia y la tecnología. Hoy el mundo se ha vuelto tan complejo que parece que solamente con una súper especialización del conocimiento se pueden entender las complejidades de la realidad. Algo de ello es cierto. La realidad se vuelve compleja, pero como el documento de Aparecida insiste, al perder a Dios como referente, se pierde un sentido que da unidad a todo cuanto existe. En una locura por marchar al mismo ritmo de esta complejidad, se recurre al uso de información efímera, a enfocarse en conocer fragmentos, con lo cual se manifiesta una evidente crisis de sentido de la vida, que los discípulos misioneros hoy están llamados a iluminarla partir del encuentro con Jesucristo.

En el nuevo contexto, el cambio más profundo es el cultural

La mirada a la realidad nos lleva a reconocer que la experiencia religiosa se vuelve difícil de transmitir. Al mismo tiempo, es notable la modificación de roles de varones y mujeres, con un

impacto directo en la organización de la vida conyugal y familiar.

Por otra parte, la avidez del mercado es característica en la nueva época: todo deseo puede ser satisfecho, sólo basta desearlo y «*buscarle el modo*» para tenerlo o adquirirlo, como si la vida se redujera a consumir de todo, alimentos, ropa, viajes, aparatos, juegos, religión... Pero también deportes, medios masivos de comunicación, espectáculos, experiencias como deportes extremos, sensaciones...

Junto con esta avidez por el consumo, predomina, a la vez, una cultura del espectáculo que hace del amor, de las personas, de la pobreza y de la tragedia, experiencias mediáticas, que en su extremo se concretan en adición por sensaciones, como vimos recientemente en Tabasco; un día está el escándalo por los muertos de Campeche, otro día es la indignación por malos manejos de recursos financieros en PEMEX y al día siguiente la gente se vuelca en la pasión por el acopio de víveres para damnificados.

En este cambio de época, el individuo es la referencia de todo. Yo, lo mío, mis ideas, mis sentimientos y mis emociones. Esta mentalidad narcisista-individualista configura una nueva manera de valorar todo, de usarlo y justificarlo. Las personas buscan una autonomía absoluta en su forma de pensar, de opinar y de comportarse. Más aún, en este cambio de época, el juicio de cada uno tiene aparentemente igual valor. En medio de esta existencia simultánea de verdades de cada uno, prioridades de largo alcance como la construcción de acuerdos y de consensos para tomar decisiones sobre el desarrollo a largo plazo, se encuentran amenazadas por un laberinto de soluciones volcadas en la inmediatez.

Si falta un sentido trascendente, y todo se reduce a experiencias y sensibilidades propias, lo más práctico es vivir al día. No importa el futuro, ni las consecuencias. Un pragmatismo en todos los sentidos predomina por doquier. En suma, es posible hablar de una nueva subjetividad que hay que evangelizar.

Es en este cambio de época donde los laicos necesitamos aprender a proponer la fe. El mundo se ha vuelto árido, inhóspito, que nos ha dejado sin piso y sin techo y sin embargo, allí es donde debemos llevar el Evangelio.

Interpelaciones de la época actual

No creo que esta época sea peor; ya el filósofo Platón decía que su época era la peor, hace más de 2000 años. Más bien pienso que estamos ante una época diferente, con sus luces y sombras, pero con características que demandan de la Iglesia nuevas maneras de pensar, de actuar, de enseñar, incluso de testimoniar la fe. De lo contrario buscaremos más de lo mismo o respuestas del pasado.

Por ello, pienso que el cambio de época trae de la mano nuevas realidades que cuestionan la misión de los laicos en el mundo actual y son oportunidades para orientar la vida de fe con un nuevo rostro; entre estas realidades que cuestionan, podemos señalar:

1. Me parece que la principal interrogante es de índole cultural. Necesitamos reconocer que todos piensan, desean y sienten de diferentes modos, y esto nos pone en riesgo de ceder a la tentación de posturas que califican de buenas o malas a las personas, de intolerancia y desconocimiento de los demás y de ceder a expresiones violentas ante quienes piensan o actúan de un modo diferente al de un grupo, ideología o partido; incluso hay que reconocer que a veces entre grupos y movimientos de laicos está condicionada la permanencia de una persona en un grupo a cambio de su libertad, de tal manera que sólo se le permite pensar, rezar y actuar como el resto del grupo. Por ello, el testimonio de los creyentes que privilegie el encuentro con Jesucristo, tiene mucho que aportar en orden a la reconciliación, a la construcción de puentes para lograr acuerdos, espacios de diálogo o canales de comunicación, pero sobre todo a la libertad.

2. Necesitamos renovar nuestra fe y buscar en serio y adrede el encuentro personal con Cristo para vivir nuestra fe en comunidad. Necesitamos orar, frecuentar los Sacramentos, dedicar tiempo a la contemplación y al silencio. Estamos llamados a la santidad en el lugar donde trabajamos, por eso, necesitamos ser contemplativos en la acción, buscar la unidad sin uniformidad y practicar en todo tiempo y

lugar la caridad. Sólo así se construye la comunión.

3. Ante un mundo cambiante necesitamos re-descubrir el Bautismo como fundamento de la existencia cristiana (cfr. *Tertio millennio adveniente* nn. 41-42). Hace, falta caer nuevamente en la cuenta de que por el Bautismo todos estamos consagrados a Dios y que ningún cristiano puede tener una doble vida, sino que debemos luchar para superar el divorcio entre la fe y la vida y esforzamos más por dar testimonio del Evangelio, en primer lugar en la decidida opción preferencial por los pobres.

4. También los laicos necesitamos sabernos corresponsables de la Iglesia. Debemos participar, comprometernos, cooperar, asumir nuestra parte en la comunidad cristiana. Los presbíteros, por su parte, necesitan aceptarnos como corresponsables y erradicar el sentimiento de que «nos dejan» participar o nos «hacen el favor», cuando lo único que hacemos es asumir nuestra parte.

5. Para poder comprometernos necesitamos formarnos. Un laico no formado no puede dar razón de su esperanza ni puede asumir una actitud crítica ante la injusticia ni puede guiar a otros ni puede ver claramente el rumbo. Para poder dar razones de nuestra esperanza necesitamos formación gradual, sistemática e integral, particularmente para profundizar en nuestra identidad como laicos y en los retos que hemos de enfrentar con una conciencia social solidaria.



EL ITINERARIO FORMATIVO DE LOS DISCÍPULOS MISIONEROS

Capítulo 6 de Aparecida

Cristina Ventura González,



Objetivo: Sensibilizamos de que nuestro compromiso como bautizados implica una búsqueda para mejorar caminos de formación y una sólida espiritualidad para ser discípulos misioneros laicos al servicio de nuestra Iglesia Diocesana.

Dios Padre nos llama por su Hijo y nos renueva por la fuerza de su Espíritu (DA 241).

El encuentro con Jesús nos ayuda a conocer al Padre y al Espíritu (DA 242).

1.1 El encuentro con Jesucristo

El encuentro con Jesucristo es fundamental para todo discípulo de Jesucristo, pues no se comienza a ser tal por una decisión ética o una idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, Jesús mismo. (DA 243). Hoy nos preguntamos, ¿dónde podemos en-

contrarnos con Jesucristo? (DA 245).

1.2 Lugares de encuentro con Jesucristo

Hay diversos lugares donde podemos encontrar a Jesús: La Iglesia (cfr. DA. 246) en la Palabra (cfr. DA 247-249); en la Liturgia (cfr. DA 259); en la Eucaristía (cfr. DA 251), especialmente en el domingo (cfr. DA 252-253); en la Reconciliación (cfr. DA 254); en la oración personal (cfr. DA 255); en los pobres y enfermos (cfr. DA 257). Se enfatiza el encuentro con Jesucristo sobre todo en la Pastoral Bíblica (cfr. DA 248) y la oración constante (DA 249).

La piedad popular también es un lugar de encuentro con Jesucristo (cfr. DA 258); especialmente las peregrinaciones que condensan una viva experiencia espiritual (cfr. DA 259) ya que son una forma propia de vivir la fe en nuestro pueblo que manifiesta de esta manera el amor a Cristo y a María (cfr. DA 265).

Se resalta la figura de María como la discípula más perfecta (cfr. DA 266); María es hoy maestra

INTRODUCCIÓN

Comenzaré diciendo qué entendemos por «itinerario» y un «itinerario formativo»:

Itinerario - latín *itinerarium* = es un *mapa de carreteras o caminos* de la antigua Roma.

El término también se aplica a las guías medievales escritas para viajeros, de las que la mayoría son descripciones de peregrinaciones a Tierra Santa.

También se refiere a la descripción de una ruta, un camino recorrido, o también un trayecto que se sigue para llegar a un lugar.

Etimológicamente hablando, la palabra «formación» se deriva del verbo latino *formare* que significa «dar forma»; mientras que en su sentido actual significa «educar a alguien en una materia o actividad». Por tanto, si hablamos de un «itinerario formativo» «lo que queremos entender es: la ruta que queremos seguir, un camino que queremos recorrer para dar forma a un «discípulo misionero» de Jesucristo, es decir, cuál es el perfil que queremos lograr de cada uno de los laicos bautizados y que quieren vivir una vida espiritual profunda en el mundo de hoy.

1. Una espiritualidad trinitaria del encuentro con Jesucristo

Una espiritualidad, es un camino. Espiritualidad que nos permite superar el egoísmo y abrimos a los otros (DA 240).



de los discípulos misioneros (cfr. DA 270); nos enseña actitudes de atención, entrega y gratitud (cfr. DA 272). También está el testimonio de los Apóstoles (cfr. DA 273) S. José (cfr. DA 274) y los santos latinoamericanos (cfr. DA 275).

2. Proceso de formación de los discípulos misioneros

La vocación y misión del discípulo de Jesús requieren de la formación, que es un proceso constante y permanente de madurez en la Fe, y la misión de la comunidad de los discípulos, en el camino que llevan adelante de fidelidad, amistad que va creciendo en su relación con Jesús y su palabra. Queremos mirar hoy a Jesús, nos invita el documento (cfr. DA 272), y contemplar al que formó personalmente a sus Apóstoles y discípulos. En Él podemos encontrar un método claro, dinámico... «Vengan y vean» (Jn 14,16).

Para el discípulo, la formación es consecuencia de cuando se ha sumergido en el Bautismo y al mismo tiempo en la vida de Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, la que debe desarrollarse hasta alcanzar su plenitud; por lo tanto, requerirá de una educación y formación permanente, que será enriquecida en la vida de los Sacramentos, que nos acompañan desde que nacemos hasta que morimos, para resucitar a la eternidad. La vida divina se renueva con el Sacramento de la Reconciliación y se alimenta y testimonia con los Sacramentos de la Eucaristía y Confirmación, gracias y dones que Dios pone al alcance del discípulo para tener conductos abiertos de relación y comunicación con el que ha escogido, con el que ha llamado, con el que ha enviado (cfr. DA 276). El discípulo es aquél que fascinado por Jesús, lo sigue y se deja conducir y acompañar (cfr. DA 277).

2.1 El proceso de formación

La formación es también requerimiento de la misión, pues el discípulo que crece en el seguimiento de Jesús, asume responsable y creativamente la tarea de evangelizar a todos en sus nuevas circunstancias y culturas. La exigencia del tiempo que estamos viviendo requiere para este servicio evangelizador, un permanente discernimiento y preparación: Nos está tocando vivir un tiempo especial en la historia de la humanidad, pues ésta no es solamente una época de muchos cambios, sino genuinamente, dicho por muchos especialistas, es-

tamos viviendo un verdadero cambio de época, en donde para muchos, Dios no entra, ni la relación con Dios, transformándose entonces la relación con los demás, sin la referencia de Dios, queriendo ser ésta, por lo tanto, una época distinta, época sin Jesucristo, «época de Acuario» y de la «Nueva Era».

El proceso de formación del discípulo misionero, adquiere relevancia en la medida en que se va tomando conciencia de su trascendencia, y contempla cinco aspectos fundamentales (cfr. DA 278):

- El llamado personal,
- La conversión,
- La profundización del discipulado,
- Comunión eclesial y
- La misión

2.2 Criterios generales de ese proceso formativo:

- Formación, integral, kerigmática y permanente (cfr. DA 279)
- Atención a dimensiones diversas: Humana y comunitaria, espiritual, intelectual pastoral y misionera (cfr. DA 28G)
- Respetuosa de los procesos personales (cfr. DA 281)
- Acompañamiento a las diversas vocaciones (cfr. DA 282-283)
- Formación en la espiritualidad de la acción misionera (cfr. DA 284-285)

La espiritualidad misionera, es impulso del Espíritu Santo que busca transfigurar toda la vida (cfr. DA 284) penetra y configura la vocación propia de cada uno (cfr. DA 285).

3. Iniciación cristiana y la catequesis permanente

Muchos fieles no participan de la Eucaristía Dominical o no se involucran en la comunidad y no son fermento en el mundo (cfr. DA 286), significa que no son cristianos convencidos y fieles a su vocación. Ante esta realidad de miles de bautizados:

- Es un reto fundamental, nuestra manera de educar en la fe (cfr. DA 287),
- Una respuesta para los que no están bien catequizados (cfr. DA 288)
- Crear en las comunidades un proceso de iniciación cristiana (cfr. DA 289)

- Que sea realmente una catequesis «mistagógica» (cfr. DA 290-291)
- Esta es la manera ordinaria de introducir en la vida cristiana (cfr. DA 294).

La formación de buenos catequistas supone: (cfr. DA 295-296)

- Una catequesis que fortalezca la identidad del discípulo (cfr. DA 297)
- Que sea una formación permanente (cfr. DA 298)
- Una actualización constante de los catequistas (cfr. DA 299)
- Un acompañamiento a la religiosidad popular (cfr. DA 300)

4. Diversos lugares de formación de los discípulos misioneros

4.1 *La familia como escuela de fe*, que tenga en cuenta en primer lugar a los niños (cfr. DA 302).

4.2 *La parroquia*, donde se vive y cultive la dimensión fraterna (cfr. DA 304), se realice la formación permanente (cfr. DA 306) y sea un hecho el acompañamiento de los agentes de pastoral (cfr. DA 321).

4.3 *Pequeñas comunidades eclesiales*, para profundizar los procesos de formación de la fe en la sociedad hoy (cfr. DA 308) y se luche por asegurar una espiritualidad de comunión sólida: (cfr. DA 309).

4.4 Un espacio para *los movimientos eclesiales, y nuevas comunidades* (cfr. DA 311), donde se exprese la dimensión carismática de la Iglesia (cfr. DA 312), y procurar que se integren a la estructura de la Iglesia diocesana (cfr. DA 313).

4.5 *Seminarios y Casas de formación religiosa y Vida consagrada en general*

El gran reto para los formadores es ayudar a descubrir el sentido de la vida y el proyecto de vida que Dios tenga de cada uno (cfr. DA 314-315)

Los seminarios se prestan como un espacio para compartir la vida, a semejanza de la primitiva comunidad cristiana (cfr. DA 316).

Es importante tener en cuenta para la formación, las características de los jóvenes (cfr. DA 318), y facilitarles para que vivan un encuentro con Cristo, basado en la Palabra que responda a la identidad de cada vocación (cfr. DA 319) sin olvidar una forma-

ción integral para que la formación humana y afectiva (cfr. DA 321) contribuya en una libertad responsable (cfr. DA 322) y disponibilidad misionera con capacidad de diálogo (cfr. DA 324), pero sobre todo lograr un proceso continuo entre la formación inicial con la permanente (cfr. DA 326).

5. La educación católica

La educación católica deberá preocuparse por favorecer el cultivo de los valores y las virtudes (cfr. DA 328), procurando contribuir además a una asimilación sistemática y crítica de la cultura (cfr. DA 329). Poner de relieve la dimensión ética y religiosa de la cultura (cfr. DA 330) anunciar el Evangelio para transformar la cultura (cfr. DA 331), así como la promoción del ser humano (cfr. DA 331) a través de una educación de calidad donde se integra la educación religiosa y llegar a los más desposeídos (cfr. DA 334).

Jesucristo es el centro de la escuela católica (cfr. DA 335) y desde Jesucristo se busca capacitar a los alumnos para que asuman sus criterios y logren transformar la sociedad (cfr. DA 336). Se requiere que la escuela católica sea más misionera y profética (cfr. DA 337), prestando servicios sociales donde se requieran (cfr. DA 338). La escuela católica cuenta con la función insustituible de los padres como educadores de la fe de sus hijos (cfr. DA 339).

6. Las Universidades y otros centros superiores católicos

La universidad católica es el espacio de la investigación realizada a la luz del mensaje cristiano y de investigación teológica expresada en lenguaje actual (cfr. DA 341) como una de las responsabilidades prioritarias, además del diálogo con la fe; razón y cultura; la formación en la Doctrina Social y moral (cfr. DA 342).

La Pastoral Universitaria debe promover el encuentro personal y comprometido con Jesucristo de toda la comunidad universitaria y sus compromisos solidarios y misioneros (cfr. DA 343).

Además es urgente fomentar una investigación teológica y pastoral para fortalecer la identidad católica latinoamericana (cfr. DA 345).

Se valora en América Latina y el Caribe a los Institutos de Teología y Pastoral que son apoyados y promovidas por la Universidad, en función de la formación de líderes (cfr. DA 344).

LA MISIÓN DE LOS DISCÍPULOS AL SERVICIO DE LA VIDA PLENA

Capítulo 7 de Aparecida

Manuel Gómez Granados



A mi parecer, una intención no explícita del documento de la V Conferencia del CELAM es refundar la Iglesia (Cfr. Aparecida, 367), pero entendida más como una nueva actitud para una nueva época, donde habrá de gestarse una nueva evangelización de la que nazca una generación de discípulos misioneros.

Esto implica detonar un nuevo dinamismo para la presencia de los laicos. A lo largo del documento de Aparecida, aparecen sugerencias recurrentes en esta línea: conceptualizar más una pastoral urbana y dejar de privilegiar la pastoral parroquial, promover la formación de nuevas estructuras pastorales y de organización parroquial (DA 172, 173) ¿y por qué no? Imaginar también nuevas iniciativas de movimientos laicales, de métodos de enseñanza, de presencia en los medios de comunicación para generar opinión pública, así como para presentar criterios abiertos y propositivos en donde no se tengan que dejar los principios morales y religiosos en la puerta, como nos enseñó algún político «católico».

La misión de los discípulos requiere de su testimonio que surge de la experiencia de fe. Dios quiere que todos seamos hijos suyos y, por tanto, hermanos con capacidad de vivir en comunidad. De ahí que el testimonio ha de expresarse comunitariamente y enfrenta tres retos fundamentales:

- Vivir fraternalmente y en condiciones de justicia.
- Es necesaria una preocupación por vivir con alegría un testimonio de fe.
- Apertura para reconocer en las personas distintos caminos por los que se busca a Dios.

Este servicio a la vida se realiza como respuesta a un contexto que nos desafía, y que no podemos rechazar ni conformarnos con criticarlo solamente,

sino cambiarlo conforme el plan de Dios. Entre las manifestaciones de la cultura contra la vida humana encontramos:

- Guerrilla, secuestro, narco, violencia y la delincuencia.
- La pobreza, la desigualdad, la miseria y falta de oportunidades para el desarrollo.
- Abandonados, perseguidos, excluidos, ignorados en su miseria y su dolor.
- Se le da más importancia al placer inmediato y sin límites (n. 357).
- Pero también se reconoce como una actitud que no está al servicio de la vida el instalarse en la comodidad, el estancamiento y en la tibieza, el mantenerse al margen de los sufrimientos de los demás (n. 362), lo mismo que mantenerse estáticos y sumidos en la fatiga y la desilusión.

Estos modos de vida constituyen un reto para promover la vida. Los discípulos misioneros estamos llamados a dar un testimonio más palpable de santidad y compromiso que encarne la presencia de Dios entre los hombres. Esta es una invitación a encarnar en nuestras vidas a Jesús. Tanto en el trabajo como en la familia, en la comunidad parroquial o entre vecinos, es muy importante cuidar la proximidad, la cercanía afectuosa, desarrollar una capacidad de escucha, de solidaridad y compasión, así como mantener siempre el diálogo, optar mejor por la reconciliación que por el conflicto, perdonar, compromiso con la justicia social y capacidad de compartir; en suma, hablar como Jesús hablaba, tratar a los demás como Jesús trataba a la gente.

Y es que con frecuencia solemos entender la evangelización y el testimonio o la pertenencia a la Iglesia según nuestros criterios y no según los caminos de Dios. Sacrificamos y renunciamos a

muchos esfuerzos y compromisos cuando la vida espiritual de las personas, o la organización parroquial o el compromiso laical no marchan según nuestro gusto o según nuestros intereses. Pretendemos que la gente crea y manifieste su fe de la misma manera que nosotros aprendimos. Pero la vida de fe no es así.

El documento de Aparecida nos recuerda que lo fundamental para los discípulos misioneros es cambiar, renovarnos. Desde lo más profundo de las personas se desarrolla la transformación personal y, a partir de ésta, detonar cambios en el mundo o transitar a cambios en la vida familiar, en nuestra comunidad, en las organizaciones y movimientos laicales donde participamos, en nuestros trabajos, vecindarios o localidades, con nuestros gobernantes... En última instancia, lo que hagamos contribuye a consolidar valores y maneras de convivir en donde el amor, el respeto, el diálogo, se vuelven la prioridad. Esto permitiría construir lo que llamamos una nueva cultura inspirada por los valores del Evangelio.

En el testimonio de los discípulos misioneros, la atención a las necesidades de los pobres no es excluyente, sino una prioridad, un acento que destaca, pero no nulifica otras preocupaciones. En un Continente con tantas desigualdades y pobreza, es indispensable que la acción social de los discípulos misioneros desarrolle varias condiciones en su acercamiento a las necesidades de quienes más sufren:

- No basta con visitar enfermos o presos, dar de comer o visitar al abandonado, por citar algunos ejemplos de apostolado; también es necesario ver que tengan atención médica esos enfermos, que los presos tengan procesos jurídicos justos, que las familias no se rompan ni abandonen a sus integrantes. Eso significa llevar el compromiso de los creyentes hacia el desarrollo de estructuras más justas.
- Es necesario atender necesidades básicas de la gente: que tengan agua, luz, gas, servicios públi-

cos, atención médica y educativa, por mencionar algunos ejemplos. Es éste el dinamismo de liberación integral, que también se complementa con la formación, la mejora en la convivencia, en el desarrollo de oportunidades para los jóvenes y nuestras familias. Es nuestro compromiso de misioneros resolver los problemas de la vida social que enfrentamos día con día.

- El documento de Aparecida nos dice que necesitamos promover la transmisión de los valores sociales del Evangelio, para que la vida en comunidad se convierta en un poderoso centro de irradiación de la vida en Cristo.

La cultura de la vida requiere una constante renovación, de abandono de estructuras que ya no



favorezcan la transmisión de la fe (n. 365). Al interior de la Iglesia, esto significa pasar de una pastoral de conservación a una pastoral misionera, es decir, cambiar métodos y formas de trabajo en nuestros movimientos laicales para abrirnos a la evangelización de la nueva época; para nosotros implicará generar nuevos grupos, o cambiar las maneras de hacer reuniones, dar apertura a iniciativas de jóvenes, desarrollar nuevas acciones en redes y programas de voluntariado nacionales e internacionales... Son procesos dolorosos conflictivos y a todos nos preocupan, pues sentimos en ocasiones que se altera el carisma original que nosotros descubrimos en el grupo pero cambiar es el reto del misionero. No estancarse, no permanecer en el mismo lugar, no instalarse (n. 366).

Nuestro servicio a la vida requiere llenar a nuestra Iglesia de un nuevo dinamismo de renovación y conversión constantes: nuevas exigencias para la pastoral, nuevas formas de participación laical, nuevas actitudes en cada uno de nosotros. Ya Juan Pablo II llamó la atención; los grandes llamados de los laicos en el Sínodo para los laicos: en la vida política y económica, en la ciencia en el compromiso por el desarrollo... El documento de Aparecida retoma para la vida pastoral la siguiente cita: «Los laicos deben participar del discernimiento, la toma de decisiones, la planificación y la ejecución» (ChL 51). Necesitamos hacernos laicos más activos y propositivos.

En suma, el anuncio del Evangelio requiere responder a las exigencias del mundo de hoy. Esto significa dar seguimiento constante a los proyectos que iniciamos. Esto antes no hacía falta. Ahora hay que cuidar lo que sembramos, a las personas y familias que atendemos, a los jóvenes que formamos.

Por lo mismo, Aparecida nos pide una actitud flexible ante la vida comunitaria y ante los diferentes modos de vivir la fe: unos oran, otros se comprometen con los pobres, otros participan en política, otros se dedican a la formación... Todos los compromisos forman parte del servicio a la vida de las personas, siempre iluminado por el encuentro personal con Jesucristo. Necesitamos testimoniar la vida de comunidad con mayor cercanía con las personas. Necesitamos responder a los problemas de las comunidades con las que convivimos. Solamente así llevaremos el Evangelio por cada rincón de la Tierra.

Si abrimos nuestros corazones, nuestras mentes y nuestros grupos hacia las nuevas exigencias del mundo actual, podremos llegar a todas las culturas y a todas las personas, cultivando nuestra capacidad de contacto humano y de diálogo. La apertura misionera que estamos llamados a desarrollar también exige de nosotros capacidad de compartir nuestros dones espirituales, humanos y materiales con otras Iglesias.

Características ideales de la comunidad eclesial

Me parece que la nueva Iglesia que nos invita a formar la V Conferencia puede desarrollar 5 características ideales:

1. Necesitamos una Iglesia intelectualmente habitable, donde quepa la investigación, el estudio, el diálogo: necesitamos dar prioridad a la razón sobre la autoridad. Esto supone dialogar, conocer y comprender el mundo, los gustos de los jóvenes, desarrollar nuevos métodos de catequesis, hacer nuevos catecismos... Además, necesitamos aprender a hablar de Dios, de la vida plena que Él nos ofrece, en lenguajes comprensibles para los demás. Incluso, en algunas ocasiones no habremos de nombrar a Dios, pero todo lo que digamos será el reflejo de la vida en el Espíritu: promover el respeto a la mujer, hablar de valores, construir condiciones para el diálogo.

2. Necesitamos una Iglesia «comunionalmente» organizada, donde se testimonie de palabra y obra la comunión: Prioridad de la persona sobre la institución. Podemos aprender a respetar los diferentes modos de vivir y perseverar en la fe. Necesitamos una apertura para respetar a las personas y sus procesos, en vez de obligarlos a caminar según nuestros criterios.

3. Necesitamos una Iglesia antropológicamente integradora: síntesis entre la fe y la vida, entre cuerpo y alma, entre razón y fe. Lo mismo necesitamos cuidar de la oración que del servicio, lo mismo hay que ir a Misa que buscar a quienes nos necesiten para servirles y ayudarles a salir de sus problemas, sea pobreza, sea enfermedad...

4. Necesitamos una Iglesia socialmente humanizadora, que sea buena nueva para los excluidos, a fin de reconocer como personas a las no-personas: Prioridad de la dignidad de la persona sobre los ministerios. Decía el P. Arrupe que «La mitad de la santidad es la buena educación». Solamente mediante un trato humano podremos testimoniar el Evangelio.

5. Necesitamos una Iglesia que se distinga por la caridad: Necesitamos dar prioridad del testimonio y de la santidad sobre la doctrina. Las acciones que realicemos hacen nuestro camino de santidad. Nuestra capacidad de amar a los demás se expresa con nuestra vida, no con nuestras ideas o buenas intenciones. Podemos cambiar uno por uno, podemos transformar a nuestros grupos. Pero solamente por amor, llenos del Espíritu Santo, conservaremos nuestra identidad, con la cual podremos transformar el mundo.

LOS CATÓLICOS QUE NUNCA EXISTIERON

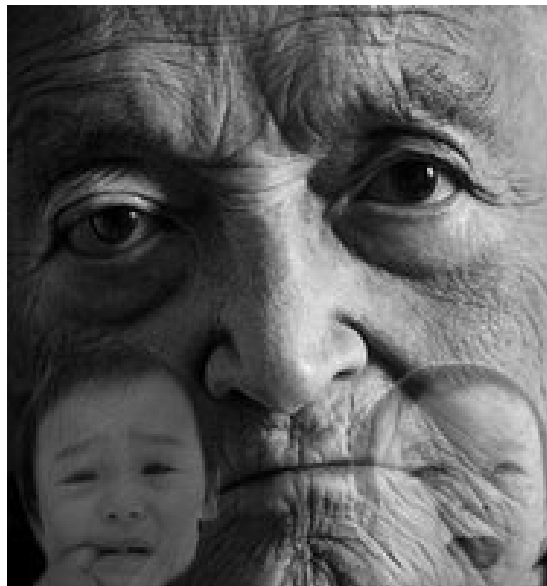
Manuel Gómez Granados



Existe un libro del P. Molina Meliá que se ha hecho famoso y que resulta muy orientador: *Los matrimonios que nunca existieron*.

El libro narra, con mucho sentido común, que algunos matrimonios realmente no existieron ni existen, aunque formalmente hayan firmado un contrato o aparentemente se hayan casado por la Iglesia. No existen, aunque tengan hijos y muchos años de vivir juntos, porque nunca hubo las condiciones para que consciente y libremente se comprometieran entre sí. Como esos matrimonios nunca existieron, se pueden declarar nulos, inexistentes, lo que no es lo mismo que anular.

Siguiendo la misma lógica, creo que podemos decir que muchos católicos nunca existieron: los bautizaron, van a misa, oran, dicen que creen en Dios pero... nunca han tenido -ni buscado- un encuentro personal con Cristo, de modo que están bautizados porque los llevaron a bautizar; van a misa porque eso hace su familia y sus conocidos, y creen en Dios probablemente como los demonios (*St 2, 19*), es decir, creen en Dios pero no lo siguen ni lo aman ni buscan un encuentro personal con Él. Hablamos entonces, de lo que se conoce como cristianos sociológicos que viven su cristianismo sin pasión, sin radicalidad y sin alegría, sino con una enorme mediocridad: como rutina, costumbre o formalismo. Incluso, podemos encontrar personas muy religiosas, piadosas, devotas pero no evangelizadas ni con una experiencia del Dios de los cristianos, sino con un sentimiento mágico, de miedo o de trueque: le ofrezco algo a Dios para que Él me dé lo que le pido.



¿Qué duda cabe que los pueblos prehispánicos eran muy religiosos y que los españoles reforzaron esos sentimientos?, ¿quién puede dudar de la buena intención de tantos peregrinos que van a los santuarios o de las mandas, novenas y promesas de tanta gente sencilla? Por eso, conviene distinguir religiosidad y fe en Cristo. La religiosidad supone la existencia de algo o alguien superior. Frecuentemente es un asunto cultural, expresado en costumbres y ritos, propiciado por el medio ambiente y la sociedad en la que se vive, y arraigado en la conciencia colectiva de las comunidades, al grado de que muchas veces les da una identidad. La fe cristiana, en cambio, es el resultado de un encuentro personal e intransferible entre dos personas por el cual confían una en la otra, pero no hay que separar religión de fe cristiana, pues la religión es el instrumento para que nazca y se conserve la fe, que es un diálogo entre

Dios y el ser humano. Lo que debemos cuidar es no reducir ni confundir la fe con una serie de prácticas piadosas, sino mostrar la fe en la existencia cotidiana, es decir, hacer vida lo que creemos. Jesús, en efecto, no vino simplemente a enseñarnos una doctrina, sino a mostrarnos una manera de ser plenamente personas.

Del encuentro personal con Cristo surge la conversión o metanoia. El profeta Ezequiel dice que convertimos es cambiar nuestro corazón de piedra por un corazón de carne (*Ez 36, 26*).

La conversión, sin embargo, no se da de una vez y para siempre, sino que es un proceso que supone renovación continua. Después de haber tenido un encuentro con Cristo y haberlo aceptado vuelven

las tentaciones, las dudas, los temores, los miedos. La *Sagrada Escritura* nos dice que cuando un alma está limpia, los demonios regresan con más fuerza para reapropiarse de ella (*Mt 12, 41-45*). Y también puede ocurrir, como dice el *Apocalipsis*, que nos olvidemos del primer amor (cfr. *Ap 2, 4*), del encuentro que nos cambió y nos hizo nuevos, y nos vamos enfriando, alejando, volviendo a la rutina, al «hombre viejo».

El hecho es que el encuentro con Cristo no garantiza de una vez y para siempre nuestra condición de cristianos, pues, la conversión, la necesidad de pedir perdón y de perdonar que caracteriza la vida de todos los seres humanos nos obliga a que permanezcamos vigilantes y en oración, muchas veces



con dudas, a veces con frialdad o distanciamientos, pero siempre en el camino. Dicho de otra forma, la conversión es fruto del encuentro con Cristo pero hay que renovarla y confirmarla continuamente, ya que nuestra condición de pecadores puede hacer que volvamos a caer en el pecado, en la frialdad, en la distancia de Dios. Ahora bien, el distintivo del cristiano es confesar con la boca y el corazón que Jesús es el Señor, y creer que Dios lo resucitó de entre los muertos (cfr. *Rom 10, 9*). Pero decir que Jesús es el Señor supone hacerlo dueño, centro y eje de nuestra vida, porque sabemos que Cristo está vivo y es una Presencia que actúa en mí y en la historia sin quitarnos la libertad.

La verdad es que no basta decir Señor, Señor, si no aceptamos y hacemos la voluntad de Dios (cfr. *Mt 7, 21*), lo cual significa cambio de mente, de corazón, de conducta, de hábitos y de actitudes, que se traducen en las motivaciones de todo lo que hacemos, en la esperanza con la que vivimos y en la cosmovisión que construimos, ya que todo lo vemos con los ojos de Cristo. San Pablo habla de cambiar «el hombre viejo» por un «hombre nuevo»: es decir, cambiar a la persona egoísta, envidiosa, insolidaria por una persona que acepta el *Evan-*

gelio sin ninguna reserva. A decir verdad, el cristiano, que no se distingue de las demás personas por su lengua, su vestimenta o su alimento, sí que debería distinguirse por bendecir a todos, es decir, por no hablar mal de nadie ni murmurar ni calumniar. Por la manera como se relaciona con los bienes, esto es, por saberse administrador y no dueño de los bienes y, por lo mismo, compartirlos principalmente con

los más pobres; por el amor al prójimo que nos lleva a ser responsables todos de todos; por su alegría que va desde la sonrisa hasta la buena educación y la cortesía en el trato cotidiano; por su vida austera, sencilla, discreta; y particularmente por la actitud de oración, silencio y contemplación ante la creación, lo que no significa re-

signación ni pereza, sino energía espiritual para la acción con la que se construye el Reino de Dios.

Ciertamente hay dudas que tienen que ver con el hecho de que nunca tenemos certezas de nuestra fe, nunca estamos seguros de si somos o no creyentes, si de veras seguimos a Cristo y eso tiene que ver con la naturaleza de la fe, puesto que la fe no es certeza ni demostración ni evidencia, sino opción libre. A decir verdad, nos agobian las dudas, las interrogantes, las penumbras, pero como dijo el Cardenal Newman: «diez mil dificultades no hacen una duda». Miguel de Unamuno escribió: «Porque sólo los que dudan creen de verdad y los que no dudan ni sienten tentaciones contra su fe, no creen en verdad. La verdadera fe se mantiene de la duda; de dudas que son su pábulo, se nutre y se conquista instante a instante, lo mismo que la verdadera vida se mantiene de la muerte y se renueva segundo a segundo, siendo una creación continua»

La misma *Sagrada Escritura* nos habla de la poca fe y de las dudas que con frecuencia nos acosan: «Creo, Señor, pero ayuda mi poca fe» (*Mc 9, 24*).

Existe otro tipo de situaciones más dramáticas y es la de los bautizados increyentes: Miguel de

Unamuno tiene una novela: *San Manuel bueno, mártir*, en la que narra la historia de un cura que no creía en Dios y estaba lleno de dudas pero no lo confesaba para no escandalizar a sus feligreses; a pesar de su increencia seguía predicando el *Evangelio* a su comunidad, la guiaba y atendía con caridad pastoral. Le ocurría un poco como decimos en México: que «la carga hace andar al burro». Creo que muchos bautizados, sobre todo laicos pero tal vez incluidos sacerdotes, religiosas y religiosos, estamos igual, decimos que somos católicos, que creemos y hasta hacemos algún trabajo pastoral, pero del dicho al hecho... De modo que se puede ser especialista en Dios, en teología, en doctrina y no ser creyente.

Entre los bautizados no evangelizados encontramos a muchos que ignoran el *Evangelio* y sin ningún empacho acuden lo mismo a Dios que al horóscopo, la magia o los amuletos. También existen personas que por falta de formación no pueden dar razones de su esperanza (1 *Pe* 3, 15), Y fácilmente se dejan convencer de otros planteamientos o por propuestas de otras denominaciones religiosas o de la moda. En este sentido, hacen falta más católicos pensantes, mejor formados y más sólidos en su cultura religiosa. Resulta increíble que muchos bautizados sólo cuenten con la formación religiosa que recibieron para su primera comunión. Además, sigue habiendo un grupo pequeño pero muy ruidoso, que en nombre de la emancipación, la ilustración y la modernidad niega la trascendencia y por tanto a Dios. Consideran que la religión es primitiva, premoderna y oscurantista. Entre ellos, algunos dicen Cristo sí, Iglesia no, y otros, más radicales, consideran que para ser «intelectuales», independientes y objetivos lo primero es negar toda trascendencia.

Paradójicamente, también existen bautizados creyentes, bien formados pero vergonzantes que esconden su fe y sus convicciones porque piensan que deben pedir disculpas por tener fe, y hasta llegan a pensar que la fe es un asunto exclusivamen-

te privado y sin que afecte o coloree la vida diaria. El ejemplo más increíble es el del asambleísta, Armando Tonathiu González Case quien al hablar ante el pleno de la Asamblea del DF en favor del aborto dijo: «yo soy católico pero no dejo que mis creencias se confundan con mis convicciones políticas»

Todo esto hace que algunas personas confunden la vasija con el tesoro (cfr. 2 *Cor* 4, 7). Es decir, critican las fallas de la Iglesia o de éste o aquel miembro concreto de la Iglesia, y sostienen que por esas fallas pierden la fe pero se ubican afuera o arriba de la comunidad eclesial, como si ellos no tuvieran su propia sombra y sus propios pecados por los cuales pedir perdón. La verdad es que es muy triste que alguien piense que su fe depende de tal o cual sacerdote, de tal o cual obispo, cuando la fe es una opción personal y libre, precisamente

resultado del encuentro con Cristo. Por eso creemos y esperamos en Cristo: Camino, Verdad y Vida (*Jn* 14, 6). En la vida humana todos fallamos y nos equivocamos, solamente Dios no. Toda persona tiene dentro de sí al Dr. Jekyll y Mr. Hyde, aquellos personajes de una novela que muestra como las personas son, al mismo



tiempo, capaces de actos de santidad y de los crímenes o pecados más horrendos. Por eso dice san Pablo que no hacemos el bien que queremos, sino el mal que aborrecemos (*Rom* 7, 15).

De manera que no es realista ni cristiano que alguna persona se considere santa o mejor que los demás. Todos somos pecadores, todos tenemos nuestra sombra. Todos necesitamos la Redención que nos ofrece Cristo con su pasión, muerte y resurrección. Y sabemos que Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (*Ez* 18, 23). Además, dice san Pablo: «Pero tú, ¿por qué juzgas mal a tu hermano? ¿Por qué lo desprecias? Todos vamos a comparecer ante el tribunal de Dios. Como dice la *Escritura*. Juro por mí mismo, dice el Señor, que todos doblarán la rodilla ante mí y todos reconocerán públicamente que yo soy Dios. En

resumen: cada uno de nosotros tendrá que dar cuenta de sí mismo a Dios» (*Rom* 14, 10-12).

Volviendo al tema de la Iglesia, conviene recordar que la formamos todos los bautizados -los buenos y los no buenos- y si bien es cierto que: «toda alma que se eleva, eleva al mundo» (*Reconciliatio et Paenitentia* 16), también es cierto que Dios elige lo frágil de este mundo para mostrar que la salvación integral de los seres humanos es su obra y no la de nosotros. En la Iglesia al igual que en la sociedad y en cada persona está presente el misterio de iniquidad que hace que estemos divididos en nuestro interior e inclinados al pecado (cfr. *GS* 13). Pero la Iglesia es santa por su origen y sabemos que en ella y por ella actúa Cristo (cfr. *LG* 10).

Los antiguos llamaban a la Iglesia casta meretriz: prostituta continuamente lavada con la Sangre de Cristo. De manera pues, que la fe -que es un don de Dios y una decisión personal- está fincada en Cristo, no en los miembros concretos de la Iglesia. El encuentro que necesitamos y que cambia nuestra vida es con Cristo. Pero nadie busca a Cristo si antes el mismo Dios no pone el anhelo en su corazón. Como dice san Agustín: «Nos hiciste Señor para Ti y nuestra alma está inquieta hasta que descansa en Ti».

A la luz del encuentro, la Iglesia, es decir, todos los bautizados estamos llamados a hacerla siempre nueva, para que sea «nuestra Iglesia», siempre en reforma, como diría el Cardenal Ratzinger, una asamblea en purificación constante a la luz de este encuentro con el Señor. Además, los bautizados también necesitamos renovar nuestro amor a la Iglesia y a su jerarquía y superar el moralismo hipócrita y aséptico que señala o acusa sin sentirse implicado. Como dice *la Biblia*: vemos la paja en el ojo ajeno y no vemos la viga en el nuestro (*Mt* 7, 3).

Tal vez por todo esto, los obispos latinoamericanos, en la V CELAM, insisten en la necesidad de que cada bautizado tenga un encuentro personal con Cristo, de modo que todo lo demás: conducta, forma de vida, trabajo, estructuras, participación en la Iglesia y en la sociedad, etc., sean la consecuencia de ese encuentro: En efecto, si vivimos un encuentro personal con Cristo, todo lo demás es secundario y reflejará el talante, color y sabor del encuentro que cambia la vida, transforma el pasado y reenfoca

el futuro: «Por ello, los cristianos necesitamos recomenzar desde Cristo, desde la contemplación de quien nos ha revelado en su misterio la plenitud del cumplimiento de la vocación humana y de su sentido. Necesitamos hacernos discípulos dóciles, para aprender de Él, en su seguimiento, la dignidad y plenitud de la vida. Y necesitamos, al mismo tiempo, que nos consuma el celo misionero para llevar al corazón de la cultura de nuestro tiempo, aquel sentido unitario y completo de la vida humana que ni la ciencia, ni la política, ni la economía, ni los medios de comunicación podrán proporcionarle» (*DA* 41).

Según esto, el riesgo de los católicos y de la Iglesia no está en las sectas o en los enemigos o en quienes asumen posturas críticas, sino que: «...nuestra mayor amenaza es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad» (*DA* 12).

Carlo Carretto, en su libro *Mañana será mejor*, dice que si uno busca con humildad a Cristo, le cree y lo sigue, lo más lógico es que uno cambie su conducta y su actitud ante los bienes, el trabajo, las relaciones personales; pero si uno sale y busca al prójimo, al pobre, al excluido, no hay ninguna garantía de que encontremos a Cristo. Lo único absoluto es, pues, Dios, todo lo demás es relativo y en palabras del Cardenal Van Thuan: «Hay que elegir a Dios antes que las obras de Dios».

Durante mucho tiempo se nos insistió en la necesidad de hacer vida la fe, en la proyección social de lo que creemos, en el compromiso social y en la opción preferencial por los pobres, y todo esto sigue siendo un tema urgente y prioritario. Es más, es la verificación concreta de la fe, pero el primer paso no es la acción, sino el encuentro personal con Cristo, lo demás es consecuencia (*1Cor* 13). En efecto, el encuentro con Cristo es un acontecimiento. Como dice Benedicto XVI: «No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (*Deus Caritas Est* 1).

Por todo lo anterior, el primer servicio de la Iglesia debería ser ayudar, facilitar y promover el

encuentro personal de cada persona con Cristo, antes que dedicarse a evitar que las personas se equivoquen o aprendan la doctrina o estén ocupados en alguna actividad pastoral. Como decía Pablo VI, «la Iglesia no es fin en sí misma, es un medio que favorece, posibilita y crea condiciones para que cada persona se encuentre con Cristo». Pero si no hay evangelización ni evangelizados difícilmente buscaremos al Señor. Dice san Pablo: «Porque si proclamas con tu boca que Jesús es el Señor y crees con tu corazón que Dios lo ha resucitado de entre los muertos, te salvarás. Ahora bien, ¿cómo van a invocar a aquél en quien no creen? ¿Y cómo van a creer en Él, si no les ha sido anunciado? ¿Y cómo va a ser anunciado, si nadie es enviado? Por eso dice la *Escritura*: ¡Qué hermosos son los pies de los que anuncian buenas noticias! (*Is 52, 7*). Pero no todos han aceptado la buena nueva. Isaías lo dice: Señor ¿quién ha dado crédito a nuestro mensaje? (*Is 53 1*). En definitiva, la fe surge de la proclamación, y la proclamación se verifica mediante la Palabra de Cristo» (*Rom 10, 9.17*).

¿Qué podemos hacer para tener un encuentro



personal con Cristo? En primer lugar desearlo con todo el corazón y pedirlo en la oración con mucha humildad. Sin oración no hay vida de fe ni anhelo de encuentro con el Señor; en segundo lugar, buscar ese encuentro con paciencia y esperanza, conscientes de que Dios se deja encontrar por aquellos que lo buscan con sencillez y con humildad (*Sab 1, 2*), no de los soberbios ni de los que se sienten buenos o que ya lo saben todo; en tercer lugar, podemos volver a meditar el *Evangelio* pero no en plan de lectura veloz, sino en actitud orante, de meditación pausada para que la Palabra penetre en el alma, como cuchillo en el corazón. Y finalmente, pedir a María, la primera evangelizadora, que ore por nosotros y con nosotros. Como dice la jaculatoria popular: «de sus divinos ojos penden las felicidades» y no hay mayor felicidad para un ser humano que encontrarse con Cristo.

Si con sencillez oramos, seguramente tendremos un encuentro personal con Cristo y todo lo demás será añadidura y relativo, me refiero al dolor, a la enfermedad, a la muerte, al trabajo, al cansancio, a las incomprendiones, a los errores y pecados del prójimo y, sobre todo, al pecado de nosotros mismos, que a partir de la experiencia del encuentro transforma nuestra visión y nos abre a la perspectiva del Reino y de la Gracia, pues como dice san Pablo: «donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia» (*Rom 5, 20*); la última palabra pues, la tiene el Señor y no los problemas, la enfermedad, la tristeza o mi debilidad, sino la Gracia de Dios que me ama y espera mi regreso como el Padre del hijo pródigo.

En conclusión: el encuentro con Cristo, que da origen a nuestra condición de discípulos, debe renovarse constantemente por la oración, la Eucaristía y el testimonio personal, sin el cual toda actividad está condenada a la esterilidad. Se trata de una actitud permanente de conversión, bajo la acción del Espíritu Santo. El discípulo, entonces, experimenta la necesidad de compartir con otros su alegría de ir al mundo a anunciar a Jesucristo, muerto y resucitado, a hacer realidad el amor y el servicio en la persona de los más necesitados, en una palabra, a construir el Reino de Dios (*DA 278*), con el soplo potente del Espíritu Santo, sin miedo a las tormentas, seguros de que la Providencia de Dios nos prepara para llevar a cabo la gran Misión Continental (*DA 551*)

Tercera Parte:

LOS LAICOS EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

EL RETO DE LOS LAICOS

Germán Sánchez Güese



El verdadero apostolado se presenta como un movimiento del corazón del hombre hacia el corazón de Dios, para desde ahí amar a los hombres

¿Voluntariado o apostolado?

El Concilio Vaticano II, a través del decreto *Apostolicam actuositatem* dio un espaldarazo definitivo al apostolado de los laicos. Fuerza y motor de varias iniciativas dentro de la Iglesia, los laicos juegan un papel definitivo para su futuro. No ha sido algo casual, sino inspiración del Espíritu Santo, la forma en que los laicos van tomando conciencia de su misión dentro de la Iglesia, actuando siempre en comunión con la jerarquía y de acuerdo con el magisterio y la tradición. Ha sido, sin lugar a dudas, un despertar provisto de grandes expectativas y no pocas dificultades. Vemos hoy un pulular de iniciativas que confluyen siempre en la edificación de la Iglesia.

Muchas de estas iniciativas, por su misma proveniencia divina, toman formas y características originales, inesperadas y en no pocos casos han causado la perplejidad de algunos. Iniciativas por la paz, por los derechos humanos, por los enfermos de VIH, por los toxico-dependientes, por las nuevas formas de esclavitud como la prostitución o el trabajo infantil. Da gusto ver familias y jóvenes que renunciando a unas merecidas vacaciones las dedican a la evangelización de los pobres en barriadas, aldeas y puntos a los que el sacerdote difícilmente puede llegar. Movidos por la caridad, origen de todo apostolado dentro de la Iglesia, los laicos comienzan a ser ya protagonistas en primera persona del devenir de la Iglesia.

Impulsadas también por el Concilio Vaticano II,

en el decreto *Perfectae caritatis*, y más concretamente a través de los documentos *Vida fraterna en comunidad* y *Vita consecrata*, las religiosas y mujeres consagradas se han dado a la tarea de impulsar a los laicos en numerosas obras de apostolado, siempre de acuerdo con el propio carisma y respetando el estado propio de los laicos, tomando en cuenta que los laicos pueden también recibir el carisma de la propia congregación, adaptándolo a su estado de vida y a sus propias posibilidades. «El Espíritu Santo no sólo confía diversos ministerios a la Iglesia-Comunión, sino que también la enriquece con otros dones e impulsos particulares, llamados *carismas*. Estos pueden asumir las más diversas formas, sea en cuanto expresiones de la absoluta libertad del Espíritu que los dona, sea como respuesta a las múltiples exigencias de la historia de la Iglesia. La descripción y clasificación que los textos neotestamentarios hacen de estos dones, es una muestra de su gran variedad: «A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para la utilidad común. Porque a uno le es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia por medio del mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carisma de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de milagros; a otro, el don de profecía; a otro, el don de discernir los espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, finalmente, el don de interpretarlas» (1Co 12, 7-10). Sean extraordinarios, sean simples y sencillos, los carismas son siempre *gracias del Espíritu Santo que tienen, directa o indirectamente, una utilidad eclesial*, ya que están ordenados a la edificación de la Iglesia, al bien de los hombres y a las necesidades del mundo. Incluso en nuestros días, no falta el florecimiento de diversos carismas entre los fieles laicos, hombres y

mujeres. Los carismas se conceden a la persona concreta; pero pueden ser participados también por otros y, de este modo, se continúan en el tiempo como viva y preciosa herencia, que genera una particular afinidad espiritual entre las personas.» Las religiosas pueden por tanto hacer partícipes a los laicos del propio carisma para ayudarlos en su compromiso apostólico.

Para darse esta *comunicación o participación* el carisma en el apostolado, es necesario que la religiosa comprenda específicamente en qué consiste el apostolado de los laicos, puesto que pudieran caerse en varios defectos que inutilizarían esta *participación* del carisma. Debemos partir del presupuesto que un apostolado o actividad apostólica por parte de los laicos se concibe como resultado de un solo fin: propagar el Reino de Cristo en toda la tierra. «La Iglesia ha nacido con el fin de que, por la propagación del Reino de Cristo en toda la tierra, para gloria de Dios Padre, todos los hombres sean partícipes de la redención salvadora, y por su medio se ordene realmente todo el mundo hacia Cristo». Toda la actividad del Cuerpo Místico, dirigida a este fin, se llama apostolado, que ejerce la Iglesia por todos sus miembros y de diversas maneras; porque la vocación cristiana, por su misma naturaleza, es también vocación al apostolado. Como en la complejión de un cuerpo vivo ningún miembro se comporta de una forma meramente pasiva, sino que participa también en la actividad y en la vida del cuerpo, así en el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, «todo el cuerpo crece según la operación propia, de cada uno de sus miembros» (Ef 4,16).»

Esta extensión del Reino de Cristo empeña distintos medios y se materializa en distintas formas. El Reino de Cristo al materializarse ya en este mundo requiere de hombres y mujeres que dediquen sus fuerzas para que las realidades temporales queden también impregnadas del reino de Cristo: «Por tanto, la misión de la Iglesia no es sólo anunciar el mensaje de Cristo y su gracia a los

hombres, sino también el impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico.» (AA 5)

Apostolado es por tanto toda acción que tienda a hacer que llegue el Reino de Cristo, de forma que todas las actividades temporales estén vivificadas por el evangelio. Las realidades temporales abarcan una gama inmensa y por lo tanto las actividades para impregnar de espíritu evangélico dichas realidades, son bastísimas. En esta variedad, entra sin duda alguna la ayuda de la mujer consagrada, quien con su carisma específico puede aportar una metodología, una visión del mundo, una espiritualidad y unos instrumentos específicos para iluminar el apostolado de los laicos. Un laico guiado de la mano del carisma puede hacer maravillas. Metido en el mundo, conoce y tiene acceso a medios y personas a las que la religiosa no podría, no sabría o incluso no convendría que llegara.

Pero, ante la diversidad de actividades que pueden darse para lograr este advenimiento del Reino de Cristo, puede suceder que el esfuerzo sólo quede a medio camino, es decir, que el laico se quede solamente en el saneamiento de las realidades temporales, sin pasar a la evangelización de las mismas. Pensemos por ejemplo en el mundo de la prostitución. Es ésta sin duda alguna, una realidad en contra del mensaje evangélico. Una realidad que hay que combatir y que hay que evangelizar. Quien



se queda únicamente en el combate, de forma que desaparezca este tipo de esclavitud y de corrupción, hace el bien, pero puede que se quede meramente en este aspecto humano. Combatir la prostitución es una obligación de la sociedad civil. Pero evangelizar a quienes han caído en la prostitución, o en aquellos que la promueven o la usufructúan forma ya parte de un apostolado.

En los últimos años, por una lectura incompleta o parcial del Concilio Vaticano II, se ha querido reducir la labor de la Iglesia en ciertos sectores a una labor meramente social. Parte de este problema se ha dado por no entender lo que el Concilio Vaticano II deseaba y en parte también por desdeñar la eficacia del evangelio en la solución integral a los problemas del hombre. Se ha hecho una división neta entre bienestar humano y espiritualidad, siendo que ambas realidades son únicas y complementarias.

Benedicto XVI lo ha hecho notar al clarificar la diferencia entre la caridad en la Iglesia y la mera acción social. «Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad. Por eso, dichos agentes, además de la preparación profesional, necesitan también y sobre todo una «formación del corazón»: se les ha de guiar hacia ese encuentro con Dios en Cristo, que suscite en ellos el amor y abra su espíritu al otro, de modo que, para ellos, el amor al prójimo ya no sea un mandamiento por así decir impuesto desde fuera, sino una consecuencia que se desprende de su fe, la cual actúa por la caridad (DCE 31^a)»

Apostolado no es voluntariado, en dónde la acción viene centrada únicamente en el hombre. Quien hace voluntariado realiza el bien, pero sólo a nivel humano, es una acción que beneficia a los individuos, a la sociedad. Beneficia a quien la realiza pues su conciencia queda tranquila y contenta. Beneficia a quien recibe la acción, pues logra un mayor bienestar en cualquier nivel. Beneficia a la sociedad por el bien material que se realiza con aquella obra, aliviando alguna necesidad específica. Pero no se hace apostolado. El apostolado parte del hombre, llega a Dios y vuelve a los hombres.

Porque el apostolado es un acto de amor que sale del corazón de un hombre y se dirige, en primer lugar a Dios, para luego llegar a los hombres. Se hace el bien, no a los hombres, sino a Dios que se encarna en las necesidades de los hombres. Y la necesidad primordial de un hombre es la de ser evangelizado, es decir, la de ser llevado al encuentro con Cristo, conocer el evangelio y salvar su vida.

No cabe duda que a través de la acción social, del voluntariado se puede encontrar a Dios. «La doctrina de la Iglesia, en efecto, pone de relieve siempre con mayor evidencia los lazos profundos existentes entre las exigencias evangélicas de su misión y el empeño generalizado de los pueblos en favor de la promoción de la persona y de una sociedad digna del hombre. «Evangelizar», para la Iglesia, es llevar la Buena Nueva a todos los estratos de la humanidad y, gracias a su influjo, transformar desde dentro a la humanidad misma: criterios de juicio, valores determinantes, modos de vida, abriéndolos a una visión integral del hombre.» Pero es necesario discernir para no quedarse simplemente en una labor de voluntariado, sino ejercer un verdadero apostolado, de forma que las almas puedan encontrar a Dios. Ya sea las almas que hacen el apostolado y las almas que se benefician del apostolado.

Enseñar a hacer apostolado o formar apóstoles.

En algunos lugares de Occidente, como en Italia, asistimos a un florecimiento de iniciativas de voluntariado tremendo. Las ganas de trabajar y de hacer algo por los demás, especialmente por los más necesitados ha suscitado en todos, especialmente en los jóvenes, iniciativas de diverso género. Pero existe una diferencia fundamental entre voluntariado y apostolado. En el voluntariado, el joven o el adulto se compromete en una acción buena, de ayuda al prójimo, pero que parte del hombre para llegar al hombre mismo. No es, si lo podemos llamar de este modo *trascendental*, es decir no inicia más allá del hombre, no llega más allá del hombre y utiliza medios humanos.

Ha sido éste quizás uno de los errores que con más frecuencia han cometido los agentes de la pastoral de la caridad. Se han quedado quizás en el hombre, pero no han pasado a la humanidad del hombre, es decir a su parte espiritual, que forma parte integrante de la humanidad del hombre. «Por lo que se refiere al servicio que se ofrece a los que

sufren, es preciso que sean competentes profesionalmente: quienes prestan ayuda han de ser formados de manera que sepan hacer lo más apropiado y de la manera más adecuada, asumiendo el compromiso de que se continúe después las atenciones necesarias. Un primer requisito fundamental es la competencia profesional, pero por sí sola no basta. En efecto, se trata de seres humanos, y los seres humanos necesitan siempre algo más que una atención sólo técnicamente correcta. Necesitan humanidad. Necesitan atención cordial. Cuantos trabajan en las instituciones caritativas de la Iglesia deben distinguirse por no limitarse a realizar con destreza lo más conveniente en cada momento, sino por su dedicación al otro con una atención que sale del corazón, para que el otro experimente su riqueza de humanidad.

No se trata por tanto de enseñar a hacer apostolado. Si bien es cierto que las necesidades son muchas y que siempre urgirá la posibilidad de hacer el bien, la obra de apostolado no se reduce a una acción. Podemos afirmar que el apostolado es el reflejo, la manifestación concreta de toda una *experiencia espiritual*, suscitada por Dios en la persona y de la que se desprende, de una forma casi natural y obligada, diversas manifestaciones concretas, entre las que sobresalen las obras de apostolado. Se trata por tanto no de hacer apostolado, sino de ser apóstoles.

Y este *ser apóstoles*, es producto de la *experiencia del espíritu* que para las religiosas se traduce en el propio carisma: «El *carisma* mismo de los Fundadores se revela como una *experiencia del Espíritu* (Evangelica testificatio, 11), transmitida a los propios discípulos para ser por ellos vivida, custodiada, profundizada y desarrollada constantemente en sintonía con el Cuerpo de Cristo en crecimiento perenne.» La posibilidad de que la vida consagrada pueda vivir de esta manera el amor y el ejercicio de la caridad se debe, nuevamente, a su origen carismática. La realidad para el fundador no es otra cosa que la *necesidad apremiante* en la Iglesia, que Dios le ha hecho ver. Vemos aquí también como la vida consagrada cumple con lo que la carta encíclica establece sobre la caridad: «la caridad cristiana es ante todo y simplemente la respuesta a una necesidad inmediata en una determinada situación: los hambrientos han de ser saciados, los desnudos

vestidos, los enfermos atendidos para que se recuperen, los prisioneros visitados, etc.» (DCE, 31a).

Habiendo hecho la *experiencia del Espíritu* y habiendo comprendido el evangelio o el misterio de Dios desde esa *experiencia del Espíritu*, el fundador experimenta que es Cristo quien sufre de una manera muy especial en la necesidad apremiante. Este aspecto es característico de los fundadores y pieza fundamental para entender el carisma. No se trata de dar una solución humana a la necesidad apremiante. Esto podría hacerlo cualquier persona desde diversos puntos de vista. Se trata más bien de salir al encuentro del Cristo que sufre en la necesidad apremiante. Surge así una transformación de dicha *necesidad apremiante*. Sigue siendo una necesidad real, encarnada en hombres, mujeres, niños o adolescentes. Pero la transformación que opera la *experiencia del Espíritu* en esa necesidad apremiante, permite que el fundador penetre espiritualmente dicha necesidad, dicha realidad, y vea a Cristo en esa misma *necesidad apremiante* de la Iglesia.

Este proceso de ver a Cristo en los hombres tiene su raíz en la *necesidad apremiante*. Ahí el fundador se siente interpelado por Dios para dar una solución, una respuesta a dicha necesidad que experimenta la Iglesia. La primera *transformación* a la que da origen la *experiencia del Espíritu* es la capacidad de ver dicha *necesidad apremiante* bajo un prisma sobrenatural. El fundador no es sólo un filántropo que busca hacer el bien a la humanidad, poniendo remedio a una necesidad específica en un tiempo determinado. El fundador, bajo la inspiración de Dios, ve en la necesidad específica a una parte de la Iglesia que necesita ayuda. Logra ver en cada persona una parte del Cristo que sufre en esta tierra. A partir de la *experiencia personal espiritual* lee el evangelio y entiende el misterio de Dios desde un prisma específico. Las órdenes hospitalarias, por ejemplo, captarán el Cristo que busca ser acogido en la figura del samaritano, o se identificarán en la parábola de Dios cuando el Señor reconoce a los que le hicieron el bien entre los «más pequeños». Y así, cada uno de los fundadores verá que es a Cristo, a través de la *necesidad apremiante*, a quien se ayuda, a quien se le hace el bien, a quien se quiere servir. (Antonio M. Siccari)

Esta relación personal con Cristo, que se verifica a través de la *necesidad apremiante*, en una realidad concreta, permite al fundador establecer una *escuela de apostolado* muy específica en la que sus métodos, sus directivas, sus indicaciones no deberán ser consideradas como emanadas de su inventiva o genio humano, sino que serán producto de la *experiencia espiritual personal*, y de la *comprensión específica del evangelio o del misterio de Dios*. De esta manera, el fundador logra abstraerse de la dimensión del tiempo y del lugar en la que ha nacido la necesidad apremiante, para pasar a la dimensión sobrenatural de dicha necesidad apremiante, dando origen a la misión del Instituto religioso o Congregación. Las personas con sus necesidades humanas o espirituales pasan a ser partes del Cristo que sufre, ya sea en el cuerpo o en el alma, a lo largo del tiempo y en diversas circunstancias. El fundador comienza así a desarrollar una nueva faceta del carisma: su relación con Cristo.

La fuerza, el motor, el detonante que permite ver en la necesidad apremiante al Cristo que sufre, no es otra que el amor a Dios. Si el fundador no hubiera desarrollado este amor a Dios, bajo el prisma específico de su *experiencia espiritual personal*, no podría haber desarrollado un apostolado específico. Su trabajo se hubiera quedado circunscrito a un paliativo humano para ese tiempo y esa circunstancia específica de la necesidad apremiante de la Iglesia. El amor a Cristo en esa realidad apremiante y con las características propias de la *experiencia espiritual personal*, permitirá al fundador y a sus seguidores, encontrar siempre a un Cristo que sufre en la forma específica en que lo contempló el fundador, a pesar de lo que puedan cambiar las circunstancias de tiempo y lugares.

Este Cristo que ha encontrado el fundador es el que se presenta bajo diversas circunstancias de tiempos y lugares, escondido en la *necesidad apremiante*. La necesidad apremiante podrá cambiar de fachada, pero en su esencia siempre será la expresión de una necesidad específica del Cristo que sufre. La labor del discípulo del fundador consistirá en reconocer en las nuevas circunstancias de tiempos y lugares, al mismo Cristo que sufre y que experimentó el fundador. Para guiarse en esta labor, podrá servirse de la *experiencia espiritual personal* del fundador, aplicada a las circunstancias

actuales en las que se debe desarrollar la misión del Instituto. El trabajo espiritual que debe guiar al discípulo del fundador es el de leer en la actualidad las notas esenciales del mismo Cristo sufriente que experimentó el fundador. Podemos afirmar que este Cristo se presenta con un nuevo rostro, pero que en su esencia, no cambia.

Toda esta *experiencia del Espíritu* que debe realizar la religiosa, puede y debe encauzarse en la formación de apóstoles laicos y no sólo en la enseñanza de hacer apostolado. La religiosa no es una organizadora de eventos sociales o caritativos, sino que, en fuerza de su carisma, es la transmisora de una *experiencia del Espíritu* que logra formar verdaderos hombre y mujeres, adultos y laicos, que sepan leer los signos de los tiempos y vean en las necesidades más apremiantes de la Iglesia local, la posibilidad de aplicar lo que han experimentado en el espíritu.

Para formar estos apóstoles, la religiosa deberá cultivar en los laicos un celo ardiente por la salvación de las almas, alimentado incesantemente en el trato íntimo y personal con Cristo, de forma que los laicos puedan preguntarse en su interior lo que harán por Cristo y las almas. No se trata de una labor de convicción para que los laicos ayuden en un determinado apostolado o ayuden a la religiosa en una determinada acción. Se trata de llevar al laico para que se ponga delante de Jesucristo y pueda formularse en el interior de su alma la pregunta sobre la que hará por Cristo y por sus hermanos. Si la religiosa no logra que el laico se formule esta pregunta y la responda de cara a Cristo, no estará formando al verdadero apóstol y se deberá contentar tan sólo con el triste y muy humano espectáculo de ver en torno a ella un grupo de almas buenas, piadosas, que realizan obras buenas y piadosas, pero no un grupo de verdaderos apóstoles que trabajan por Cristo al estilo del carisma propio.

Los apóstoles se forman mediante la oración, de forma que en el trato íntimo con Jesucristo el laico pueda preguntarse cuál es el compromiso que el mismo Cristo le pide. Es una oración que viene muchas veces ilustrada con la predicación de parte de la religiosa, de forma que ilustre al laico sobre las necesidades más apremiantes de la Iglesia. No deberá presentar las urgencias de la congregación, sino las necesidades de la Iglesia, es decir, hacerle

ver al laico que es la Iglesia que sufre o que tiene necesidad en las urgencias específicas de la congregación. De esta forma, la ayuda a los pobres, la evangelización de los niños o adolescentes, la construcción de una escuela o la ayuda económica a una nueva comunidad de vida consagrada que surge en un país de misión, son vistas como necesidades de la Iglesia y no sólo como necesidades de la congregación. El laico debe saber llevar a la oración, guiada por la religiosa, dichas necesidades, de forma que las vea cómo parte del Cristo que sufre en la actualidad. La respuesta del laico debe surgir primero en la oración, no como una respuesta material, sino como una respuesta de amor al amor de Cristo que está sufriendo en dichas necesidades. Se entrevé en todo este discurso la necesidad de guiar en la oración a los laicos para que puedan llegar a establecer esta forma de diálogo con Cristo de forma que surja en ellos el compromiso de ser apóstoles, no de hacer apostolado.

Si el laico no siente que su corazón se hace pedazos al contemplar la necesidad de los hombres, podemos decir que no se habrá formado aún al apóstol. El compromiso del verdadero apóstol nace cuando ve su vida irremediablemente comprometida, en su estado laical, en la construcción de la Iglesia, a través del carisma, es decir, a través de la *experiencia del Espíritu* que le presenta la religiosa.

Con una metodología propia del tercer milenio.

Hoy en día los laicos pueden resultar más eficaces que las religiosas en muchos campos. La profesionalidad en sus actividades les ha hecho desarrollar habilidades insospechadas, pero que pueden fácilmente aplicar al apostolado. Es una cuestión de *inteligencia* de la caridad.

El ser apóstol en forma eficaz, en forma profesional, como el laico se desempeña en su vida ordinaria, no está reñida con el ejercicio de la caridad cristiana, al contrario, la eficiencia puede ser el signo de una exquisita forma de ejecutar el apostolado. Formar el corazón del apóstol significa también, buscar lo mejor para el amor, no tener miedo a escoger los medios más eficaces para llevar a cabo el apostolado que mejor responde a la *experiencia del Espíritu*. En consecuencia, lo mejor para el apostolado podría ser la acción más eficiente en el tiempo y con profundidad. No tener

miedo de ponderar las obras que se deben poner en pie, que mejor expresen el amor a Dios y al prójimo, a través de la *experiencia del Espíritu*. Pero siempre convendrá, en igualdad de circunstancias irse formando en el criterio de eficiencia, que es escoger aquella obra que puede ofrecer mejores frutos para el amor. Muchos de los apostolados, bajo este tamiz de la eficiencia no responderían plenamente a la experiencia del Espíritu y convendría cerrarlos o transformarlos verdaderamente en apostolados que expresaran mejor el carisma. «Existe la tentación de querer hacerlo todo. Existe la tentación de abandonar obras estables, genuina expresión del carisma del instituto, por otras que parecen más eficaces inmediatamente frente a las necesidades sociales, pero que dicen menos con la identidad del instituto.»

Es necesario aprender a diferenciar entre la eficacia, que se reduce a hacer bien las cosas y la *eficiencia*, que es hacer bien las cosas que convienen hacer. Esta conveniencia dependerá lógicamente de muchas circunstancias, pero quien es apóstol debe convencerse, especialmente en algunas regiones del planeta que los tiempos no están para hacer y llevar a cabo cualquier obra. Deberá poner en pie aquel apostolado que le lleve a hacer más por el amor en menos tiempo. Ello nos lleva a ponderar la importancia del tiempo en el ejercicio de la caridad. Siendo el tiempo un don que Dios da para realizar el amor, como uno de los talentos de la parábola, es conveniente aprender *el arte de utilizar el tiempo* para hacer más y mejor en menos tiempo, lo cual comporta una adecuada programación, auspiciada por la encíclica *Deus caritas est*.

Al ver los campos en los que el hombre se afana por conseguir un bien material o un placer efímero y constatar como ese afán lo lleva a sofisticaciones y preparaciones minuciosas en la administración y programación del tiempo, resulta paradójico que, quienes deberían dar lo mejor al amor, se contentan con darle *las migajas del tiempo*. Migajas, no porque sea poco el tiempo que dedican a las actividades caritativas, sino porque no lo saben utilizar con inteligencia. ¿Por qué hacer en una semana lo que podría hacerse en pocas horas? Aprender a programar el tiempo para ser apóstol es una forma de ejercer la caridad. Podríamos llamarla también, *la inteligencia de la caridad*.

De esta forma una de las labores más importantes en la transmisión del carisma aplicado al apostolado es la formación del apóstol, no sólo de la formación del corazón del apóstol, sino de la formación de la manera de hacer apostolado.

Debe darse en primer lugar la formación de unas virtudes características, las mismas virtudes que el Fundador aplicó al llevar a cabo las primeras obras de apostolado. Sin el ejercicio de dichas virtudes se corre el riesgo que el apóstol termine por ser un mercenario que trabaja sólo bajo paga o sólo por complacer a la religiosa. Bien sabemos que los tiempos que corren son duros y que están hechos para personas que sepan llevar el peso de las dificultades. Por ello, además de las virtudes específicas de cada carisma, la religiosa deberá buscar formar a los apóstoles en la virtud de tenacidad, consciente de que uno de los males que más daña a los apóstoles es la debilidad de la voluntad, la sensualidad, el sentimentalismo y la inconstancia en el trabajo de la santificación y en la actividad apostólica. Hay que ayudarle a los laicos a reflexionar con seriedad y profundidad en la obra en la que se quieren empeñar de forma que perseveren en sus empresas hasta culminarlas del todo, esforzándose por evitar las derrotas en los campos espiritual, intelectual y apostólico. Como base de esta tenacidad y constancia, la religiosa deberá ayudar a los laicos a formar una voluntad firme y bien disciplinada, fundada sólidamente en las virtudes teologales y en el dominio de los propios sentimientos, emociones e impresiones. Da pena contemplar a tantas obras de apostolado que han quedado incompletas por falta de una voluntad perseverante de quien la debía llevar a cabo.

Otro aspecto en el que la religiosa debe formar al apóstol será en el orden y la eficacia, enseñándoles el arte de la programación, en forma tal que el apostolado no se lleve a cabo a base de *golpes de buena suerte*, sino con un programa previamente trazado de acuerdo a un plan concreto, una guía y un calendario. ES enseñarles el arte de la eficacia, de la realización completa, de ganar tiempo al tiempo, de hacer más en menos tiempo. Es enseñar a los laicos la parábola de los talentos, de forma que sus posibilidades de hacer el bien vayan consumiéndose día a día, de manera infructuosa, por la improvisación, la pereza, el adocenamiento y el desorden.

El apostolado no es un sentimiento, sino un arte.

La religiosa debe ayudar al laico a considerar que la vida es una y sólo se vive una vez, enseñándole a adquirir un espíritu esforzado, de laboriosidad, de conquista y de perseverancia, enraizado en un apasionado amor a Jesucristo y en un ardiente celo por las almas, de la misma manera que el fundador consumió su vida. Los laicos están llamados también a reproducir en sí mismos la misma creatividad, la misma santidad y la misma audacia que los fundadores. Esta audacia y creatividad debe llevarles a extirpar toda forma de pereza espiritual, intelectual, apostólica y física, que acabe con las cobardías, la falsa prudencia y la comodidad, que les anime a estar permanentemente en actitud de servicio, desechando toda amargura, insatisfacción o lamentación estéril, y les haga desear el desgastarse por Cristo y por su Reino.

La religiosa debe animar y motivar constantemente a los seculares para hacerles ver la grandeza de la misión, del apostolado, de forma que los laicos vayan plasmando en sí mismos al hombre líder cristiano, guía de sus hermanos, eficaz en su labor, atento a las oportunidades, magnánimo de corazón, luchador infatigable, realista en sus objetivos, tenaz ante las dificultades, sobrenatural en sus aspiraciones. Debe ayudarlos a desterrar en el apostolado cuanto tenga que ver con la irresponsabilidad, el egoísmo, la pusilanimidad, la pereza, la cobardía, la timidez y el desaliento.

Por último, si la religiosa quiere en verdad inculcar todas estas virtudes en la formación de los apóstoles, se dará cuenta que debe transformarse en una verdadera *formadora de apóstoles*, a ejemplo de su fundador. Por ello deberá aprender a hacer, entregándose totalmente a su misión de transmisora del carisma y formadora de apóstoles, en forma organizada y eficiente. Deberá también aprender a *hacer hacer*, logrando corresponsabilizar a los laicos, cultivando su celo apostólico, su amor por Dios, la Iglesia y las almas y propiciando la participación activa de ellos en los diversos apostolados. Por último, como San Juan Bautista, aprenderá a *dejar hacer*, no poniendo obstáculos, fomentando y estimulando la iniciativa y la acción de los laicos, sin abdicar a su propia responsabilidad de *formadora de apóstoles*, ni pretender realizar todo por sí misma.

EL COMPROMISO DE LOS LAICOS ENTRE LAICIDAD Y LAICISMO

Alfonso Carrasco Rouco



Los fieles laicos pueden dar una gran contribución a la salvaguardia de la libertad y de la armonía en la convivencia de la sociedad, en primer lugar buscando conocer y defender, por medios lícitos, la justicia, la libertad, los valores, etc.

Los fieles laicos «tienen como vocación propia buscar el Reino de Dios ocupándose de las realidades temporales y ordenándolas según Dios. Viven en el mundo, en todas y cada una de las profesiones y actividades del mundo y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social ... Es ahí donde Dios los llama a realizar su función propia, dejándose guiar por el Evangelio para que, desde dentro, muestren a Cristo a los demás.» (LG 31).

Ahora bien, el fiel laico existe y vive como miembro del Cuerpo que es la Iglesia, y no puede ser considerado de modo individualista o aislado, separado de su pertenencia eclesial. Al contrario, por el bautismo el laico es incorporado a Cristo y participa a su modo de los tria munera, sacerdotal, profético y real, de modo que su presencia y vocación son constitutivas del Pueblo de Dios, junto con la de los ministros ordenados. Su participación en la vida eclesial es imprescindible para la existencia de la Iglesia, como también, al mismo tiempo, para su propia identidad y misión como fiel laico. Le es necesario, por tanto, participar activamente, a su modo en la celebración de los sacramentos, acoger con corazón obediente el anuncio apostólico de la fe y perseverar en el esfuerzo de su inteligencia y comprensión viva, dando testimonio de ella según la medida que le otorgue el Espíritu, y vivir las propios dones y tareas en la plena comunión de la Iglesia.

El enraizamiento y la pertenencia eclesial viva es imprescindible para que el fiel laico pueda cumplir adecuadamente su misión, y ello también teniendo en cuenta que su rasgo específico es el de la presencia en medio de la sociedad. Sin vivir realmente la comunión de la Iglesia universal, en toda la concreción de sus diversas expresiones particulares, el fiel laico difícilmente podrá testimoniar su fe de forma madura e incidente en la realidad. Pero,

igualmente, sin la presencia y la experiencia creyente de los fieles laicos que viven su fe en medio de la sociedad, la Iglesia tampoco consigue dar un testimonio suficiente de la verdad del Evangelio como principio de vida y de salvación del hombre. Pues, como enseña LG, toda la Iglesia, como pueblo unido «por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo» (LG 4), es sacramento, es decir, signo e instrumento de la unidad con Dios y de la salvación ofrecida a los hombre en Cristo.

Tiene una importancia radical, por tanto, que la Iglesia no ceda a la tentación del repliegue sobre sí misma, mantenga intacta la parresía de la fe, y precisamente a propósito de la misión de los laicos; ya que nada puede sustituir el testimonio que ellos están llamado a dar desde dentro de las realidades temporales. Por otra parte, así la Iglesia será ayudada a encontrar las vías y las palabras más pertinentes para el diálogo con el mundo de hoy. Pues la experiencia del fiel laico hará más fácil la percepción de los problemas reales y de los obstáculos particulares que encuentra la transmisión de la fe en una sociedad concreta; y, por otro lado, su presencia constituye un testimonio fundamental –no único, pero sí imprescindible– de un afecto real, de un amor lúcido por la creación y por el mundo, que es seguramente presupuesto importante para que el hombre de hoy acepte un diálogo verdadero, se abra a un camino de evangelización.

De esta manera podrá ponerse de manifiesto la afirmación primera del cristianismo: que la Encarnación del Hijo de Dios introduce la salvación en la historia y significa la afirmación definitiva del mundo, ratificando la positividad profunda de todas las cosas, que, como creación de Dios, «están dotadas de firmeza, verdad y bondad propias y de un orden y leyes propias que el hombre debe respetar reconociendo los métodos propios de cada ciencia o arte» (GS 36). Esta legítima autonomía de las realidades creadas, esta sabiduría profunda presente en las leyes de la naturaleza, es afirmada por la actividad del fiel laico, no sólo de palabra sino

también a través de sus obras: en el ámbito de su trabajo, en el que destacan los esfuerzos del arte y de la ciencia, que «escruta lo escondido de las cosas» siguiendo como método precisamente la atención escrupulosa a la manifestación de la profunda razonabilidad de toda la realidad –cuyo origen reconoce el cristiano en el Logos Creador.

Este respeto profundo de todas las cosas significa, por un lado, afirmar concretamente su verdad y consistencia propia, e implica que no pueden ser reducidas a puro material informe a disposición de lo que el hombre quiera hacer por medio de una razón meramente instrumental. Por otra parte, es propio del fiel laico también poner de manifiesto el sentido de una secularidad verdadera, abierta al uso de la razón, dejando atrás posibles concepciones míticas del mundo (presentes hoy a su modo, por ejemplo, en la New Age o en la teoría de la semejante dignidad de hombres y animales).

Particularmente significativa es la iluminación que la fe cristiana aporta a la comprensión del hombre, parte principal de la creación, pues sólo en Jesucristo se desvela plenamente el enigma de su dignidad, vocación y destino (GS 22).

Esta verdad profunda del cristianismo, negada muchas veces en el mundo, es puesta de manifiesto de modo radical y singular por los fieles laicos a través del sacramento del matrimonio. El matrimonio cristiano es un signo particularmente claro de la luz y de la salvación aportadas por Cristo, que entra en las entrañas del mundo, lo libra del mal y le hace posible la realización de sus posibilidades más hondas. Pues la naturaleza del amor esponsal proviene ya de las manos del Creador, que formó al hombre a su imagen; pero la posibilidad de su realización en la historia, venciendo la fragilidad y el pecado del hombre, es dada en Jesucristo. Por ello, el matrimonio cristiano constituye un aspecto fundamental de la misión propia de los fieles laicos, que hacen presente en medio del mundo la verdad profunda del amor humano, convertido en signo de la salvación presente de Dios.

Hemos mencionado así dos grandes dimensiones del compromiso de los fieles cristianos en el mundo: En primer lugar, la relación razonable con la realidad creada, con las cosas, que puede sintetizarse con el término «trabajo» y que implica el conocimiento científico, pero también las dife-

rentes artes, que ponen de manifiesto la profundidad de la realidad, que no se agota en su tratamiento técnico. En segundo lugar, el gran ámbito del afecto y del amor humano, simbolizado de modo paradigmático por el matrimonio.

Hay que mencionar ahora, en particular, el gran significado que tiene el compromiso del fiel laico en la sociedad para la percepción y la afirmación social de la libertad del hombre. Ello acontece ante todo a través de la propia existencia del cristiano, que, iluminado por el Evangelio, lleva a cabo un legítimo esfuerzo por conformar su vida según la verdad sobre el hombre y el mundo. Se introduce así, en el corazón de la sociedad, la afirmación de Jesús mismo, que sostiene toda adecuada relación Iglesia-Estado: dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios.

Hoy sabemos con claridad plena que la libertad de la conciencia, que busca conocer la verdad plena, la verdad sobre el Misterio de Dios que fundamenta la realidad, para poder dar forma a la propia existencia (DH 2), es el centro de la libertad del hombre. Lo han demostrado hasta la saciedad los totalitarismos de la historia reciente de nuestro mundo, que han pretendido penetrar y apoderarse de las conciencias de los hombres, llegando a los mayores desastres.

Pues bien, la presencia de los fieles laicos en el mundo hace surgir con fuerza siempre nueva la cuestión de la libertad religiosa; y, por consiguiente, hace presente en medio de la sociedad la afirmación de la libertad de la conciencia humana, del respeto profundo que se debe a su dignidad.

En este compromiso, los laicos son ayudados por su experiencia cristiana, que mantiene viva la percepción de la dignidad de toda persona como hijo adoptivo de Dios, no reducible, por tanto, a una parte del mecanismo del mundo o de la sociedad, sino dotado de libertad y conciencia propias e inalienables, por estar vinculadas en lo profundo con Dios mismo. Por otra parte, como miembro del Pueblo de Dios, el fiel laico puede superar la inevitable fragilidad del hombre, ayudado por la compañía de sus hermanos, por el testimonio de su fe y de su caridad. Puede entonces, a su vez, amar al prójimo como el Señor quiere y ser así capaz de afirmar y defender la dignidad singular de su conciencia y el valor de su libertad.

Pues también este esfuerzo por reconocer y defender la dignidad y libertad propia del hombre tiende siempre a decaer. Al disminuir el ímpetu de la búsqueda y la capacidad de afirmar la libertad del prójimo en aquel que no encuentra la verdad plena —que es el Evangelio de Jesucristo—, es fácil concluir contentándose con algún sistema ideológico o de poder, que no podrá dar cabida a la estatura propia del ser humano. Así pues, ante la tendencia constante a decaer en la afirmación de la dignidad y de los derechos fundamentales del hombre, el fiel laico, individual y comunitariamente, ofrece a la sociedad un testimonio de valor inapreciable: que quien cree en el Señor Jesús descubre la grandeza de la dignidad y del destino del hombre, y es ayudado a vivir según las exigencias de esta verdad reconocida.

Este aspecto del compromiso del fiel laico en medio del mundo sigue teniendo urgencia y actualidad también en nuestros países democráticos. Pues se da en ellos la tentación de confundir la legítima laicidad del Estado con el laicismo, así como la de fundamentar la convivencia democrática en un cierto «relativismo ético», según el cual habría que renunciar a todo reconocimiento de la verdad moral para poder vivir en paz en una sociedad plural.

El principio de la laicidad, de por sí legítimo, «se entiende como la distinción entre la comunidad política y las religiones», y expresa una concepción profundamente democrática del Estado, en la que éste se concibe al servicio de los derechos del hombre en el respeto a su libertad de conciencia. El laicismo, en cambio, confunde a la sociedad con el Estado, y ya que el Estado ha de cuidar del bien común respetando las diferentes creencias sin imponer ninguna como propia, pretende negar a las religiones u otras concepciones del mundo el derecho de existir en el ámbito de la vida pública, de la sociedad, imponiendo así, en realidad, una propia ideología desde el Estado. Pero laicidad no es laicismo.

En este contexto, los fieles laicos pueden dar una gran contribución a la salvaguardia de la libertad y de la armonía en la convivencia de la sociedad, en primer lugar buscando conocer y defender, por medios lícitos, la justicia, la libertad, los derechos de la persona. Pues defendiendo el bien del hombre y de la sociedad en las diferentes problemáticas, no se están proponiendo «valores confesionales», como

diría el laicista, ni se ejerce intolerancia religiosa alguna, como objeta el relativista; ya que se trata de verdades radicadas en el ser humano y que la razón puede conocer. Aunque la fe cristiana permita afirmarlas con mayor certeza, su afirmación es un servicio razonable a la verdad y al bien del hombre.

Ni los fieles cristianos ni la Iglesia en su conjunto pueden permitir que se acalle su voz en el debate sobre cuestiones de relevancia moral, que afecten al modo en que se construye la vida y la sociedad. Pues vivir social y políticamente conforme a la propia conciencia no es una forma de confesionalidad ni de imposición intolerante; al contrario, es la manifestación de la madurez de la persona en su inteligencia de la realidad y en la decisión de su libertad a favor de un orden social más justo. En cambio, negarle al fiel laico que actúe de forma coherente con su conciencia, descalificándolo por sus convicciones, es una forma de intolerancia.

El compromiso del fiel laico, entre laicidad y laicismo, significa, pues, evitar la tentación común en nuestra sociedad de separar el ámbito de la conciencia y el de las propias posiciones públicas. Ello no es exigido por la legítima laicidad del Estado, sino que, al contrario, socava los fundamentos de la convivencia democrática: el reconocimiento de la libertad de conciencia y de la libertad religiosa, de los derechos fundamentales del hombre, anteriores a toda estructura de poder social.

Por otra parte, asumir la insignificancia de la propia conciencia en la vida pública implicaría aceptar una sociedad donde no se valora y busca la verdad, donde se debilita toda forma auténtica de ejercicio de la libertad. Y, al mismo tiempo, significaría silenciar lo más propio de la fe cristiana, que descubre en Cristo la revelación definitiva de la verdad sobre Dios junto con la verdad plena sobre el hombre.

Para el fiel laico, en cambio, lo secular es el ámbito privilegiado en que ha de manifestarse la verdad y la fecundidad de la fe, la esperanza y la caridad que mueve su existencia. Su presencia en el ámbito del trabajo y de la vida pública de la sociedad, su defensa de la dignidad y de los derechos del hombre, la realidad de su amor esponsal realizado en el matrimonio, constituye un testimonio imprescindible, que sólo pertenece y puede ser dado por los fieles laicos, de la verdad del Evangelio de nuestro Señor y de su presencia en medio del mundo a través de la realidad de su pueblo que es la Iglesia.

ES LA HORA DE LOS LAICOS

Ángel Gutiérrez Sanz



«Estos días vengo escuchando algo que, en forma de halago se viene diciendo del cristianismo de nuestro tiempo y es esto: Los cristianos de hoy son contemporizadores, están aprendiendo a respetar a los demás, haciendo de sus creencias una cuestión privada y personal, no sacando a relucir sus creencias en público y esto les acredita como cristianos maduros. Yo no sé si esta imagen del cristianismo es cierta o no, pero si lo fuera, para mí no sería motivo de orgullo sino de vergüenza, porque un cristiano que renuncie a ser fermento del mundo, es porque está asustado, domesticado, acomplejado, o no entendido bien cual es su misión en el mundo de hoy.»

La identidad del cristiano lleva implícito la de ser testigo de su fe. Las palabras de Jesucristo: «Id por todo el mundo a predicar el Evangelio» es una interpelación a todos los que nos consideramos seguidores suyos. Tiempos hubo en los que por diversas circunstancias, que no son ahora del caso comentar, el apóstol, el misionero, el evangelizador, eran términos íntimamente asociados a los sacerdotes y religiosos. De una parte estaban los pastores constituidos en maestros, que proclamaban la palabra de Dios y de otra parte estaba la grey receptora de esa palabra.

A partir, sobre todo del Concilio Vaticano II, hay otra visión y así como se ha ido llevando a la conciencia de los cristianos, que Iglesia somos todos los bautizados en Cristo, del mismo modo hemos de ir entendiendo, que la misión evangelizadora es una tarea que compete a todos los cristianos, también a nosotros los laicos y si me apuran un poco, es una misión que en las actuales circunstancias nos compete fundamentalmente a los laicos.

«La evangelización de los nuevos tiempos se hará por los laicos o no se hará». No es una frase mía, es una frase acuñada por el Episcopado español, que a mí personalmente me suena muy bien y la suscribo totalmente. Las razones son obvias, no solamente por la escasez de sacerdotes, en edades avanzadas, sino también porque los laicos tenemos acceso a unos ámbitos donde más necesario es el

testimonio cristiano. Ya no es la Iglesia sino la calle, el lugar donde hay que hacer presente a Cristo en nuestra sociedad. Sí, ha llegado nuestra hora, ha llegado la hora de los laicos y de nosotros va a depender en gran medida la tarea evangelizadora.

Conscientes de esta nuestra responsabilidad como cristianos, tendremos que comenzar a preguntarnos ¿cómo habrá de ser la nueva evangelización en los albores del siglo XXI y cómo habremos de llevarla a cabo? Naturalmente el mensaje evangélico en esencia no ha cambiado ni puede cambiar; sustancialmente siempre es el mismo y siempre habrá de seguir siéndolo. Esto hay que decirlo, pero también hay que decir que la obra evangelizadora, en cuanto obra humana, está sujeta a los tiempos y no puede ser la misma en el siglo XXI que la que llevaron a cabo los primeros cristianos, la que se llevó a cabo en la Edad Media, o la que se llevó a cabo en el descubrimiento de América. No puede ser la misma porque las circunstancias históricas han cambiado.

Vivimos en un mundo cambiante y complejo y tendremos que ajustarnos a sus exigencias. Es normal que entendamos que los nuevos signos de los tiempos nos marquen el nuevo talante de la evangelización.

Para saber cómo ha de ser la evangelización, nuestra evangelización, en el siglo XXI, tendremos que conocer las peculiares características de nuestra sociedad; tendremos que saber de sus necesida-

des y exigencias; tendremos que conocer las peculiaridades y características de los hombres de nuestro tiempo; tendremos que conocer cuáles son sus miedos y sus angustias. Por eso, antes de emprender nuestra tarea hemos de preguntarnos ¿cómo es la sociedad en la que nos ha tocado vivir y cómo son los hombres de esta sociedad?

Naturalmente tratar de hacer ahora una descripción exhaustiva de nuestra sociedad nos llevaría demasiado tiempo; por tanto me limitaré a señalar alguno de los rasgos que mejor pueda caracterizarla, en función del tema que nos ocupa y uno de estos rasgos, de nuestra sociedad occidental industrializada, no es otro que el que viene determinado por la ausencia de Dios. Nuestra sociedad ha dado la espalda a Dios, se ha olvidado de Él.



En fechas no muy remotas, me estoy refiriendo al siglo XIX y gran parte del XX, de Dios siempre se hablaba y se hacía apasionadamente, bien fuera para afirmarle, bien fuera para negarle. Hasta para los ateos el tema de Dios era capital; así por ejemplo, la obra de Marx, o la obra de Nietzsche, no podían entenderse sin referencia a Dios ¿y qué decir de las ansias y el hambre de Dios, de un hombre supuestamente sin fe, como fue Unamuno? Ciertamente el tema de Dios en ninguna época histórica dejaba indiferente. Hoy sí, hoy nos deja fríos, no nos dice nada. El tema de Dios no apasiona; el tema de Dios en nuestra sociedad no interesa a casi nadie; hoy lo que interesan son otras cosas, demasiado triviales, por cierto. El hombre de hoy es el que dice que exista o no exista Dios es un problema suyo y es al propio Dios y no al hombre a quien debe importarle, la gente quiere que la dejen en paz, vivir su vida, ya tiene bastante con sus asuntos; ha aprendido a valerse por mí misma y no le necesito a Él para nada.

Esta es la situación actual y me pregunto ¿Por qué esta indiferencia?... El hombre moderno ha logrado conquistas portentosas, que causarían asombro, no digo ya a los hombres que vivieron en la Edad Media, sino a los que fueron nuestros abuelos y lo más portentoso es lo que falta por venir. En un futuro próximo, que no va más allá de 40 ó 50 años vista, las conquistas que el hombre parece tener ya al alcance de la mano, en el campo de la Biología, de la Medicina, de la Astronomía, de la Comunicación, del Desarrollo Técnico, son sencillamente

asombrosas.

Ante este espectáculo maravilloso que nos brinda el hombre actual no hace falta ya, tener fe en esa verdad teológica que nos habla de que el hombre está hecho a imagen y semejanza de Dios; no hace falta tener fe en esta verdad teológica, por-

que resulta evidente. Lo difícil está siendo no sucumbir a la tentación de creerse un pequeño dios. Esta es la gran tragedia del hombre actual, que le ha llevado a la indiferencia de Dios y a todo lo que con Él se relaciona. Diré más. Este hombre es el que no quiere incluso que se hable públicamente de Dios, le molesta que se hable de Él y trata de impedirlo. Ha desplegado y está desplegando un gran esfuerzo para que el cristianismo quede encerrado en las sacristías, que nuestras creencias pertenezcan a la esfera de lo privado; está tratando de que el mensaje evangélico no trascienda a la vida pública.

La atmósfera que nos envuelve está cargada de irreligiosidad y por todas partes se respira laicismo: El estado laico, la sociedad laica, la escuela pública laica, la familia, ¿qué decir de la familia?. Se parte del convencimiento que el fenómeno religioso es una cuestión privada. Por desgracia éste es un sentimiento que empiezan a compartir muchos cristianos, al menos implícitamente. Son bastantes los que piensan que su fe han de vivirla de «puertas

adentro»; que a Dios hay que llevarle en el corazón, pero que no hace falta ir manifestándolo al exterior. Podemos encontrarnos con cristianos en la política y en la vida pública, que dicen tener una acendrada fe personal y que luego en la práctica y cara al exterior actúan y gobiernan como si Dios no existiera. Este sería el principal obstáculo para la evangelización en nuestros días: caer en la trampa de considerar que nuestra fe es sólo un asunto personal y que pertenece a la esfera privada y este sería el gran triunfo de los enemigos del cristianismo, que los hay.

Entiendo que el cristiano comprometido ha de serlo a todas las horas del día. Ha de serlo en casa, en la Iglesia, en la calle y en su puesto de trabajo. El cristiano ha de serlo en toda su integridad, sin dobleces ni camuflajes, sin disociar sus creencias de su vida pública o su vida privada. Cristiano es el que toma en serio las palabras de Cristo, que nos invita a ser «luz del mundo y sal de la tierra». Si ya de entrada renunciamos a hacer una manifestación pública de nuestra fe ¿cómo puede ser posible la evangelización? Nadie me puede negar que el cristiano, cuando menos, tenga los mismos derechos de expresar sus convicciones que los que tratan de echarlos por tierra con críticas demoledoras o con burlas descaradas. Ciertamente no son estos cristianos de la doble personalidad y la doble moral los que el cristianismo está necesitando, sino de aquellos que hacen lo posible porque Cristo reine, no sólo en los corazones de los hombres sino en las familias, en la sociedad, en las naciones, en todos los pueblos, en el mundo entero.

Otro de los obstáculos que dificultan la nueva evangelización lo encontramos en el exceso de individualismo y personalismo. En unos tiempos de globalización, los cristianos hemos de comprender que en la defensa de nuestra fe no puede ser que cada cual vaya por su lado, sino que tenemos que trabajar juntos, superando los «guetos», las «capillitas» y los «grupitos»; que debemos mantenernos unidos en estos tiempos difíciles. *Hemos de comprender, de una vez por todas, que lo que importa*

no es mi causa, ni la de mi parroquia, ni la de mi diócesis, ni la de mi orden, ni la de mi congregación, sino que lo que importa es la causa de Cristo. Si queremos ver una evangelización floreciente, los cristianos tenemos que estar unidos. De aquí se comprende el esfuerzo ecuménico que se está haciendo por parte de Roma. Todos los cristianos unidos, no sólo para llevar a cabo una evangelización eficiente, sino para hacerla creíble a los ojos de los demás. En estos tiempos de la unión europea, de pactos políticos y militares, fusiones entre los bancos, de bloques; en estos tiempos de globalizaciones ¿sería mucho pedir, que los cristianos remáramos todos en la misma dirección?

Estas y otras dificultades nos habremos de encontrar en nuestra tarea evangelizadora, pero podemos enfrentarnos a ellas, pues aparte del poderoso motivo que encontramos en las palabras de Cristo, existe otro motivo que nos puede ayudar a mantenernos firmes en nuestro propósito. Antes he hablado del portentoso poder del hombre actual, que cree ser como Dios. Hay, no obstante, un hecho irreversible que viene a demostrarle poco a poco, que no es ningún dios, sino solamente un hombre y muy frágil por cierto. Este hecho es la realidad de la muerte, ante la que todas las seguridades se derrumban y los hombres se quedan sin palabras. Cuando el hombre ve la muerte de cerca, o es testigo de acontecimientos como los sucedidos el 11 de Septiembre, se da cuenta que no puede vivir sin un Dios que garantice unos horizontes de esperanza. La imagen desolada e impotente del poderoso presidente de los Estados Unidos, rogando y suplicando a Dios, lo dice todo. Jesucristo nos ha confiado a nosotros, cristianos del Siglo XXI, que llevemos este mensaje de esperanza, en una noche oscura, a unos hombres y a una sociedad que es la nuestra. Que nunca más se nos pueda echar en cara: «Vosotros cristianos, a los que se os confió la luz ¿Qué habéis hecho con ella?»

Cada cual sabrá que puede ir haciendo, a nivel personal, aunque sea muy poco, en su vida cotidiana, para poder llevar a cabo esta tarea evangelizadora.

MINISTERIOS LAICALES

Raúl Gómez González



Introducción

- Qué se entiende por ministerios laicales
- Cuáles son los que conocemos
- Cómo los aprecia el pueblo de Dios en general.

I. El pensamiento de la Iglesia

El Concilio Vaticano II, en la Constitución dogmática sobre la Iglesia (*Lumen Gentium*), y en los Decretos sobre el apostolado de los laicos (*Apostolicam Actuositatem*) y de las misiones (*Ad Gentes*), marcó el principio del desarrollo actual de los ministerios laicales. La Exhortación Apostólica sobre el Anuncio del Evangelio (*Evangelii Nuntiandi*) promueve la reflexión en torno a este tema: «Los ministerios laicales son capaces de rejuvenecer y de reforzar su propio dinamismo evangelizador» (n. 73).

1. Qué hay que entender por ministerios

Ministerio, en sentido amplio, significa todo servicio que se presta a la comunidad, o que se realiza en beneficio de la misma.

Ministerio, en sentido estricto, es el servicio que se presta a la comunidad, respaldado por la ordenación, misión o institución canónica que la legítima autoridad realiza sobre alguno de sus miembros para que desempeñe un determinado oficio.

En consecuencia, todo servicio que se lleva a cabo en la Iglesia en beneficio de la comunidad, es ministerio en un sentido amplio; pero es necesaria la ordenación, institución o misión por parte de la legítima autoridad para que tenga el carácter de ministerio en el sentido estricto.

Ministerios son aquellos servicios realmente vitales de la vida de la Iglesia, ejercidos por fieles laicos, de manera permanente y no sólo ocasional, y que han sido reconocidos públicamente por quien tiene la responsabilidad de la unidad en la Iglesia.

2. La Iglesia ministerial

El ministerio en sentido estricto sólo pertenece a Jesús, El es quien da gloria perfecta al Señor. Pero

al fundar su Iglesia le dio la misión de continuar el ministerio de la obra de la salvación; le dio la vida de su Espíritu con la misión de llevar a cabo el plan salvífico. La Iglesia es depositaria del ministerio de la salvación.

El ministerio de la salvación no sólo pertenece a la totalidad de la Iglesia, sino que cada uno de los bautizados, que es miembro de Cristo, tiene esa tarea; en cada uno el Espíritu suscita la capacidad de participar en la misión de toda la Iglesia.

El ministerio de Jesús se concretiza y diversifica en los miembros del Pueblo de Dios, según los carismas que el Espíritu Santo quiera concederles (cfr. Ef 4, 11-12). Los carismas están al servicio de la Salvación. Todo ministerio es participación del ministerio de Jesús.

«Los ministerios presentes y operantes en la Iglesia, si bien son modalidades diversas, son todos una participación en el ministerio de Jesucristo, el Buen pastor que da la vida por sus ovejas, el siervo humilde y totalmente sacrificado por la salvación de todos» (ChL 21).

«Algunos Dios los ha puesto en la Iglesia, en primer lugar como apóstoles, en segundo lugar como profetas, en tercer lugar como maestros» (ChL 21; cfr Ef 4, 7.11-13).

3. Diversidad de ministerios

Así como hay una multiplicidad de tareas en la Iglesia se dan una diversidad de ministerios. Estos son agrupados en jerárquicos o instituidos y no jerárquicos o reconocidos.

Los ministerios jerárquicos, son aquellos ministerios que imprimen carácter por el sacramento del Orden (obispos, sacerdotes, diáconos). A estos también se les denomina ministerios instituidos.

«En la Iglesia encontramos, en primer lugar, los ministerios ordenados; es decir, los ministerios que derivan del sacramento del Orden. En efecto, el Señor Jesús escogió y

constituyó los Apóstoles germen del Pueblo de la nueva Alianza origen de la sagrada Jerarquía con el mandato de convertir en discípulos todas las naciones, de formar y de regir el pueblo sacerdotal. La misión de los Apóstoles, que el Señor Jesús continúa confiando a los pastores de su pueblo, es un verdadero servicio, llamado significativamente diakonía en la Sagrada Escritura; esto es, servicio, ministerio» (ChL 22).

Los ministerios no jerárquicos se subdividen en instituidos y no instituidos. Los instituidos son el lectorado y el acolitado (c. 230).

El ministerio del acolitado se reserva al varón. Algunos ministerios instituidos tienen el carácter de extraordinarios: el presbítero puede ser ministro extraordinario de la confirmación, el laico puede ser ministro extraordinario para la comunión, como también para el ministerio de la Palabra, para presidir las oraciones litúrgicas y para administrar el bautismo.

Los ministerios no instituidos o reconocidos, son aquellos que no tienen el carácter del Orden, son no ordenados, pero sí reconocidos por la Iglesia como auténticos ministerios.

Esta diferenciación de los ministerios puede hacerse por ser clericales o laicales; los primeros serán en razón del sacramento del Orden, los segundos serán todos aquellos que se reciben fuera del sacramento del Orden pero que son necesarios en las tareas de la Iglesia.

«La misión salvífica de la Iglesia en el mundo es llevada a cabo no sólo por los ministros en virtud del sacramento del Orden, sino también por todos los fieles laicos. En efecto, éstos, en virtud de su condición bautismal y de su específica vocación, participan en el oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo, cada uno en su propia medida. Los pastores, por tanto, han de reconocer y promover los ministerios, oficios y funciones de los fieles laicos, que tienen su fundamento sacramental en el Bautismo y en la Confirmación, y para muchos de ellos, además en el Matrimonio... Los pastores según las normas establecidas por el derecho uni-

versal pueden confiar a los fieles laicos algunas tareas que, si bien están conectadas a su propio ministerio de pastores, no exigen, sin embargo, el carácter del Orden» (ChL 23)

Los instituidos pueden ser confiados a los laicos; no son reservados a los candidatos al sacramento del Orden. Son conferidos por el Obispo mediante un acto o rito litúrgico aprobado por la Santa Sede, pero no es sacramento. Las Conferencias Episcopales pueden pedir a la Santa Sede la institución de otros ministerios que crean necesarios y muy útiles a la propia región.

«El Código de Derecho Canónico escribe: Donde lo aconseje la necesidad de la Iglesia y no haya ministros, pueden también los laicos, aunque no sean lectores ni acólitos, suplirles en algunas de sus funciones, es decir, ejercitar el ministerio de la palabra, presidir oraciones litúrgicas, administrar el bautismo y dar la sagrada comunión, según las prescripciones del derecho. Sin embargo, el ejercicio de estas tareas no hace del fiel laico un pastor» (ChL 23).

4. Ministerios y funciones de los laicos

La Iglesia, desde la jerarquía, valora la presencia y acción de los laicos a favor de la extensión del Reino al interior de la Iglesia misma y fuera de ella, en las realidades temporales.

«La celebración litúrgica es una acción sacra no sólo del clero, sino de toda la asamblea. Por tanto, es natural que las tareas no propias de los ministros ordenados sean desempeñadas por los fieles laicos. Después, ha sido espontáneo el paso de una efectiva implicación de los fieles laicos en la acción litúrgica a aquélla en el anuncio de la Palabra de Dios y en la cura pastoral» (ChL 23).

En ocasiones se palpa una tendencia a reducir la actividad apostólica a los solos «ministerios eclesiales» y a interpretarlos desde una figura clerical.

«Los diversos ministerios, oficios y funciones que los fieles laicos pueden desempeñar legítimamente en la liturgia, en la transmisión de la fe y en las estructuras pastorales de la Iglesia, deberán ser ejercitados en

conformidad con su específica vocación laical, distinta de aquélla de los sagrados ministros» (ChL 23).

La tarea de los laicos es poner en práctica todas las posibilidades cristianas y evangélicas, escondidas pero a su vez presentes y activas, en las cosas del mundo.

«El campo propio de su actividad evangelizadora es el dilatado y complejo mundo de la política, de la realidad social, de la economía; así como también de la cultura, de las ciencias y de las artes, de la vida internacional, de los órganos de comunicación social; y también de otras realidades particularmente abiertas a la evangelización, como el amor, la familia, la educación de los niños y de los adolescentes, el trabajo profesional, el sufrimiento. Cuanto más laicos hay compenetrados con el espíritu evangélico, responsables de estas realidades y explícitamente comprometidos en ellas... tanto más se encontrarán estas realidades al servicio del Reino de Dios y por tanto de la salvación en Jesucristo, sin perder ni sacrificar nada de su coeficiente humano, sino manifestando una dimensión trascendente a menudo desconocida» (ChL 23).

Los ministerios laicales no se otorgan en suplencia del ministerio ordenado. Los ministerios laicales deben ser una realidad siempre presente en la Iglesia.

5. Ministros extraordinarios de la Sagrada Comunión

Este ministerio se ha facultado en la Iglesia con la Instrucción de la Sagrada Congregación de Sacramentos «Immensae Caritatis» de enero 29 de 1973. Se puede otorgar tanto a varones como a mujeres.

Este ministerio no viene siendo instituido o reconocido; ni siquiera se trata de un ministerio extraordinario, más bien de lo que se trata es de un ministerio que ejercita un «ministro» extraordinario.

6. Orientaciones para los ministerios

Para los ministerios laicales hay que tener en cuenta diversos aspectos:

- Las necesidades locales.

- Las expresiones religiosas y culturales de la región.
- Las condiciones de admisión y selección.
- La preparación: el proceso y modo de formación.

No hay razón para conferir los ministerios el perseguir un mero estímulo individual; tiene que tener un contexto comunitario. Los ministerios se orientan a la vida y el crecimiento de la comunidad eclesial.

La multiplicación de ministerios y ministros será la única forma de lograr una evangelización plena y como expresión de una Iglesia ministerial.

Para la institución o reconocimiento de los ministerios laicales es necesario tomar en cuenta aquellos servicios referentes a aspectos realmente importantes de la vida eclesial; así son los que se den en el plano de la Palabra, de la Liturgia, y de la conducción de la comunidad.

- Quienes los reciben, siguen siendo laicos con su misión fundamental de presencia en el mundo.
- La llamada al ejercicio de un ministerio, exige la disponibilidad e idoneidad del sujeto, entendidos como la capacidad y su buena reputación que garantizará el desempeño de su cargo.
- Todo ministerio implica para quien lo recibe una intensa vida de fe, amor evangélico y disponibilidad en el servicio a la comunidad eclesial. También es necesaria la capacidad suficiente para el desarrollo de su oficio.

7. Perspectivas pastorales

- Exigencia de una renovada pastoral en las comunidades cristianas.
- Que en el laicado se continúen renovando esquemas mentales de apertura y servicio eclesial.
- Una renovación de la pastoral, acompañada de una fuerte vitalidad misionera, llevará a descubrir nuevos campos para la acción evangelizadora de los laicos.
- La participación del laico en una pastoral renovada hará posible que se de el paso firme de ser un simple espectador a ser un agente activo, poniendo toda su creatividad al servicio de la comunidad eclesial.
- Que el laico viva su vocación propia: «hombre de Iglesia en el corazón del mundo y hombre del mundo en el corazón de la Iglesia» (P 786).

ESPIRITUALIDAD DE COMUNION

Jesús Castellanos



1. Lugares donde aparece la palabra comunión en el Nuevo Testamento

La palabra comunión en el NT aparece en algunos lugares. Nos dan el fundamento de la comunión-reciprocidad.

(koinonía = participación, la misma suerte en mismo el trabajo). San Pedro en la 2ªCo. dice que «somos partícipes» de la naturaleza divina; auténtica plasmación de lo trinitario en nosotros mismos (en cada persona y en la Iglesia).

En la teología de Pablo la koinonía (comunión) es nuestra participación viva a través del bautismo en la suerte y en la existencia de Jesucristo. Comunión con Cristo expresada de diversas formas; expresada en permanecer en Cristo. La koinonía es la misma vida de Cristo en nosotros (permanecer en Cristo).

Hay dos lugares fundamentales donde la koinonía está íntimamente relacionada con la Eucaristía.

1. Hechos de los Apóstoles 2, 42-46; el autor describe el «día después» de Pentecostés. Al día siguiente, la Iglesia persevera: en la comunión, en la predicación de los Apóstoles, en la fracción del pan y en las oraciones. El día después es el de la perseverancia, de la comunión, de lo cotidiano.

Aquí Koinonía dice algo nuevo que ha nacido de Pentecostés: es la nueva fraternidad; aquellos que han acogido el evangelio experimentan una vida nueva, que entre ellos existe koinonía. Que Dios los posee, que Dios los hace una sola alma, un solo corazón. La fracción del pan es como la imagen de la koinonía que permite ser a los fieles ser una cosa

sola con Jesús Resucitado, que se hace presente en la comunidad, que participan de una vida nueva.

Vida nueva: con Pentecostés comenzó un Jubileo permanente; no había que esperar 50 años como en el AT., para que no hubiera ningún pobre, se recuperara la libertad. A partir de Pentecostés, así como Jesús vivió siempre el espíritu del jubileo, la comunidad comienza a vivir la koinonía: la «cotidianidad jubilar» de vivir siempre en comunión y fraternidad. Todo provocado por un «Signo» fundamental, que es presencia y memorial: Cristo

que ha dado todo por nosotros; que ahora se da en la fracción del pan. Como El se nos da, que nosotros nos demos los unos a los otros para que haya una comunión de reciprocidad.

2. Primera carta a los Corintios «10, 16-17»: El Pan que nosotros partimos, ¿no es koinonía con el Cuerpo de Cristo? Comunión es comunión sacramental.

Comunión a través del sacramento, de la presencia. Que significa a la vez comunión con Cristo con su Cuerpo y su Sangre y comunión entre nosotros en su Cuerpo y en su Sangre. Comiendo el mismo Cuerpo somos su cuerpo y bebiendo el mismo Cáliz formamos un sólo Espíritu. Como si cuerpo fuera lo externo, que caracteriza la Iglesia, la visibilidad; y la sangre fuera lo interno, el Espíritu que vivifica todo el cuerpo y lo hace cuerpo del Señor. Qué bello contemplar, uniendo Iglesia y Eucaristía, la palabra «comunión» se refiere tanto a la Iglesia que es comunión, comunión a las cosas santas, como a la Eucaristía que hace de estos diversos una koinonía, una comunión.



3. Hay otro texto, el más repetitivo, más original, la primera Carta de Juan (1Jn 1,1). «Lo que era al principio, lo que hemos visto, lo que hemos contemplado, lo que hemos tocado: el Verbo de la vida, porque se hizo visible, esto es lo que les anunciamos para que tengan comunión con nosotros y nuestra comunión sea con el Padre y su Hijo Jesucristo». Después dirá hay comunión cuando estamos unidos, no hay comunión cuando estamos en pecado.

Este texto es tan hermoso porque nos habla de algo que estaba escondido, el misterio (El que era al principio); pero después se ha hecho visible: nosotros lo hemos visto, contemplado, escuchado, tocado. Aquí se recupera toda la teología de la experiencia cristiana es: ver, tocar, contemplar, escuchar, percibir; porque Dios se ha dejado ver, tocar, contemplar; por supuesto que esto ha sido de forma sobrenatural. Pero lo hacemos como lo señala san León Magno: lo que era visible en Cristo pasó a los sacramentos de la Iglesia; y no sólo a los sacramentos porque Cristo lo impregnó todo; la tierra, los hermanos, la Palabra, la Eucaristía, los sacramentos. La gran fuerza de la Palabra; La Palabra se hace presencia y al hacerse presencia se hace experiencia espiritual y al hacerse experiencia se hace comunión, porque todos participamos de una comunión que Cristo ha traído a la tierra con nosotros y con el Padre.

Además de la Palabra hay imágenes fundamentales en el NT, nos hablan de esa comunión.

a) *La Ecclesia* (Iglesia) de san Mateo: «Donde están dos o más reunidos en mi nombre, ahí estoy yo en medio de ellos». Es Cristo resucitado que está en medio de la comunidad. Sabemos que en tiempo de los rabinos decían: si dos israelitas están hablando de la Torá (de Dios y de las cosas de Dios), Dios está en medio de ellos; si dos o más están hablando de cualquier cosa, son charlatanes. Jesús se apropia esto y dice: dos o más están unidos en mi nombre, en mi palabra, en mi amor, no la Torá, sino yo, que soy la presencia, la morada, hago de ellos la Iglesia y todo lo que piden ellos en mi nombre al Padre yo se los concedo. Los Santos Padres aprovecharon este texto y decían: «basta que estén dos y más reunidos en Cristo para que hagan Iglesia».

Que poco se requiere para que haya Iglesia (basta que estén dos o tres o más reunidos en el

nombre de Cristo). Por supuesto que es una primera presencia. La plenitud de Cristo será con su Palabra y la Eucaristía. Las iglesias pobres y están en la dispersión basta con que estén dos o más reunidos en el nombre de Cristo. Es una presencia que tiende a la plenitud de la presencia que se da en la Palabra y en la Eucaristía.

b) *La palabra Cuerpo* es otra forma de decir comunión pero expresada con la figura del cuerpo, de los miembros, que se ayudan unos a otros y logran hacer una interacción con la fuerza del Espíritu Santo. El Pueblo de Dios es una forma de decir comunión con rostro de personas.

c) La imagen más plástica y más bella es la de *la Vid y los sarmientos* (Jn 15). «Yo soy la vid y vosotros sois los sarmientos». Imagen plástica de la comunión: El Padre es el agricultor, pero también es la raíz; Cristo es la Vid; el Espíritu es la savia interna que circula por la vid. Nosotros somos los sarmientos. Una Iglesia en comunión trinitaria. Somos una cosa sola porque somos sarmientos de la única vid. No parece que haya distinción entre los sarmientos y la vid, entre los sarmientos y la raíz y entre los sarmientos y la savia. Perfecta comunión.

Pero también es una imagen eclesial. La Iglesia como una vid. Con la variedad, la diversidad, pero



todos con la savia vital que es el Espíritu; la variedad la diversidad, todos unidos con Cristo, no hay Iglesia sin Cristo, sin el Espíritu Santo, sin raíz, el Padre.

Hay una dimensión eucarística, la vid nos habla de vino, de racimos. Yo soy la Vid y ustedes son los sarmientos y tienen que producir frutos; es una imagen eucarística. Porque cuando comemos el Pan y bebemos la Sangre de Cristo, sentimos la savia vital que nos lleva en la vida trinitaria. Los sarmientos debemos producir fruto; que sea sabroso, jugoso.

También nos habla de armonía entre la comunión con Cristo y la comunión con los hermanos. Que estemos unidos los unos con los otros; sin mí no pueden hacer nada; si el sarmiento no produce fruto lo corta. Que el sarmiento sea racimo, que sea fruto, que sea palabra, caridad, ministerio; no se pueden comer los sarmientos, hay que comer los frutos del sarmiento. La Vid se convierte en frutos de amor. Que se convierta en racimo que nutre, que nos da buen vino.

2. La Eucaristía

Nos llama la atención que Juan ha dedicado hablar de Última Cena cinco capítulos (13-17) y en vano buscamos, en estos cinco capítulos, la Institución de la Eucaristía. Nos preguntamos, según Juan, ¿qué relación tiene la Eucaristía con estos 5 capítulos?

San Juan sin hablar de la Eucaristía nos habla de lo que significa la Eucaristía. «Habiendo amado a los suyos los amó hasta el extremo». El lavatorio de los pies, no tendrá que ver algo con la Eucaristía que se traduce en servicio? como que nunca se pudiera separar la Eucaristía del servicio, servicio de la Eucaristía.

Tiene sabor eucarístico la palabra de Jesús: «os doy un mandamiento nuevo: amaos los unos a los otros como yo os he amado» (cap. 13 y cap. 15). Cuando Moisés hace la Alianza y trae las tablas de la ley con 10 mandamientos, Jesús hace la nueva alianza en su sangre promulga un solo mandamiento que los contiene todos. La ley de la Eucaristía celebrada. El mandamiento de la Eucaristía celebrada es el amor recíproco que es amor de comunión.

Tiene sabor Eucarístico el «permanezcan en mí

y yo en ustedes», El «vendremos a El y haremos morada en El». El fruto de la comunión Eucarística es la presencia de Jesús. Tiene sabor eucarístico la vid y los sarmientos» y la promesa del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo dejó plasmado en los Hechos de los Apóstoles su obra de arte después de Pentecostés: la comunidad primitiva de Jerusalén. Para ser cristianos de veras debemos ser como los primeros cristianos; viven la total comunión en la palabra, en la eucaristía, en la oración, en la koinonía que es comunión con el cielo y la tierra, comunión de bienes espirituales y materiales. Los primeros padres decían he aquí la Santa Koinonía, la Iglesia que vive como vive la Trinidad.

El Papa nos habla en el 2º. Capítulo de Ecclesia de Eucaristía de todo eso. Nos habla de la inspiración conciliar que tiene el binomio Ecclesia Eucaristía.

No se podrá formar una verdadera comunidad eucarística si no tiene como culmen la celebración de la Eucaristía; crea una socialidad eucarística, una comunión de bienes, un preocuparse de los hermanos; por eso Iglesia y Eucaristía van juntas.

Escenario de la Institución: Cenáculo con los 12 apóstoles, Iglesia comunión Iglesia banquete, Iglesia cenáculo. Los une en su Cuerpo y Sangre. La imagen de la Iglesia es el Cenáculo. Cada vez que celebramos la Eucaristía y hacemos Cenáculo, hacemos el momento recapitulador de la vida de Cristo.

Por el sacrificio realizado se instituye la Iglesia en Cristo al derramar la sangre y del agua.

A través de la Eucaristía se realiza el don de la amistad. El sacramento de la Eucaristía. Jesús resucitado nos comunica su Espíritu; en cada Eucaristía hay un Pentecostés. Por eso la Iglesia, por la Eucaristía está llamada a ser Misión.

La Eucaristía está en el centro de la Eclesiología de comunión y de Misión. Nos hace uno en la Iglesia para ser uno en toda la humanidad. Que la Iglesia sea Eucaristía para el mundo. No toda la obra de la santidad de la Iglesia depende de nuestro esfuerzo; pero llega el Espíritu a través de nuestro sacrificio, del optimismo; por eso vivamos con gozo este misterio eucarístico.

Comunicado a todos los Consejos Diocesanos de Laicos

Dimensión Episcopal para los Laicos (DELA)

Conferencia del Episcopado Mexicano



Estimado Padre Fernando Muñoz Aguilar.

Reciban un saludo desde la Diócesis de Cuernavaca, sede del Encuentro Nacional de Consejos Diocesanos de Laicos, llevado a cabo durante los días 4 al 6 de abril del año en curso y en la que estuvieron representadas 29 Diócesis de todo el país, donde se trataron temas de interés nacional en orden a la animación y promoción del ser y quehacer del laico en la Iglesia y en el mundo.

Durante estos días de trabajo y reflexión en la que se compartieron experiencias de éxito y se abordaron los retos del laicado en el México de hoy, también se analizaron temas de carácter nacional como el tema del «Derecho a la Vida desde la concepción y en todas sus etapas», y después de compartir las experiencias de las distintas Diócesis promovidas, encabezadas y animadas por los Consejos Diocesanos de Laicos y distintos organismos laicales, se acordó el realizar para el DOMINGO 25 DE MAYO DEL 2008, MANIFESTACIONES PÚBLICAS A FAVOR DE LA VIDA A TRAVÉS DE TODOS LOS MEDIOS POSIBLES, en comunión y comunicación con el Obispo de cada Diócesis.

Estas manifestaciones deberán ser animadas, organizadas y encabezadas por los Consejos Diocesanos de Laicos o Laicos organizados de cada Diócesis, buscando siempre el provocar la reflexión sobre el tema de la vida dando argumentos jurídicos, médicos, sociales y sociológicos, entre otras más que se consideren oportunos.

El objetivo de esta fecha es que desde todos los rincones del país los laicos organizados podamos manifestarnos pública y abiertamente a través de: marchas, desplegados en prensa escrita, en las Editoriales de los periódicos Diocesanos, carteles, lonas, mantas, espectaculares, medios de comunicación electrónica como Internet, televisión y radio, revistas, boletines, tarjetas, banderas y en todos los medios posibles, a favor de LA VIDA DESDE LA CONCEPCIÓN Y EN TODAS SUS ETAPAS, como un compromiso vivo y coherencia de vida entre lo que creemos y vivimos a diario, el maravilloso don de la vida desde la concepción y en todas sus etapas.

Es por ello que comunicamos y transmitidos a todos los Consejos Diocesanos de Laicos y Pastorales de Laicos del país, éste acuerdo que en el último Encuentro de Consejos Diocesanos de Laicos se asumió por todos lo presentes y se trasmite a todas las Diócesis para que los laicos organizados conforme a sus posibilidades e iniciativas, en comunicación y comunión con su Obispo, asuman y participen en ésta fecha en la defensa de la vida.

Sin más por el momento y agradeciendo confirmar de recibido, quedo a sus órdenes.

Atentamente:

Lic. Luis Mauricio Saldaña Ayala

Secretario Ejecutivo

ARGUMENTOS PARA LA DEFENSA DE LA VIDA

EN EL TEMA DE LAS ACCIONES DE INCONSTITUCIONALIDAD PROMOVIDAS POR LA CNDH Y PGR

ARGUMENTOS JURÍDICOS.

1. La Asamblea Legislativa del Distrito Federal, como cualquier otra autoridad ya sea del poder ejecutivo, legislativo o judicial, federal o local, carece de facultades para restringir o eliminar derechos humanos, por derivar éstos de la dignidad inherente al ser humano. Los derechos humanos, entre ellos el de la vida, son derechos imprescriptibles, irrenunciables e inembargables, anteriores al Estado, el cual únicamente debe reconocerlos y protegerlos en su legislación nacional e internacional, pero no los otorga. Tampoco dependen del reconocimiento social y, por lo tanto, no están sujetos a consensos. Es la persona la que hace las leyes no son las leyes las que crean a las personas.
2. La Constitución (en sus artículos 1, 4, 14, 16 y 22) reconoce garantías individuales, empezando por el irrestricto derecho a la vida, base de los demás derechos. En 2005 se abolió la pena de muerte, con lo cual la vida humana quedó garantizada en nuestra Constitución en forma absoluta. También la Constitución prohíbe la discriminación por cualquier causa (incluyendo la fase biológica en que se encuentre la persona).
3. El propio constituyente, al modificar los artículos 30, 32 y 37 constitucionales en materia de nacionalidad, reconoció la existencia legal de los concebidos y no nacidos al establecer que las disposiciones vigentes con anterioridad al decreto de reformas seguirían aplicándose a los nacidos o concebidos, con lo cual el constituyente les reconoce expresamente derechos constitucionales.
4. La Suprema Corte de Justicia de la Nación en las sentencias del 29 y 30 de enero de 2002 (Tesis Jurisprudenciales 13/02 y 14/02), en relación con la acción de inconstitucionalidad ejercida por las fracciones parlamentarias del PAN y el PVEM en la ALDF, reconoció que el producto de la concepción se encuentra protegido consti-

tucionalmente, con base en las garantías constitucionales de igualdad jurídica frente a la ley y el derecho a la vida inherente a todo ser humano (artículos 1, 14 y 22 constitucionales), sin el cual no cabe la existencia ni el disfrute de los demás derechos humanos. Dichas sentencias se fundan también en la Convención sobre los Derechos del Niño, el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos y en los derechos a la salud y al trabajo derivados de los artículos 4 y 123, apartado A, fracciones V y XV y B fracción XI, inciso c y fracción XV de la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos, los cuales incorporan al producto de la concepción.

5. Conforme al artículo 133 de la Constitución y su interpretación jurisprudencial más reciente, los tratados internacionales, suscritos por el Presidente de la República y ratificados por el Senado de la República, están por encima de las leyes ordinarias, tales el Código Penal del Distrito Federal y la Ley de Salud del Distrito Federal. Éstos son obligatorios para los poderes públicos y para los gobernados. México ha suscrito muchos de ellos en los que se protege el derecho a la vida (Declaración Americana de los Derechos y Deberes del Hombre; Declaración Universal de los Derechos Humanos; Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos; Convención Americana de Derechos Humanos, entre otros).

ARGUMENTOS MÉDICOS

1. La vida se inicia con la fecundación del óvulo, momento a partir del cual el embrión cuenta con su propio código genético, diferente al de sus padres.
2. El código genético del concebido cuenta con toda la información necesaria para su propio desarrollo.
3. Nada sucede a lo largo de la gestación que modifique o complemente la esencia del conce-

bido, salvo aquello que la madre le proporciona para su supervivencia.

4. Como cualquier otra intervención quirúrgica, el aborto implica un peligro para la mujer, aún durante las primeras semanas de embarazo.
5. Las cualidades accidentales (el embrión no piensa, no siente, le falta desarrollarse, depende de su madre) no afectan la condición de ser humano del concebido, y en cuanto tal no debe sufrir discriminación alguna. La dignidad de la persona no se basa en su raza, color, edad, estado de salud, o nivel socio-económico, sino en lo que ES.

ARGUMENTOS SOCIALES

1. Con el aborto, no sólo no se combate la discriminación y la violencia sino que se acentúa. ¿Existe una discriminación mayor que la de privar de la vida a quien no tiene culpa alguna ni se puede defender? Y ¿No supone una violencia hacia la mujer ir en contra de el funcionamiento normal de su organismo, que tiende a proteger y conservar a aquel que lleva en el vientre, arrancándolo intencionalmente?
2. Se contraviene el principio de paternidad responsable al excluir al hombre de la problemática del embarazo. ¿Dónde quedan los derechos y las responsabilidades del padre?
3. Resulta absurdo e injusto que la legislación busque proteger la vida del concebido que cuenta con 85 días de gestación y que deje en desamparo a aquél que cuenta con 84 días de gestación, como si entre uno y otro hubiera una diferencia cualitativa.
4. El derecho a decidir sobre la procreación pertenece a la pareja, no sólo a la mujer y mucho menos al Estado.
5. Se ha comprobado que si el aborto se legaliza, aumenta 10 ó 15 veces más como sucedió en los Estados Unidos y Francia.

ARGUMENTOS SOCIOLÓGICOS

1. La ley del aborto es discriminatoria, ya que permite eliminar la vida de un ser humano en función de su edad y por la conveniencia de otra.
2. Eliminar a los humanos concebidos agudizará el problema del envejecimiento poblacional, que

es ya inminente, puesto que se elimina una importante fuerza de producción de bienes y servicios para el futuro próximo.

3. La ley del aborto agudizará en los próximos años el bajo índice de crecimiento poblacional que ya hay en nuestro País, generando graves problemas para los sistemas de pensiones y jubilaciones tanto del Seguro Social como del ISSSTE.
4. El desprecio de la vida del humano concebido en su primera etapa de desarrollo, envía un mensaje negativo a la población: «no toda vida humana tiene valor». Este mensaje propicia el considerar que hay seres humanos que no deberían vivir. Fomenta el considerar a la muerte, como «solución» a diversos problemas y promueve la violencia, el homicidio y el suicidio. Además presenta, la muerte de un individuo como «derecho» de otro(s), lo que es un error gravísimo.
5. Fortalece la homofobia, por la que una persona, que no es del agrado de un sujeto, es considerada innecesaria u estorbosa y por lo tanto merecedora de una muerte pronta.

ARGUMENTOS POLITICOS.-

1. La política es el arte del bien común; los políticos son nuestros representantes y portavoces, que tienen o debiesen tener la obligación de contribuir con su actuar en la construcción del bien común.
2. El bien común no es otra cosa que aquello que es bueno a todos y que nos ayuda a lograr nuestros fines. El fin último del hombre es trascender y sólo se trasciende en la medida en que se es ser humano.
3. En este orden de ideas, los partidos políticos, formados por políticos, hombres y mujeres que desde el ámbito de la política tienen una misión, hacen ofertas políticas, presentan plataformas y promesas de campaña que se comprometen transformar en leyes y políticas públicas en el momento en que, con el voto ciudadano, sean electos.
4. Una razón política para defender la vida es que a ninguno de los partidos políticos les hemos dado la potestad para matar, en nuestro sistema político, la pena de muerte está abolida. El aborto es muerte y a ninguno de los políticos los hemos autorizado para que maten.

Hora Santa por los Agentes Laicos

INTRODUCCIÓN: *Nuestro encuentro con Jesucristo Sacramentado, quiere ser, ante todo, una acción de gracias por el trabajo evangelizador de tantos hermanos nuestros que han hecho posible que el Reino de Dios se haya sembrado en esta tierra roja, y hoy esté dando frutos de salvación.*

Animados por nuestra fe y por nuestro amor a Jesús, Buen Pastor, presente en la Eucaristía, también queremos pedirle, que siga acrecentando el trabajo pastoral de nuestra Diócesis, con la mística y la guía del cuarto plan pastoral, y que a nuestros agentes laicos, los bendiga, sostenga y acompañe siempre, en todas sus acciones.

ORACIÓN INICIAL:

Padre mío, me abandono en Ti, haz de mí lo que te agrade. Sea lo que sea, te doy gracias; estoy dispuesto a todo, lo quiero todo y lo acepto todo, con tal de que se cumpla siempre en mí tu santa voluntad, en mí y en todas tus criaturas, no deseo otra cosa, Dios mío.

Pongo mi vida entre tus manos, te la doy, Dios mío, con todo el amor de mi corazón, haz con ella lo que tu quieras. Porque te amo y es una necesidad de mi amor darme, ponerme en tus manos, sin medida, con una confianza infinita y un abandono total, porque eres mi Padre y porque te amo. *Así sea.*

Canto: *Yo creo Jesús mío...*

PRIMERA PARTE

HISTORIA DE NUESTRA FE

L. Gracias mi Jesús Sacramentado, porque en las mártires Josefa Parra y Coleta Meléndez, mártires de Degollado, dignificaste el apostalado de la mujer alteña.

T. Agradecemos Señor ante todo, el trabajo incansable de Fray Antonio de Segovia, Fray Miguel de Bolonia, Fray Juan de Badía y Fray Martín de Jesús.

L. Porque fueron los primeros evangelizadores que reverentemente pronunciaron por vez primera tu nombre en este suelo y bautizaron

a nuestros antepasados en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo para hacerlos herederos del cielo.

T. Reconocemos y veneramos a la Virgen María, Madre tuya y Madre nuestra, bajo la preciosa advocación de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos.

L. Por la gran importancia que ha tenido en la vida religiosa de nuestros pueblos y porque es signo de tu amor maternal entre nosotros, lazo de unidad y vínculo de fraternidad.

T. Nuestro pueblo, Señor Jesús, te ha reconocido vivo presente en la Eucaristía.



L. Gracias porque en ella te hemos sentido muy cerca y has alimentado la fe sencilla de tantos hombres y mujeres en estos pueblos alteños.

T. Bendito seas Jesús, porque cuando llegaron los momentos difíciles, que intentaban borrar tu nombre, tu reinado y acabar con nuestra fe.

L. Surgieron cristianos valientes que sin miedo confesaron su fe en Tí. Como el obispo Francisco Orozco y Jiménez.

T. Soberano Señor Sacramentado, te agradecemos el empeño y la valentía de tantos laicos que amaron tanto su fe que no temieron la muerte y la llevaron hasta sus últimas consecuencias.

L. Como el beato Anacleto González Flores y compañeros mártires, que con arrojo y generosidad, abrieron el surco con su palabra, lo sembraron con su testimonio y lo fecundaron con su sangre.

T. La mujer de nuestra tierra, defendió su dignidad, mostrando una fidelidad inquebrantable de amor a Tí y a la Iglesia.

L. Bendito y Alabado seas mi Señor, porque nuestros padres y abuelos, gallardamente defendieron su fe de un gobierno tirano y opresor gritando valientemente:

T. ¡"Viva Cristo Rey!" "¡Viva Santa María de Guadalupe!"

L. Bendito y Alabado seas mi Jesús, que estas presente en la Eucaristía, porque nuestro pueblo se ha distinguido por su profunda piedad, su gran religiosidad y su manera de vivirla.

T. Porque muchos expusieron su vida, otros murieron por ser fieles a la fe cristiana y a

sus pastores, por defender y no entregar a sus ministros, muchos de estos mártires siguen guardando silencio.

L. Señor, hoy nos alegramos contigo y nos llenamos de esperanza por tener estos testigos tan insignes de nuestra fe, que ahora están contigo contemplando la hermosura de tu inmensa gloria.

T. Unidos a ellos y con su ayuda e intercesión, concede a nuestra Diócesis un inmenso ejercito de agentes laicos que te alaban a diario con el canto de su testimonio.

L. Jesús, Buen Pastor, gracias porque la sangre de nuestros mártires, sacerdotes y laicos, es para nosotros...

T. El orgullo de nuestra fe, la alegría de nuestros pueblos, esperanza segura de inmortalidad, intercesores ante el trono de Dios y el fruto más exquisito que te hemos tributado para que seas alabado y ensalzado por los siglos de los siglos. *Amén.*

Canto: *Que viva mi Cristo...*

SEGUNDA PARTE

VOZ DE DIOS

L. «Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros? ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿El sufrimiento, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Porque estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni demonios, ni lo presente, ni lo futuro, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni cualquier otra creatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro». (Rm 8, 31-39).



- T. *Protege y ayuda, Señor, a tu pueblo.*
- L. Animados por tu palabra y el ejemplo de nuestros mártires: Román, Pedro, Toribio, Sabás, Julio y Tranquilino, queremos encomendarnos a Tí.
- T. *Protege y ayuda, Señor, a tu pueblo.*
- L. Ustedes que ya han recibido la corona inmortal, rueguen al Dueño de la mies para que nuestra tierra siga produciendo cristianos valerosos, agentes de pastoral comprometidos y santos.
- T. *Protege y ayuda, Señor, a tu pueblo.*
- L. Gracias Jesús Sacramentado, por la sangre de estos mártires, que ha sido en nuestra tierra semilla de cristianos, porque a consolidado nuestra fe y ha inflamado nuestro espíritu de amor por Tí.
- T. *Protege y ayuda, Señor, a tu pueblo.*
- L. Gracias Señor, por la sangre de los mártires, que ha enriquecido a nuestra Iglesia con abundantes vocaciones sacerdotales y religiosas, así como de muchos movimientos laicales.
- T. *Protege y ayuda, Señor, a tu pueblo.*
- L. Al reconocerte hoy como nuestro Rey y Señor, te encomendamos nuestros planes y proyectos, para que sea tu gracia quien transforme nuestras vidas.
- T. *Protege y ayuda, Señor, a tu pueblo.*

Canto: *Mi Jesús sacramentado...*

TERCERA PARTE

CANTEMOS AL AMOR

«Aunque hablara las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como campana que suena o platillo que retumba. Aunque tuviera el don de hablar de parte de Dios y conociera todos los misterios y toda la ciencia; y aunque mi fe fuera tan grande como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Aunque repartiera todos mis

bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve.

El amor es paciente y bondadoso; no tiene envidia ni orgullo, ni arrogancia. No es grosero ni egoísta, no se irrita ni es rencoroso; no se alegra de la injusticia, sino que encuentra su alegría en la verdad. Todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor nunca pasará. Terminará el don de hablar de parte de Dios, cesará el don de expresarse en un lenguaje misterioso, y desaparecerá también el don del conocimiento profundo. Porque ahora conocemos de modo imperfecto, lo mismo que es imperfecta nuestra capacidad de hablar de parte de Dios; pero cuando venga lo perfecto, desaparecerá lo imperfecto.



Cuando era niño, hablaba como niño, razonaba como niño y sentía como niño; al hacerme adulto, he dejado las cosas de niño. Ahora vemos por medio de un espejo y oscuramente; pero un día veremos cara a cara. Ahora conozco imperfectamente, pero un día conoceré como Dios mismo me conoce.

Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza, el amor, pero la más excelente de todas es el amor». (1Co 13, 1-13).

Canto: *Cantemos al amor de los amores...*

Cuarta parte

VOZ DE LA IGLESIA

L. «La vocación específica de los laicos, los coloca en el corazón del mundo y de la Iglesia, al frente de las tareas temporales». (GS 75)

*T. Señor, haz que seamos
tus discípulos misioneros.*

L. «Los laicos son hombres y mujeres del mundo en el corazón de la Iglesia, y hombres y mujeres de la Iglesia en el corazón del mundo». (DP 786)

*T. Señor, haz que seamos
tus discípulos misioneros.*

L. «Es necesaria la constante promoción integral del laicado, libre de todo clericalismo y sin reducción a lo 'intra' eclesial». (SD 97).

*T. Señor, haz que seamos
tus discípulos misioneros.*

L. «La Nueva Evangelización, no puede realizarse sin la colaboración de los laicos». (EAm 44)

*T. Señor, haz que seamos
tus discípulos misioneros.*

L. «Los laicos están llamados a participar en la Iglesia, primero, con su testimonio; y después, con su apostolado, según las necesidades locales y bajo la guía de sus pastores» (DA 211)

*T. Señor, haz que seamos
tus discípulos misioneros.*

L. «Los laicos necesitan, una sólida formación integral, en lo doctrinal, espiritual y pastoral; y un adecuado acompañamiento». (DA 212)

*T. Señor, haz que seamos
tus discípulos misioneros.*

L. «Reconocemos el valor y la riqueza de laicos en todos los niveles de Iglesia, porque favorecen la comunión y la participación 'ad intra', y su presencia activa 'ad extra'» (DA 215)

*T. Señor, haz que seamos
tus discípulos misioneros.*

L. «La Iglesia necesita laicos que no pierdan la conciencia de que sólo serán discípulos misioneros en comunión». (DA 324)

*T. Señor, haz que seamos
tus discípulos misioneros.*

Canto: *Altísimo, Señor...*

QUINTA PARTE

CONSAGRACIÓN A CRISTO

Dulcísimo Jesús, redentor del género humano, míranos humildemente postrados ante tu altar; tuyos somos y tuyos queremos ser, a fin de poder vivir más estrechamente unidos a Ti; todos y cada uno de nosotros, con lo que somos, tenemos y sabemos, nos consagramos hoy a tu Santísimo Corazón.

Muchos, por desgracia, jamás te han conocido, otros han despreciado tus mandamientos, y otros los han ignorado. ¡Oh, Jesús benignísimo, compadécete de unos y de otros, y haz que todos adoremos tu presencia sacramental y acatemos las leyes de tu Santo Corazón!

¡Oh, gran Señor, dueño de cielos y tierra, se el Rey, no sólo de tus hijos fieles, que jamás se han alejado de Ti, no sólo de los que te buscan con sincero corazón, sino también de los hijos pródigos que te han abandonado; haz que vuelvan pronto a la casa paterna, para que no se pierdan, ni mueran de hambre, de sed o de frío!

¡Se Rey también de aquellos, que por error, por ignorancia o por discordia, viven separados de Ti, devuélvelos al puerto de la verdad y a la unidad de la fe, para que pronto se forme un solo rebaño bajo la guía de un solo Pastor!

Concede, oh Señor, libertad segura a tu Iglesia, a los pueblos tranquilidad en el orden, y a nosotros tu paz verdadera; haz que de un rincón al otro de la tierra, resuene siempre y únicamente esta voz: ¡Alabado sea el Corazón Divino de Jesús, causa de nuestra salud, a el todo honor y toda gloria por los siglos de los siglos! Amén, amén, amén.

Canto: *Jesús, Hostia Santa...*

Siete Hábitos diarios para alcanzar la Santidad

I. INTRODUCCIÓN

Nadie nace santo. Se consigue la santidad con mucho esfuerzo, pero sobre todo con la ayuda y la gracia de Dios. Todos, sin exclusión, estamos llamados a reproducir en sí mismos la vida y ejemplo de Jesucristo, caminar detrás de sus huellas.

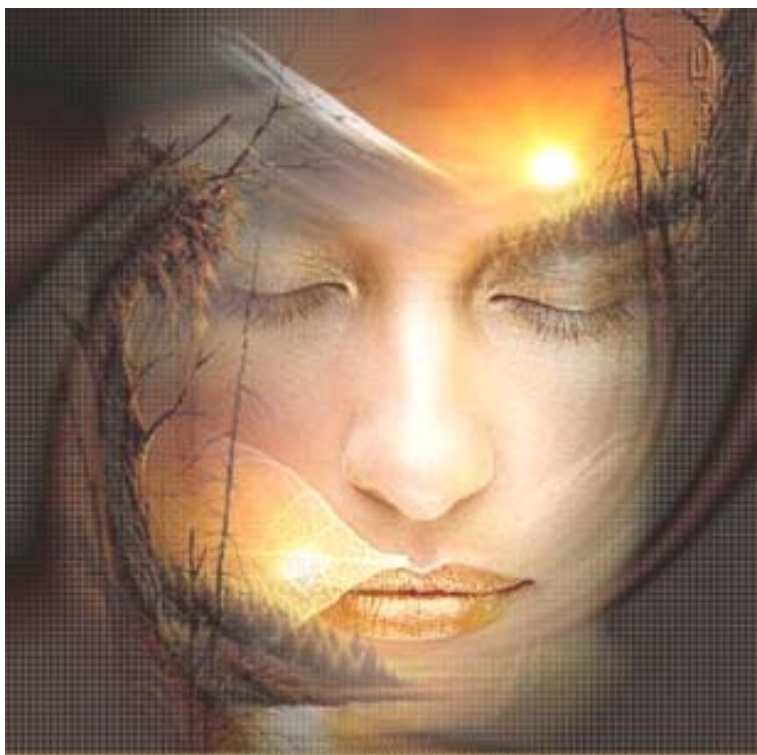
Aceptar de corazón uno de los puntos clave del Concilio Vaticano II: la importancia de la doctrina llamada universal a la santidad y también conocer que Jesús es el único camino a la santidad. El secreto de la santidad es la oración constante, la cual puede ser definida como el continuo contacto con el Padre, en el Hijo, por el Espíritu Santo.

Hay varios caminos para llegar a conocer a Jesús. Si quieres llegar a conocer, amar y servir a Jesús de la misma forma que aprendes a amar y enamorarte de otras personas, hay que pasar un tiempo considerable con él en forma regular y, en este caso básicamente todos los días.

La santificación es un trabajo de toda la vida y requiere nuestro determinado esfuerzo para cooperar con la gracia santificante de Dios que viene por medio de los Sacramentos.

Estos son los principales medios para alcanzar la santidad. Si eres una persona que quiere llevar a Cristo a otros a través de la amistad, estos son instrumentos con los cuales almacenarás la energía espiritual que te permitirá hacerlo. La acción apostólica sin los sacramentos se volverá ineficaz. Puedes estar seguro que los santos incorporaron por uno u otro camino, todos estos hábitos en su vida diaria. Tu objetivo es ser como ellos,

contemplativo en medio del mundo, este el papel de todo bautizado.



II. ANTES DE COMENZAR

1. Recuerda que el crecimiento en estos hábitos diarios son como una dieta o programa de ejercicio físico, es un trabajo de proceso gradual. No esperes incorporar los siete o aún dos o tres de ellos en tu agenda diaria inmediatamente. No

puedes correr una carrera de cinco kilómetros si antes no te has entrenado. La prisa te llevará al fracaso, y Dios quiera que tengas éxito tanto en tu ritmo como en el Suyo. Debes trabajar cercanamente con tu director espiritual y gradualmente incorporar hábitos a tu vida en el período de tiempo que corresponda a tu particular situación. Pue-

de ser el caso que por las circunstancias de tu vida se requiera modificación de alguno de los siete hábitos.

2. Al mismo tiempo tú debes hacer el firme propósito, con la ayuda del Espíritu Santo y tus especiales intercesores, para hacer de ellos la prioridad de tu vida *-más importante que comer, dormir, trabajar y descansar-*. Quiero aclararte que estos hábitos no se pueden adquirir a las corridas. Ese no es el modo en que nosotros queremos tratar a los que amamos. Ellos deben hacerse cuando estemos más atentos durante el día en un lugar en silencio y sin distracciones; donde sea fácil ponerse en presencia de Dios y estar con Él. Después de todo, ¿no es más importante nuestra vida eterna, que nuestra vida temporal?
3. Quiero dejar en claro que vivir los hábitos no es pérdida de tiempo. No estas perdiendo el tiempo, en realidad lo ganas. Nunca conocerás una persona que viva todos ellos diariamente, que sea menos productiva como trabajador o peor esposo o que tenga menos tiempo para sus amigos o no pueda cultivar su vida intelectual. Todo lo contrario, Dios siempre recompensa a los que lo ponen a Él primero. Nuestro Señor multiplicará asombrosamente tu tiempo como multiplicó los panes y los peces y dio de comer a la multitud hasta saciarse. Puedes estar seguro de que el Papa Juan Pablo II, la Madre Teresa o san Maximiliano Kolbe y todos los demás santos, rezan o han rezado mucho más que la hora y media que se sugiere en estos hábitos repartidos a lo largo del día.

III. LOS SIETE HáBITOS

1. **El primer hábito es el ofrecimiento del día por la mañana;** cuando de rodillas y, utilizando tus propias palabras o una fórmula, ofreces todo tu día a la gloria de Dios. Lo que no es simple es lo que sucederá antes del ofrecimiento. *“Véncete cada día desde el primer momento, levantándote en punto, a la hora fija, sin conceder ni un momento a la pereza”*.
Si con la ayuda de Dios te vences, tendrás mucho adelantado para el resto de la jornada. Quien puede vivir el *“minuto heroico”* en la mañana, tiene la energía física y espiritual a lo largo del día para dejar lo que este haciendo para cumplir los otros hábitos.
2. **El segundo hábito es por lo menos quince minutos de oración en silencio.** Puedes agregar otros quince minutos extras en otro momento del día. Después de todo, ¿Quién no desea pasar más tiempo con tan excelente compañía? La oración es una conversación uno a uno, directa con Jesucristo, preferentemente frente al Santísimo Sacramento en el Sagrario. Esta es tu hora de la verdad o tu momento superior. Si lo deseas puedes abrirte y hablar acerca de lo que está en tu mente y en tu corazón.
Al mismo tiempo adquirirás el hábito de escuchar cuidadosamente y meditar como María para ver qué es lo que Jesús te está pidiendo y qué te quiere dar. Es aquí que nosotros comprendemos su dicho: *“Sin Mí, nada pueden hacer”*.
3. **El tercer hábito son quince minutos de lectura espiritual** que usualmente consistirá en unos pocos minutos de sistemática lectura del Nuevo Testamento, para identificarnos con la Palabra y acciones de nuestro Salvador. El resto del tiempo en un libro clásico de espiritualidad católica recomendado por tu director espiritual.
En cierto sentido, es el más práctico de nuestros hábitos porque a través de los años leeremos varias veces la vida de Cristo y adquiriremos la sabiduría de los santos y de la Iglesia, junto con la lectura de docenas de libros, los cuales enriquecen nuestro intelecto. También podremos poner las ideas allí expresadas en acción.
4. **El cuarto hábito es participar en la Santa Misa y recibir la Santa Comunión en esta-**

do de gracia. Este es el hábito más importante de todos los siete. Ella debe estar muy en el centro de nuestra vida interior y consecuentemente en nuestro día.

Este es el acto más íntimo, posible del hombre.

Encontramos a Cristo vivo, participamos en la renovación de Su sacrificio por nosotros y nos unimos a su cuerpo y alma resucitado. Como el papa Juan Pablo II dijo: *“La Eucaristía es el centro viviente alrededor del cual la Iglesia se congrega”*.

5. El quinto hábito es rezar cada día al mediodía el Angelus o Regina Coeli invocando a Nuestra Santísima Madre de acuerdo al tiempo litúrgico. Esta es una costumbre católica que se remonta a muchos siglos. Este es un hermoso modo de honrar a Nuestra Señora por un momento.

Como niños recordamos a Nuestra Madre durante el día y meditamos sobre la Encarnación y Resurrección de Nuestro Señor, el cual da sentido a toda nuestra existencia.

6. El sexto hábito también es Mariano. El rezo del Santo Rosario cada día y la meditación de los misterios, los cuales versan sobre la vida de Nuestro Señor y Nuestra Señora. Es un hábito que, una vez adquirido es difícil abandonar.

Junto con la repetición de las palabras de amor a María y el ofrecimiento de cada decena por nuestras intenciones, nosotros tomamos un camino corto hacia Jesús el cual pasa a través del corazón de María. *‘Él no puede rechazar nada de Ella’*.

7. El séptimo hábito es un breve examen de conciencia por la noche antes de ir a la cama. Te sientas, pides su luz al Espíritu Santo, y por varios minutos revisas tu día en presencia de Dios preguntándote si te has comportado como un hijo de Dios en el hogar, en el grupo, en la escuela, en el trabajo, con tus amigos. También miras una particular área, la cual tu tienes identificada con ayuda de tu director espiritual, quien cono-

ce tus necesidades para mejorar y llegar a la santidad.

También puedes hacer una rápida mirada para ver si has sido fiel en los hábitos diarios. Luego haces un acto de gratitud por todo lo bueno que has hecho y recibido, y un acto de contricción por aquellos aspectos en los que voluntariamente has fallado.

IV. CONCLUSIÓN

Si una persona honestamente mirase su día, no importa cuán ocupado esté, puede frecuentemente encontrar que usualmente malgasta un poco de su tiempo cada día. Pien- sa, ¿qué necesidad hay de una taza de café extra cuando puedes usar ese tiempo para visitar el Santísimo Sacramento, quince minutos antes de comenzar el trabajo? O la media hora o mucho más, gastada mirando televisión. También es común, gastar tiempo escuchando la radio, cuando puede ser usado para rezar el Rosario.

¿Y esa comida no podría hacerse en media hora dejando espacio para la Misa? No olvides que esta media hora es tiempo mal gastado cuando al final del día podrías haberla usado para una buena lectura espiritual, examinar tu conciencia e ir a la cama a tiempo para recuperar energías para las batallas del día siguiente.

Estos hábitos, vividos bien, nos capacitan para obedecer la segunda parte del gran mandamiento: *‘amar a los demás como a nosotros mismos’*. Estamos en la tierra como estuvo el Señor *“para servir y no para ser servido”*. Esto sólo puede ser alcanzado junto a nuestra gradual transformación en otro Cristo a través de la oración y los sacramentos. Viviendo estos siete hábitos llegaremos a ser personas santas y apostólicas, gracias a Dios. Ten por seguro que, cuando caigamos en algo grande o pequeño, siempre tendremos un Padre que nos ama y espera en el Sacramento de la Penitencia y de la devota ayuda de nuestro director o consejero espiritual para que volvamos al camino correcto.

Pablo de Tarso

EL APOSTOL MISIONERO



El próximo 28 de junio se abrirá oficialmente el AÑO PAULINO que ha deseado el Papa Benedicto XVI para recordar el bimilenario del nacimiento del APOSTOL DE LAS GENTES.

Para nosotros, peregrinos en este mundo, siguiendo la voz del Evangelio, es una ocasión maravillosa de tener un acercamiento a la vida y escritos de San Pablo, aunado al conocimiento de los viajes realizados por el hombre nacido en Tarso y educado en la ciudad de Jerusalén, llevando el mensaje de Jesucristo Resucitado de la ciudad santa a Damasco, Antioquía, Éfeso, Cipro, Atenas, la isla de Malta y Roma (por citar algunos lugares).

Pero, principalmente es ocasión para confrontarnos con aquel que puede ser el prototipo de cristiano, quien sin conocer al Jesús histórico, tuvo la gran experiencia de Jesús Resucitado (Hch 9,3-9). Pablo, hombre judío nacido en una ciudad cosmopolita (Tarso) que se encuentra hoy en la actual Turquía oriental, joven educado bajo el cuidado del Rabino Gamaliel, tuvo la valentía de predicar el Evangelio y llevar la Palabra a los paganos. Descubrimos que era un muchacho inquieto que hablaba de acuerdo a las necesidades de su auditorio (Hch 22).

Recibe la particular misión de llevar la Palabra de Dios a todos los hombres, con el ímpetu que le caracterizaba, haciendo salir la Palabra de la zona de Jerusalén y la ley de Sión, como había anunciado el profeta Miqueas (4,2).

En Roma, en la basílica de San Pablo, se conserva el sarcófago que, según los expertos y por tradición, contiene los restos del apóstol. Ahora en este año 2008, se le dedicará un tiempo de estudio a su mensaje *en Damasco*, donde surge el Memorial de la conversión, *en Jerusalén*, donde el apóstol fue instruido en la ley y los profetas, en *Tarso* donde se narra el nacimiento de Pablo. En todos estos lugares tendrán lugar eventos de estudio de la persona y escritos del apóstol.



En nuestra diócesis que camina con fe al encuentro del Resucitado día a día, podemos realizar algunos eventos para profundizar el testimonio de fe que nos ha dejado el apóstol Pablo tanto en sus escritos, como en su tenacidad por anunciar el Evangelio desgastando la propia vida para dar a conocer y hacer que otros experimenten lo que 'el en carne propia vivió.

LA EDUCACION QUE RECIBIO PABLO.

Es necesario comenzar diciendo que Pablo se debe enmarcar en un ambiente judío-helenístico para poder entender muchas de las expresiones de su pensamiento. Por lo tanto en este año es imprescindible conocer la corriente judío-cristiana de los orígenes de la Iglesia (es decir, aquella de Pedro, de Santiago, de Juan el hijo de Zebedeo).

Cuando se trata de describir la vida de Pablo, muchos autores prefieren utilizar las cartas de Pablo, en vez de usar el libro de los Hechos de los Apóstoles que es atribuido a Lucas. Pero el mis-

mo Lucas, siendo compañero de viaje de Pablo no ha traicionado el pensamiento de su maestro, por lo que una bella biografía la podemos encontrar en el libro de los Hechos de los Apóstoles.

Es necesario dejar claro que Pablo no es el inventor del cristianismo, como algunos intelectuales polémicos suelen decir. Mas bien, ha entendido por propia experiencia (Hch 9), que el Resucitado es capaz de hacer de dos pueblos (judíos y gentiles) un solo pueblo de hijos de Dios. Se escucha decir en boca de Pablo: «yo soy un judío de Tarso» (Hch 21,39). Importante el dato porque precisamente en Tarso es donde Marco Antonio el amo y señor de Oriente ha tenido su primer encuentro con Cleopatra, la reina de Egipto, (narra el geógrafo Strabone). Todo esto para indicarnos que los habitantes de esta ciudad natal del apóstol amaban la cultura, la ciencia y la filosofía, por lo que, según los historiadores, Tarso se convierte en una ciudad de profesores.



Pablo reconoce que ha sido beneficiado por una doble cultura: nacido en Tarso aproximadamente el año 5 d.C. (se discute entre el 1 y el 10 d.C.) en una familia acomodada, ciudadano romano por nacimiento, por lo que tendrá la facilidad para llevar el nombre de Dios a los de su

propia raza y también a los habitantes de Roma. De su formación griega 'el ha heredado una gran riqueza de vocabulario, una fineza de expresiones y el gusto por la dialéctica. Todavía la filosofía no le interesa a Pablo, aunque no desconoce de las corrientes filosóficas de su tiempo, prefiere especializarse en el estudio de la literatura judía, con la finalidad de convertirse en Rabino.

Pues desde la edad de 5 años estudia la Biblia (el llamado Antiguo Testamento), ya que la escuela era obligatoria para los niños, desde que el sumo sacerdote Simón ben Shetah lo había decidido el año 75 a.C. José Ben Gamla había puesto como obligatorio la designación de un maestro de escuela en cada ciudad y en cada comunidad rural, en donde se enseñará la Torah y los Profetas.

Comienzos de su estudio bajo la autoridad del Rabino.

Pablo parte hacia Jerusalén a la edad de 10 años para estudiar la Ley Oral a los pies del fariseo Gamaliel. La expresión «a los pies» tiene un preciso significado: los estudiantes se acomodaban en semicírculo en el suelo, a los pies del maestro como lo hacían los griegos en Atenas en los tiempos de Sócrates. Así los alumnos tenían la libertad de elegir a su maestro, pero (según el tratado de la MISHNA ABOT 5,24) precisamente a la edad de 10 años los jóvenes judíos inician el estudio de la MISHNA y a la edad de 15 años comienzan con el estudio del TALMUD. Así, cuando Pablo llega a Jerusalén, Jesús vivía su etapa de silencio, los llamados años oscuros de Jesús en Nazaret, bajo la protección de María y José.

Gamaliel era un maestro fariseo (los fariseos eran divididos en dos escuelas: aquella llamada Shammai, conocidos por su intransigencia y su carácter vulnerable e iracundo y la otra llamada de Hillel que repetía: «sean los imitadores de Aarón que amaba la paz y a los hombres haciéndolos hermanos con el estudio de la Ley»).

Influencias de su pensamiento (la teología que aprendió).

La resurrección de los muertos era una de las profundas certezas que circulaban en el pensamiento fariseo. Gamaliel tenía subrayado los textos bíblicos que portaban la inmortalidad del alma, quien creía en la intervención divina en la historia del mundo, pero insistía sobre la libertad y la responsabilidad del hombre. A los pies de Gamaliel, Pablo aprende de memoria la Ley escrita y la Ley oral porque, las dos, se remontan a Moisés y tienen la misma autoridad. Es, por lo tanto, necesario analizar el texto escrito de Pablo (sus cartas) para comprender el profundo significado histórico y teológico para así encontrar las aplicaciones actuales en nuestra cultura. La tarea exegética en tiempos de Pablo se hacía en dos direcciones: a) comúnmente se convertía en una jurisprudencia, es decir, readaptar las normas jurídicas del Pentateuco (Halaka) b) interpretar las partes narrativas de la Escritura con un fin educativo y edificante (aggada). Pablo aplicará estos dos métodos cuando lee y reinterpretar la Biblia.



La profundización en el estudio de la literatura y religión judía exigían mucho empeño (cosa que todavía hacen los rabinos judíos), ya que aprendían de memoria y salmodiaban en manera rítmica las sentencias y las interpretaciones de los maestros,

ayudando el aprendizaje hasta de los movimientos gestuales. En fin, múltiples interrogaciones pedagógicas que recordaban el método socrático, siendo parte integrante del mismo estudio.



De su formación rabínica Pablo ha conservado sobre todo la fe del DIOS 'UNICO y el rol central de la Escritura. El SHEMA ISRAEL, rezado tres veces al día, enseñaba que Dios es UNO. La Palabra de Dios era la clave de interpretación de cada razonamiento. Hagamos un ejercicio de lo antes mencionado leyendo los escritos paulinos y veremos que cualquier tema que trata Pablo, cualquier problema de cualquier 'índole, lo hace recurriendo constantemente a la misma Sagrada Escritura: *«el primer Adán, el nuevo Adán, la justificación de Abraham por medio de la fe, Sara y Agar, el 'éxodo, el bautismo de los padre en la nube y el don de una comida espiritual»*, estos son algunos ejemplos entre tantos otros que podemos encontrar. Por lo que el método de la lectura de la Escritura no es otro que aquel de los rabinos.

El Apóstol Misionero

(DE LAS GENTES)

VISION GENERAL

Pablo en Jerusalén

Estando en Jerusalén, Pablo frecuentaba la sinagoga de los libertos cada sábado, porque era el lugar donde se reunían los judíos originarios de la Cilicia (Hch 6,9). Probablemente ahí se hacían las lecturas en griego, se recitaba el Shema Israel y las bendiciones.

Cuando Pablo entro en la Yeshiva (escuela) de Gamaliel, el emperador Tiberio reinaba en Roma y Poncio Pilato fue designado como prefecto de Judea el año 26 d.C. y el sumo sacerdote era Caifas. Juan Bautista iniciaba su ministerio en el valle del Jordán. Así era como Pablo seguía con sus estudios en la profundización de la Sagrada Escritura, reconociendo que Dios era el Totalmente Otro, aquel que no se puede representar con imagen alguna.

Es entonces que escucha por boca de los judíos creyentes en Jesús afirmar que era el Hijo de Dios, se convence que decir eso es cometer un grande sacrilegio, por lo que comienza la persecución contra quien afirmaba que Jesús era Hijo de Dios, de hecho recordamos que Pablo fue testigo del martirio de Esteban (Hch 8). Su carácter no le permitía ser un testigo silencioso, sentía la necesidad de intervenir para terminar con la secta de los cristianos.

Pablo pone manos a la obra atacando la comunidad cristiana revisando de casa en casa llevando a la cárcel a hombres y mujeres (Hch 8,3), porque el celo de la casa del Señor lo devoraba, porque para el era inaceptable admitir un Mesías que ha sido martirizado y crucificado como un esclavo, el esperaba al hijo de David glorioso (los judíos hasta la fecha tienen tal creencia).

La conversión de Pablo

Tres versiones relativamente idénticas de su conversión aparecen en el libro de los Hechos de los Apóstoles, donde el mismo Pablo hará referencia en sus cartas como la experiencia fundante.

a) En Hch 9 se afirma que Pablo se presentó ante el sumo sacerdote pidiéndole cartas para las sinagogas de Damasco, con la finalidad de encadenar y llevar a Jerusalén a los miembros de la secta cristiana. Pero de camino a Damasco, una luz venida del cielo lo rodeo, escucho una voz que le decía: Saulo, Saulo, por que me persigues?. La experiencia fue decisiva en esa iluminación. La teofanía sinaitica se caracterizaba ya por la escucha y la visión (Ex 19,19).

b) En Hch 22 una segunda narración es puesta en boca del mismo Pablo: «mis compañeros vieron la luz, pero no escucharon la voz del que me hablaba» (Hch 22,9). Estos testimonios pueden testimoniar la verdad de los hechos ocurridos a Pablo. Recordemos que la visión y la escucha son parte fundamental en la vocación de los profetas.

c) El texto de Hch 26 se refiere a la defensa de Pablo ante el rey Agripa II, en el tribunal del procurador Festo, donde fue invitado a defenderse. Aquí el evoco las principales etapas de su vida, en particular su conversión de camino a Damasco diciendo que Jesús se le había aparecido para constituirlo servidor y testigo de lo que ha visto como de aquellas que Jesús le manifestara (Hch 26,14ss). Pablo, como Jeremías, es enviado a llevar el nombre de Dios a las naciones.

En la Carta a los Galatas, regresa a su experiencia; «aquel que me separo desde el seno de mi madre y me llamo por su gracia, tuve a bien revelar a su Hijo, para que lo anunciara entre los paganos» (Ga 1,15-16). Así, vemos que se siente responsable de ser llamado como los otros apóstoles.

Después de la experiencia del Resucitado.

Esa experiencia que ha tenido de Jesús resucitado, la que ha cambiado su vida, se traducirá en la firma de sus cartas; «*Pablo, apóstol de Jesucristo*». Por lo que antes de tal encuentro fundante, Pablo tenía la habitud de recitar cada mañana (como todo judío) la oración: «Bendito eres tu Señor que me has

creado judío y no pagano, hombre libre y no esclavo, hombre y no mujer». Después de la experiencia de Damasco repetía: «ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos ustedes son uno en Cristo» (Gal 3,28). Vemos que la relación con Dios y con los demás no fue el mismo que antes.

Pablo ha visto al Resucitado, al Cristo y ha comprendido que persiguiendo a los discípulos de Cristo, es al mismo Cristo al que perseguía, por lo que la identificación entre Cristo y la Iglesia tendrá un rol primario en su teología del Cuerpo Místico de Cristo. El kerigma que proclamara se puede resumir en estos términos: Cristo ha muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación.

Es del mismo Cristo que Pablo ha recibido la llamada al conocimiento del misterio de Dios. Después de la experiencia del camino a Damasco, por tres días, como Cristo en la tumba, Pablo permanece tres días sin ver, sin comer y sin beber (Hch 9,9), donde pasara de las tinieblas a la luz. Ananás, un cristiano de Damasco, fue a imponerle las manos a Pablo, donde los ojos se le abrieron y el Espíritu lo transformo a tal grado de pedir el bautismo. Después fue instruido en la religión cristiana para terminar su preparación por tres años en el desierto de Arabia; así el desierto, lugar de muerte, se transformara para Pablo fuente de vida espiritual, al igual que para el bautista y que Jesús mismo.

Problemas teológicos consecuentes

Pero claro era que después de esto quedarían dos problemas abiertos: ¿como conciliar el monoteísmo judío con la fe en Jesús, Hijo de Dios? La respuesta viene de la Escritura: Cristo, como la sabiduría, estaba cerca de Dios cuando ha creado el mundo. En la Sabiduría de Dios estaba un Espíritu, siendo el mismo quien habita en nosotros y exclama a Dios Abba. Jesús es el Siervo de Yahvé que la misma sinagoga judía había identificado con el Mesías. El segundo problema era aquel de la elección de Israel como pueblo exclusivo de Dios: ¿Dios ha rechazado a su pueblo? Una idea imposible, pero a causa de su dureza de corazón, la salvación ha llegado a los paganos, a quienes Dios, después de ser misericordioso con ellos, también será misericordioso con Israel (Rom 11,11). Aunque este problema acompañará a Pablo toda su predicación y toda su vida.

En su regreso a Damasco, Pablo comienza a predicar que Jesús es el Mesías de Israel, por lo que los mismos judíos lo consideraron un traidor digno de muerte, porque era un hijo de Israel que había abandonado la religión de sus padres, por lo que actualmente se sigue considerando un traidor y desertor. El libro de los Hechos de los Apóstoles hacen notar el odio de los judíos hacia Pablo: «hasta las puertas estaban cuidadas día y noche para poderle matar. Pero los discípulos le tomaron y le descolgaron de noche por la muralla dentro de una espuerta (Hch 9,24-25), por lo que la tensión entre judíos y cristianos crecía, aunque los judeo-cristianos seguían frecuentando el templo y las sinagogas.

Pablo fue obligado a huir de Damasco, pero ¿a donde ir? A Jerusalén, pero no para encontrar al sumo sacerdote, sino para ir al encuentro de los apóstoles. Pero por su historia pasada, donde los discípulos de Jesús lo habían visto como perseguía encarnadamente a los cristianos, tenían miedo de él. Por lo que Bernabé lo presento a los apóstoles y les contó lo que había sucedido con él de camino a Damasco.

Pablo permanecerá 15 días con Pedro, quien solo contaba con la presencia de Santiago (Gal 1,18-19). No es difícil imaginar el encuentro entre dos personalidades así distintas: Pedro, el pescador de las manos ásperas y rudas, Pablo, el intelectual de las manos blancas; Pedro que tenía la lentitud del espíritu deductivo y Pablo la rapidez de los intuitivos. Pero después que los apóstoles se dieron cuenta que todos los judíos buscaban matar a Pablo, lo enviaron en barco hacia Tarso (Hch 9,26-30). Por lo que desde el martirio de Esteban, muchos cristianos huyeron de Jerusalén hacia el Líbano, Chipre y Siria. Antioquia, que era la capital de Siria, era cosmopolita, donde los griegos habían llevado ahí los dioses del Olimpo, también con las caravanas venidas de Oriente llegaban cultos esotéricos, sin perder de vista que los judíos venidos de Judea habían llevado con ellos la Torah, por lo que era realmente un ambiente cosmopolita. Bernabé fue a Tarso a buscar a Pablo y se lo llevo a Antioquia, llamándolo así el PRIMER VIAJE MISIONERO DE PABLO.

P. Jaime Varela Arriaga.

Mayo 30 2008
Jerusalén, Israel.



Guiados por María y fijos los ojos en Jesucristo, digamos confiadamente:

Señor, que nos ayude la compañía siempre cercana, llena de comprensión y de ternura de María Santísima, Madre tuya y madre nuestra.

Que nos muestre el Fruto bendito de su vientre y nos enseñe a responder como ella lo hizo en el misterio de la Anunciación y la Encarnación.

Que nos enseñe a salir de nosotros mismos en camino de sacrificio, amor y servicio, como lo hizo al visitar a santa Isabel, para que, peregrinos por este mundo, cantemos las maravillas que Dios ha hecho en nosotros, conforme a su promesa. *Amén.* (DA 553)